



Universidad  
Rey Juan Carlos

Facultad de  
Ciencias Jurídicas y Políticas

**TRABAJO FIN DE GRADO**  
**GRADO EN CIENCIA POLÍTICA Y GESTIÓN PÚBLICA**  
**CURSO ACADÉMICO 2023/2024**  
**CONVOCATORIA FEBRERO**

**EL BREXIT, CENIT DEL NACIONALISMO INGLÉS**

AUTORA: González Moreno, Irene

TUTORA: Gago Martín, Claudia

En Madrid, a 11 de Marzo de 2024

**Tabla de contenido**

I.	Abreviaturas .....	3
II.	Introducción .....	4
III.	Objetivos e hipótesis .....	6
IV.	Metodología .....	7
V.	Marco teórico .....	8
1.	Teoría de la Identidad Social y la identidad inglesa.....	8
2.	Nacionalismo inglés .....	10
3.	Nacionalismo inglés, excepcionalismo británico, “anglosfera” y euroescepticismo ...	12
4.	Nacionalismo inglés y partidos políticos .....	16
VI.	Con Europa, pero no de Europa: la relación Reino Unido – Europa bajo una perspectiva histórica.....	19
1.	Discurso de Churchill en Zúrich (1946) y la CECA (1950) .....	20
2.	Mesina y Roma (1955 / 1957).....	22
3.	París (1961 – 1969) .....	23
4.	Bruselas (1973) .....	26
5.	El primer referéndum (1975).....	27
6.	Thatcher y su discurso de Brujas (1988).....	29
7.	Miércoles negro (1992) y los “ <i>opt-out</i> ” de Reino Unido .....	33
8.	Cambios en la opinión pública en el Reino Unido a partir de 2010.....	37
9.	Cameron y su discurso de Bloomberg (2013).....	39
VII.	La campaña nacionalista del <i>Vote Leave</i> .....	42
VIII.	Brexit: perfil del votante nacionalista .....	46
IX.	Conclusiones .....	50
X.	Bibliografía.....	51
XI.	Anexos.....	57
1.	Tabla cronológica.....	57
2.	Gráficos .....	58

## I. Abreviaturas

AELC	Asociación Europea de Libre Comercio.	NHS	Servicio Nacional de Salud.
ASEAN	Asociación de Naciones de Asia Sudoriental.	PAC	Política Agrícola Común.
AUE	Acta Unión Europea.	SIT	Teoría de la Identidad Social (Social Identity Theory).
CDFUE	Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea.	SME	Sistema Monetario Europeo.
CECA	Comunidad Europea del Carbón y del Acero.	TEDH	Tribunal Europeo de Derechos Humanos.
CED	Comunidad Europea de Defensa.	TUE	Tratado de la Unión Europea (Tratado de Maastricht).
CEDH	Convención Europea de Derechos Humanos.	UE	Unión Europea.
CEE	Comunidad Económica Europea.	OECE	Organización Europea para la Cooperación Económica.
CPE	Comunidad Política Europea.	UEM	Unión Económica y Monetaria.
EE. UU.	Estados Unidos.	UEO	Unión Europea Occidental.
ELSJ	Espacio de libertad, seguridad y justicia.	OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte.
FEOGA	Fondo Europeo de Orientación y Garantía Agrícola.	UKIP	Partido de la Independencia del Reino Unido (United Kingdom Independence Party).
MTC	Mecanismo de tipos de cambio.		

## EL BREXIT, CENIT DEL NACIONALISMO INGLÉS

### II. Introducción

*“Los ingleses nunca se convertirán en una nación de filósofos. Siempre preferirán el instinto a la lógica y el carácter a la inteligencia. Pero deben deshacerse de su franco desprecio por la "inteligencia". Ya no pueden permitírselo. Deben volverse menos tolerantes con la fealdad y mentalmente más aventureros. Y deben dejar de despreciar a los extranjeros. Son europeos y deberían ser conscientes de ello”* – George Orwell (1941). Aunque Orwell era un visionario político, nunca podría haber predicho los acontecimientos que ocurrieron 75 años después de su ensayo “El león y el unicornio: el socialismo y el genio inglés”. Si bien sus deseos de una revolución socialista nunca se materializaron, su instinto de que la ciudadanía británica, en especial su cohorte inglesa, preferiría su *“instinto a la lógica y su carácter a la inteligencia”* puede haberse hecho realidad.

El 23 de junio de 2016, el pueblo británico<sup>1</sup> votó a favor de abandonar la Unión Europea (en adelante UE) tras 43 años de pertenencia a la unión política y económica. Sin embargo, la participación de un país fue particularmente influyente a la hora de determinar el resultado: con el 84% de la población total del Reino Unido, el electorado inglés –con un margen de voto de 7 puntos– inclinó la balanza a favor del divorcio. El Brexit, por tanto, se hizo en Inglaterra con el 53,4% de los votos.

Por consiguiente, las explicaciones al enigma del Brexit no han sido pocas; los académicos han señalado en particular las desigualdades de la integración europea y la teoría de los “ganadores y perdedores” de la globalización como principal explicación del resultado<sup>2</sup>. Sin embargo, este trabajo de investigación entiende el Brexit como un síntoma de una movilización nacionalista inglesa basada en la soberanía y el excepcionalismo británico.

En concreto, la salida del Reino Unido de la UE resultó la culminación de una larga tensión en la historia de la membresía británica, ya que la relación entre ambos ha sido la crónica de un idilio intermitente, pleno de desencuentros, pues el país anglosajón: 1) No formó parte de las naciones fundadoras de las Comunidades Europeas; 2) Puso en marcha la AELC, en un intento de rivalizar con la CEE; 3) Forzó una modificación presupuestaria a causa de sus reivindicaciones sobre el cheque británico; 4) Se mantuvo al margen del Espacio Schengen, del euro, de la aplicación del título IV de la CDFUE, etc.<sup>3</sup>; 5) Una cosmovisión ardientemente anglosférica<sup>4</sup>. Es decir, el excepcionalismo británico como hervidero de conflictos, ya que, desde su unión al proyecto en 1973, Reino Unido siempre optó por un enfoque “a la carta”,

---

<sup>1</sup> El pueblo británico son los ciudadanos del Reino Unido (Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda del Norte), los territorios británicos de ultramar y las dependencias de la Corona británica.

<sup>2</sup> Wellings, B. (2021). Brexit, nationalism and disintegration in the European Union and the United Kingdom. *Journal of Contemporary European Studies*, 29 (3), p. 322.

<sup>3</sup>Fernández Rodríguez, M. (2020). *Un continente unido: el sueño de la construcción europea*. Valladolid: Omnia Mutantur, pp. 175-176.

<sup>4</sup> Macejka, J. (2021). The Connection Between British Exceptionalism and Brexit. *North Carolina Journal of European Studies*, 2, p. 54.

desprovisto del ideal europeísta de una “unión cada vez más estrecha”<sup>5</sup>, de ahí su denominación de “socio incómodo” en la esfera europea<sup>6</sup>.

Por tanto, el surgimiento de una divergencia británica con respecto a la UE no debería sorprender por el pasado singularmente distintivo de la nación. Pero la ecuación no es tan simple: la membresía en la UE implica estabilidad, democracia, seguridad y prosperidad económica. La pregunta entonces es: ¿por qué ocurrió el Brexit? La respuesta es una intrincada red de realidades históricas que culmina en el citado “excepcionalismo británico”, la creencia inherente que consume la psique nacionalista inglesa de que Gran Bretaña es una excepción en Europa por su aislamiento geográfico, excelencia económica e historia distintiva como Imperio global. Por ello, el nacionalismo inglés es una mentalidad excepcionalista disfrazada de euroescéptico, que se autoalimenta de los recuerdos imperiosos del pasado británico y que encuentra su mayor expresión en Europa, porque allí la cuestión es precisamente la soberanía y la identidad<sup>7</sup>; Europa es el “otro” contra el cual se proyecta la identidad inglesa<sup>8</sup>, lo que nos obliga a preguntarnos ¿es compatible ser inglés con ser europeo?

De esta forma, la cuestión europea gira en torno a la identidad y a la interpretación nacional inglesa de la historia; Europa, según el nacionalismo inglés, representa la máxima expresión institucional del declive británico, y el Brexit, la oportunidad para colocar a Reino Unido de nuevo en la esfera internacional<sup>9</sup>. Y estas nociones de excepcionalismo británico y miedo a la dilución de lo inglés fueron materializadas por la campaña *Vote Leave* en argumentos euroescépticos, presentando a Reino Unido como una víctima de Bruselas –*Independence Day*–, y a Europa y sus inmigrantes como amenazas “extranjeras” que invaden la soberanía británica<sup>10</sup> –*Take back control*–; así, las cuestiones de inmigración, soberanía nacional y control fronterizo fueron especialmente atractivas para el nacionalismo inglés<sup>11</sup>.

---

<sup>5</sup> Glencross, A. (2014). British Euroskepticism as British Exceptionalism: The Forty-Year “Neverendum” on the Relationship with Europe. *Studia Diplomatica*, 67 (4), p. 8.

<sup>6</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). Brexit: initial reflections. *International Affairs*, 92(6), p. 1298.

<sup>7</sup> Calhoun, C. (2017). Populism, Nationalism and Brexit. En W. Outhwaite, *Brexit: Sociological Responses*. Londres: Anthem Press, pp. 57-58.

<sup>8</sup> Oliver, T. (2015). To be or not to be in Europe: is that the question? Britain's European question and an in/out referendum. *International Affairs*, 91(1), p. 86.

<sup>9</sup> Wellings, B. (2010). Losing the peace: Euroscepticism and the foundations of contemporary English nationalism. *Nations and Nationalism*, 16 (3), p. 488.

<sup>10</sup> Charteris-Black, J. (2019). *Metaphors of Brexit: No Cherries on the Cake?* Bristol: Palgrave Macmillan, p. 108

<sup>11</sup> Beaumont, P. (2017). Brexit, Retrotopia and the perils of post-colonial delusions. *Global Affairs*, 3(4), p. 380.

### III. Objetivos e hipótesis

El Brexit, por consiguiente, marcó un hecho sin precedentes; por primera vez en la historia de la integración europea, los votantes tuvieron la opción de abandonar la UE. Un referéndum atípico cuyo resultado conmocionó a la comunidad internacional, sembró la incertidumbre en torno al futuro de la construcción europea y, desde entonces, ha despertado un renovado interés en el “camino hacia el Brexit” en un esfuerzo por establecer por qué el público británico votó a favor de salir de la UE.

De este modo, la gran cantidad de literatura comprometida con el análisis del resultado del referéndum abre camino a la presente investigación, en particular las aportaciones de Hobolt, que asocia la identidad inglesa con el voto de salida<sup>12</sup>; Dennison y Carl, compartiendo la tesis de Inglaterra como el territorio con el mayor porcentaje poblacional de identidad nacional exclusiva<sup>13</sup>; y Curtice, con un revelador estudio sobre el bajo porcentaje de británicos identificados como europeos durante la membresía a la UE<sup>14</sup>. En definitiva, el Brexit es la máxima expresión de la identidad inglesa, así el trabajo académico tiene como principal objetivo demostrar el impacto del nacionalismo inglés en el resultado del referéndum, con la siguiente pregunta de investigación ¿en qué medida influyó el nacionalismo inglés en la decisión del electorado británico de salir de la Unión Europea?

Si bien la pregunta de investigación busca determinar si el nacionalismo inglés afectó en la preferencia de voto por “salir” o “permanecer”, su pertinente conceptualización en una hipótesis comprobable resulta de suma importancia: los individuos con una fuerte identidad nacional inglesa tendrán más posibilidades de votar a favor de abandonar la UE. No obstante, al análisis identitario ha de sumarse una perspectiva histórica largoplacista del nacionalismo inglés en la Historia de la construcción europea, puesto que el nacionalismo inglés es un factor configurativo del euroescepticismo. En definitiva, la presente investigación entiende el Brexit en clave histórica de la relación causal entre Reino Unido y la UE a fin de comprender cómo el excepcionalismo británico y el euroescepticismo sentaron las bases de un nacionalismo particularmente atractivo entre el público inglés, y, consiguientemente, la investigación marca como objetivo específico identificar cuáles fueron los rasgos del nacionalismo inglés que más afectaron las preferencias del voto británico en el referéndum del Brexit.

---

<sup>12</sup> Hobolt, S. B. (2016). The Brexit vote: a divided nation, a divided continent. *Journal of European Public Policy*, 23(9), p. 1265.

<sup>13</sup> Dennison, J., & Carl, N. (24 de Julio de 2016). *The ultimate causes of Brexit: history, culture, and geography*. Recuperado de LSE: <https://blogs.lse.ac.uk/euoppblog/2016/07/24/ultimate-causes-of-brexit/>.

<sup>14</sup> Curtice, J. (2017). Why Leave Won the UK's EU Referendum. *Journal of Common Market Studies*, 55, pp. 19-37.

#### IV. Metodología

El Brexit y sus factores actitudinales son un fenómeno complejo, de modo que la investigación utilizará un enfoque mixto secuencial para problematizar el estudio del impacto del nacionalismo inglés en el referéndum. En primer lugar, se examinará el Brexit a la luz del nacionalismo inglés a través de una revisión teórica del propio sentimiento nacionalista y su interconexión con la identidad inglesa, el excepcionalismo británico, la “anglosfera”, el euroescepticismo y la identificación partidista. Seguidamente, se analizará el camino del Brexit en clave histórica a fin de comprender cómo el excepcionalismo y el euroescepticismo sentaron las bases del actual nacionalismo inglés. Para ello, la investigación aplicará una metodología cualitativa basada en la revisión bibliográfica de revistas, artículos científicos, libros y otros trabajos académicos, así como análisis de discursos para entender las prácticas discursivas euroescépticas. Al mismo tiempo, el trabajo hará uso de múltiples fuentes tanto primarias como secundarias con la finalidad de obtener una perspectiva más amplia y diversa de la movilización nacionalista inglesa.

A continuación, la investigación centrará su atención en analizar cómo la campaña *Vote Leave* apuntó al proceso subyacente de formación identitaria inglesa y logró orientar la mayoría de los votos, mediante un análisis documental de publicidad electoral, gráficos y estadísticas. En última instancia, se recopilará datos cuantitativos del referéndum, encuestas electorales (Eurobarómetro, British Social Attitudes, Lord Ashcroft, YouGov, FoEs, Statista Research Department, Office for National Statistics, Poll of Polls...) y bases de datos (The Electoral Commission, Comisión Europea...) para realizar un análisis estadístico del Brexit y elaborar su perfil promedio de voto a fin de probar la hipótesis de partida –los individuos con fuerte identidad inglesa tendrán más posibilidades de votar a favor de abandonar la UE– y poder responder a la pregunta de investigación –¿en qué medida influyó el nacionalismo inglés en la decisión del electorado británico de salir de la Unión Europea?–.

## V. Marco teórico

A continuación, se realizará una revisión académica compuesta por cuatro amplias secciones superpuestas que rigen la investigación sobre el nacionalismo inglés en el Brexit: la Teoría de la Identidad Social y la identidad inglesa, el nacionalismo inglés, el euroescepticismo y el excepcionalismo, y los partidos políticos. Primero, la Teoría de la Identidad Social como punto de partida para observar la oposición basada en la identidad inglesa a la UE. Luego, se hará un esfuerzo por comprender los fundamentos históricos del nacionalismo inglés y su punto de unión con el excepcionalismo, la anglosfera y euroescepticismo, así como el surgimiento de partidos populistas y su deriva en el Brexit.

### 1. Teoría de la Identidad Social y la identidad inglesa

En primer lugar, la Teoría de la Identidad Social de Tajfel y Turner<sup>15</sup> ha sido utilizada por numerosos académicos dedicados a la investigación sobre la oposición basada en la identidad a la UE (McLaren, 2002; Hooghe y Marks, 2005; Curley, 2009) y, por tanto, es un punto de referencia para este estudio. La SIT postula que la identificación surge del conocimiento y el vínculo emocional con un grupo, lo que promueve la hostilidad respecto a un “exogrupo”. Así, Anderson afirma que al conceptualizar las identidades políticas se facilita la comprensión de cómo y por qué los individuos atribuyen significado a una asociación con una “comunidad imaginada”, como un Estado nación o una institución supranacional<sup>16</sup>.

Incluso para personas del mismo país, la manera en que se formula la pertenencia al grupo depende de cómo se perciben a sí mismas. Hooghe y Marks reconocen el hecho de que las personas pueden adoptar fácilmente múltiples identidades simultáneas –por ejemplo, inglesa, británica y/o europea–. Esta concepción de identidad nacional inclusiva se halla en desacuerdo con una exclusiva, según la cual una persona sólo se identifica con una de las identidades territoriales disponibles –inglesa–. Por tanto, los individuos que conciben su identidad nacional como exclusiva tienen más posibilidades de ser hostiles al proyecto europeo<sup>17</sup>. Esto último, según Rodríguez, responde a temores de una amenaza simbólica a la identidad nacional, a lo que somos: ideas, historia y autoimagen de las fuerzas dominantes<sup>18</sup>. Por ello, McLaren afirma que la antipatía hacia la UE no se trata sólo de cálculos de costo-beneficio, sino también del miedo u hostilidad hacia otras culturas, es decir, la amenaza que plantea la membresía a la UE puede no ser tanto para el propio individuo, sino para el Estado-nación<sup>19</sup>. En la misma línea, Moreno argumenta que la identidad nacional exclusiva imbuye la oposición a la “dilución” de las características nacionales estatales en el “crisol” de una UE burocratizada<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> Véase Tajfel, H., & Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. In W. G. Austin, & S. Worchel, *The social psychology of intergroup relations*. Monterey: Brooks Cole, pp. 33-47.

<sup>16</sup> Anderson, B. (2006). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres y Nueva York: Verso.

<sup>17</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005). Calculation, Community, and Cues: Public opinion on European Integration. *European Union Politics*, 6 (4), p. 424.

<sup>18</sup> Rodríguez, A. (2020). Imperial Nostalgia and Bitter Reality: The United Kingdom, the United States and Brexit, Implications for Regional Integration. *Journal of Strategic Security*, 13 (2), p. 20.

<sup>19</sup> McLaren, L. M. (2002). Public Support for the European Union: Cost/Benefit Analysis or Perceived Cultural Threat? *The Journal of Politics*, 64 (2), pp. 553-554.

<sup>20</sup> Moreno, L.(2006).Scotland, Catalonia, Europeanization and the ‘Moreno Question’. *Scottish Affairs*(54), p 15.

En definitiva, la SIT concibe a la UE como una entidad política que abarca comunidades territoriales establecidas y considera cómo la opinión pública está limitada por las concepciones que los ciudadanos tienen de sus identidades nacionales<sup>21</sup>. Es decir, la UE entrelaza a los gobiernos nacionales y europeos en un sistema de gobernanza multinivel que reúne soberanía nacional y desdibuja las fronteras entre las distintas comunidades nacionales<sup>22</sup>. Por ende, conceder soberanía a la UE devalúa el poder y/o el estatus de un país, lo que se traduce en una percepción de amenaza impuesta a su identidad nacional y, por tanto, las cuestiones de soberanía nacional, libertad de circulación, la inmigración y el control de fronteras fueron los principales motivos del referéndum sobre la UE.

También, la UE refuerza el multiculturalismo; las normas excluyentes de “nosotros” y “ellos” resultan profundamente erosionadas<sup>23</sup>. Kriesi y Lachat observan que los individuos que se identifican fuertemente con su territorio nacional y están apegados a sus normas excluyentes tienen a percibir la UE como una amenaza<sup>24</sup>. Por tal razón, la identidad nacional inglesa choca con la integración, el cosmopolitismo, la diversidad cultural y la inmigración que, durante décadas, la UE ha defendido<sup>25</sup>. De este modo, Calhoun afirma que el Brexit fue un voto contra el multiculturalismo porque “una gran parte de la población británica sintió que su país se le escapaba”<sup>26</sup>. No debemos olvidar que Gran Bretaña estaba especialmente bien situada para abrazar el multiculturalismo porque el inglés es el idioma mundial y tenía fuertes conexiones globales<sup>27</sup>. En suma, la UE no sólo crea perdedores y ganadores económicos; provoca un agudo sentido de pérdida de identidad entre los defensores de la nación –apego nacional– y entre los anticosmopolitas –multiculturalismo–<sup>28</sup>.

Por su parte, la identidad amenazante del otro es reconocible: diferentes idiomas, razas, religiones, culturas y geografías, que, como sostiene Fisher, legitiman la discriminación<sup>29</sup>. Esta percepción de amenaza del exogrupo despierta hostilidades en nombre de los nativos, lo que puede provocar etnocentrismo. Hjern y Nagayoshi van un paso más allá al clasificar esta amenaza como “realista” –en términos de competencia en el mercado laboral– o “simbólica” –en detrimento a la identidad nacional y las tradiciones culturales de un país–<sup>30</sup>. No obstante, la amenaza simbólica tiene mayor poder explicativo a la hora de determinar los niveles de xenofobia<sup>31</sup>, así el nacionalismo inglés se autoalimenta de ella al atribuir una mayor importancia al carácter distintivo de su propia cultura, con altos niveles de etnocentrismo y un sentimiento de superioridad respecto a Europa.

Por último, Luedtke encuentra una fuerte asociación negativa entre la identidad nacional y el apoyo a la política de inmigración de la UE<sup>32</sup>, en particular Curtice observa que la identidad

<sup>21</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005). *Ob. cit.*, p 420.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 423.

<sup>23</sup> *Ibidem*

<sup>24</sup> Kriesi, H., & Lachat, R. (2004). Globalization and the Transformation of the National Political Space: Switzerland and France Compared. *CIS Working Paper* (1), p. 4.

<sup>25</sup> Rodríguez, A. (2020). *Ob. cit.*, p. 28.

<sup>26</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, p. 57.

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>28</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005). *Ob. cit.*, p 423.

<sup>29</sup> Fisher, K.M. (2015). *Security, Identity, and British Counterterrorism Policy*. Londres: Palgrave Macmillan, p 5.

<sup>30</sup> Hjern, M., & Nagayoshi, K. (2011). The composition of the minority population as a threat: Can real economic and cultural threats explain xenophobia? *International Sociology*, p. 3.

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 10.

<sup>32</sup> Véase Luedtke, A. (2005). European Integration, Public Opinion and Immigration Policy: Testing the Impact of National Identity. *European Union Politics*, 6 (1), 83-112.

exclusiva inglesa muestra menos niveles de tolerancia con los inmigrantes que la identidad británica<sup>33</sup>; argumento que extiende al referéndum mismo al sugerir que la membresía a la UE como vehículo de altos niveles de inmigración representó un desafío al sentido de identidad inglés e inspiró el voto de salida<sup>34</sup>. Y esta identidad inglesa con respecto a la inmigración de la UE fue avivada por los medios de comunicación ingleses, de manera expresa Islentyeva sostiene que Inglaterra era conceptualizada como un imán para los europeos, en particular para los trabajadores poco cualificados de Europa del Este, mientras que la membresía, la carga económica que soportaban los contribuyentes ingleses<sup>35</sup>.

## 2. Nacionalismo inglés

Asimismo, en un estudio centrado en el impacto del nacionalismo inglés en el Brexit resulta fundamental comprender el origen del mismo. Según G. Newman, el nacionalismo inglés surgió a mediados del siglo XVIII como deudor de un movimiento cultural-literario para proyectar una moralidad superior y un sentido común de sinceridad<sup>36</sup>, que reunía las cinco virtudes propias del carácter nacional inglés: inocencia, franqueza, honestidad, originalidad, e independencia moral<sup>37</sup>. Como tipología, Newman también señala que el nacionalismo es una ideología con una clara disposición psicológica, y su elemento clave, la importancia de un exogrupo en la formación de la conciencia y disciplina del endogrupo<sup>38</sup>. Esta fuerza antagónica, por tanto, resultaría un componente fundamental a la hora de desentrañar los matices nacionalistas utilizados en los debates sobre la inmigración durante el Brexit<sup>39</sup>.

Por su parte, Kumar enmarca al nacionalismo inglés como una tipología de nacionalismo contra el nacionalismo británico, escocés, galés e irlandés del norte, y, en consecuencia, lo sitúa a fines del siglo XIX como respuesta a estos movimientos nacionalistas<sup>40</sup>, pero, sobre todo, Kumar pone especial énfasis en entender el nacionalismo inglés como parte de un todo más amplio cuyas fronteras se extienden hasta los límites del globo<sup>41</sup>, argumento recuperado por Bond, Jeffery y Rosie al defender que el estatus de Inglaterra y lo inglés ha de ser comprendido no sólo a través de la comparación con otras partes del Reino Unido, sino también de su relación con la cuestión más amplia –y hasta cierto punto superpuesta– de lo británico<sup>42</sup>. Más aún, Bhabra llega a encuadrar a Reino Unido no como nación, sino como imperio, así el Brexit representó la máxima expresión de resentimiento demorado por la pérdida de dominio global<sup>43</sup> y, a su vez, impulsó este nacionalismo inglés anclado en el Imperio

<sup>33</sup> Curtice, J. (2017). The Vote to Leave the EU: Litmus test or lightning rod? *British Social Attitudes*, 34, p. 11.

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 11-12.

<sup>35</sup> Islentyeva, A., & Abdel Kafi, M. (2021). Constructing National Identity in the British Press: The Britain vs. Europe Dichotomy. *Journal of Corpora and Discourse Studies*, 4, p. 79.

<sup>36</sup> Newman, G. (1987). *The Rise of English Nationalism. A Cultural History, 1740-1830*. Nueva York: St. Martin's Press, pp. 127-128.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 129-131.

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>39</sup> Véase Dennison, J., & Goodwin, M. (2015). Immigration, Issue Ownership and the Rise of UKIP. *Parliamentary Affairs*, 68, 168-187.

<sup>40</sup> Kumar, K. (2003). *The Making of English National Identity*. Cambridge: Cambridge University Press, p 200.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>42</sup> Bond, R., Jeffery, C., & Rosie, M. (2010). The Importance of Being English: National Identity and Nationalism in Post-Devolution England. *Nations and Nationalism*, 16(3), p. 463.

<sup>43</sup> Bhabra, G. K. (2016, Diciembre 8). *Brexit, the Commonwealth, and exclusionary citizenship*. Recuperado de Open Democracy: <https://www.opendemocracy.net/en/brexit-commonwealth-and-exclusionary-citizenship/>

Británico. A este respecto, Calhoun relaciona nación británica con el extranjero, la guerra y el Imperio; pero el Imperio ya no existe y la identidad británica ha decaído<sup>44</sup>.

Por tal razón, el nacionalismo inglés se expresa fuertemente en relación con Europa, porque allí la cuestión es precisamente la soberanía y la identidad. Así, Wellings sostiene que la resistencia a la integración europea sentó las bases ideológicas para el nacionalismo inglés, en particular al legitimar la defensa de la soberanía parlamentaria mediante la invocación de la soberanía popular sustentada en referencias al pasado de Inglaterra<sup>45</sup>. Es decir, la piedra angular del nacionalismo inglés es la valorización de la soberanía parlamentaria y una narrativa histórica concomitante que enfatiza las grandes victorias de Gran Bretaña. Y esta concepción del nacionalismo resulta pertinente en virtud al debate en torno al Brexit que cuestionó el papel de la integración europea y si el Parlamento era soberano o estaba sujeto al Estado de derecho de un organismo supranacional más grande.

Por otro lado, Aughey define al nacionalismo inglés como estado de ánimo en lugar de un movimiento nacional distintivo<sup>46</sup>, porque le preocupa lo que se niega<sup>47</sup> –la identidad inglesa–. Este sentimiento de negación se puede rastrear en cuatro ansiedades inglesas que se refuerzan mutuamente y fomentan un estado de ánimo de incertidumbre nacional<sup>48</sup>. La primera es la “ansiedad de la ausencia”, referida a la inquietud y la falta de un diálogo abierto y serio sobre lo que significa ser inglés; esta erosión percibida de la esencia de lo inglés obedece a los procesos sociales más amplios de globalización y consumización, que han inducido en los ingleses la sensación de que realmente no viven en ninguna parte<sup>49</sup>.

La segunda es la “ansiedad del silencio”, relativa a la alusión de la “cuestión inglesa” por parte de los principales partidos políticos en aras de evitar la identidad nacional percibida<sup>50</sup>. Inglaterra, a criterio de Aughey, necesitaría de un Parlamento propio para abordar el déficit democrático dentro del Reino Unido descentralizado y dar a los ingleses un sentimiento de identidad fuerte<sup>51</sup>. En tercer lugar, la “ansiedad de anticipación” entendida como el adelanto del fin del Reino Unido, es decir, el temor a un rezago inglés a favor de la unión multicultural<sup>52</sup>. Esta autocomparación negativa con el Reino Unido se extiende a la ansiedad final, la “ansiedad de la imitación”; angustia que, según Aughey, plaga el nacionalismo inglés, pasando de ser un estado de ánimo a convertirse en un movimiento<sup>53</sup>. Esto es que Inglaterra, en lugar de ser el núcleo que marca la agenda estatal del Reino Unido, ahora debe emular a sus naciones vecinas en la búsqueda de una estructura nacional más asertiva. En definitiva, Aughey proporciona una lente útil a fin de comprender el argumento de Kumar de que Inglaterra debe ser parte “de un todo más grande”<sup>54</sup>, aunque la principal dificultad para afirmar su propia identidad nacional como movimiento incondicional sería definir qué significa “ser inglés” en oposición al “todo más amplio” de Reino Unido y, naturalmente, distinto de Gales, Escocia e Irlanda del Norte.

<sup>44</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, pp. 57-58.

<sup>45</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, pp. 488-489.

<sup>46</sup> Aughey, A. (2010). Anxiety and injustice: the anatomy of contemporary English nationalism. *Nations and Nationalism*, 16 (3), p. 506.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p 507.

<sup>48</sup> *Ibidem*

<sup>49</sup> *Ibidem*, p. 508.

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 509.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 510

<sup>52</sup> *Ibidem*

<sup>53</sup> *Ibidem*, p 510.

<sup>54</sup> Kumar, K. (2003). *Ob. cit.*, p.15.

Finalmente, Kenny ofrece una explicación multicausal sobre el ascenso del nacionalismo inglés a finales de la década de 1990<sup>55</sup> y, en armonía con Wellings, lo sitúa como un movimiento reaccionario contra los esfuerzos integradores de la UE, con el consiguiente argumento de que el nacionalismo inglés y la identidad nacional inglesa están divididos por expresiones políticas contrapuestas de lo que constituye “lo inglés”. Así, Kenny delinea tres tipos de espíritu que actualmente reflejan el nacionalismo inglés: 1) el “nacionalismo populista” como canalizador de una creciente animosidad hacia la clase política en toda Inglaterra<sup>56</sup>; 2) el “conservadurismo inglés cotidiano” como una rica y sinuosa veta de sentimiento inglés pragmático, adaptativo y conservador que responde a una idealización de Inglaterra<sup>57</sup>; 3) el “liberalismo inglés” como un concomitante esencial del autogobierno y de la democracia<sup>58</sup>.

En resumidas cuentas, la investigación adoptará la definición práctica de nacionalismo inglés entendida como la conciencia nacional basada en tres intereses superpuestos: representación, comunidad y cultura. En primer lugar, el nacionalismo inglés como una ideología nacionalista que refleja un resentimiento hacia la clase política y una creencia de que el pueblo inglés está subrepresentado en las estructuras políticas europeas (Aughey). En segundo lugar, una ideología nacionalista basada en una comunidad homogénea de ingleses que temen y desconfían de los extraños a su identidad y conciencia de grupo (Newman). Por último, una ideología que idealiza a Inglaterra como Imperio global (Kenny).

### 3. Nacionalismo inglés, excepcionalismo británico, “anglosfera” y euroescepticismo

Hasta ahora, la revisión teórica sobre el nacionalismo inglés ha buscado proporcionar una visión histórica de su enorme complejidad. A continuación, el presente epígrafe explorará la literatura relevante que rodea al nacionalismo inglés en su relación interconectada con el excepcionalismo británico, la “anglosfera” y el euroescepticismo.

En primer lugar, el excepcionalismo británico, de acuerdo con Macejka, se refiere al estado mental de que Gran Bretaña es una excepción en Europa por su excelencia histórica entre los siglos XVIII-XX, su geografía aislada como isla periférica de Europa y su prosperidad económica<sup>59</sup>. Un “espléndido aislamiento”<sup>60</sup> como estrategia en política exterior según la definición de Veldeman, ya que dominaba las olas sin necesidad de una alianza continental táctica. Por su parte, los efectos de este “espléndido aislamiento” fueron observables en la creación del mayor imperio global, el Imperio británico, que abarcaba el 25% de la superficie terrestre del mundo<sup>61</sup> y ejerció dominio sobre casi 360 millones de personas –Westminster era conocido como el Parlamento Imperial–, con la peculiaridad de no tener una base terrestre: Gran Bretaña era una potencia global y marítima<sup>62</sup>, razón por la cual, en armonía con Macejka, experimentó un desarrollo económico, militar y cultural divisivamente diferente al de sus homólogos europeos<sup>63</sup>.

<sup>55</sup> Kenny, M. (2014). *The Politics of English Nationhood*. Oxford: Oxford University Press, p. 27.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp. 120-121.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 124.

<sup>59</sup> Macejka, J. (2021). *Ob. cit.*, pp. 54-55.

<sup>60</sup> Veldeman, M. C. (2012). Britain and Europe: From "Splendid Isolation" to "Semi-Detachment". *Équivalences*, 39 (1-2), p. 39.

<sup>61</sup> Glencross, A. (2014). *Ob. cit.*, p. 8.

<sup>62</sup> Bogdanor, V. (2020). *Britain and Europe in a Troubled World*. New Haven: Yale University Press, pp. 24-25.

<sup>63</sup> Macejka, J. (2021). *Ob. cit.*, p. 55.

Por consiguiente, la idea de que Gran Bretaña era y es irrevocablemente disímil de la Europa continental es la base intelectual compartida de una corriente prominente de pensamiento euroescéptico inglés y su frecuente corolario: el entusiasmo anglosférico<sup>64</sup>. Al respecto, Wellings y Baxendale defienden la creencia en el “pueblo de habla inglesa” como una comunidad política existente, aunque flexible y, junto con la “tradicición de la Commonwealth”, explicarían las actitudes euroescépticas del nacionalismo inglés<sup>65</sup>. En otras palabras, la “anglosfera” como el mayor símbolo del excepcionalismo británico en la resistencia a la UE, resaltando, a su vez, los vínculos entre el nacionalismo inglés y el euroescepticismo.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial acogería la versión más completa del excepcionalismo británico; Crozier define la participación del país anglosajón como excepcionalmente diferente por resistir el empuje de la Alemania hitleriana, con el consiguiente sentimiento de orgullo y autoimagen de nación superior<sup>66</sup>, así como la ausencia de experiencias dictatoriales que, según Oliver, hayan obligado a Gran Bretaña a reevaluar su identidad; situación inversa a la mayoría de los países europeos, los cuales tuvieron como tarea prioritaria restablecer sus sistemas políticos<sup>67</sup>. Como resultado, la posguerra trajo consigo dos aspectos claves en el pensamiento nacionalista inglés: en primer lugar, la enorme diferencia psicológica nacional entre Gran Bretaña, llena de optimismo y confianza en sí misma, y Europa, profundamente consciente de su debilidad, y, en segundo lugar, la idea de compromiso limitado con Europa<sup>68</sup>. Esto último ratifica la teoría de los tres círculos de Churchill: Gran Bretaña operaba en el centro de tres círculos de poder e influencia: el Imperio, los “pueblos de habla inglesa” –la anglosfera– y, muy último, Europa<sup>69</sup>.

En definitiva, la idea de una Gran Bretaña global marcaría, inevitablemente, una actitud distanciada hacia Europa y un sentimiento de superioridad sobre los europeos, los aspectos centrales del euroescepticismo inglés según Davis<sup>70</sup>. Por tanto, el euroescepticismo ha de ser entendido, con arreglo a Glencross, como el máximo deudor de la cultura de excepcionalismo británico<sup>71</sup>; más aún, Gifford eleva la mentalidad excepcionalista a la categoría de pilar fundamental del Brexit y fuente de revitalización nacional<sup>72</sup>. Quizás el “floreciente aislamiento” todavía conserve parte de su impacto en la psique inglesa, tal vez, como afirma Bogdanor, las actitudes británicas hacia Europa siguen siendo de “reserva, pero orgullosa reserva”<sup>73</sup>.

---

<sup>64</sup> La “anglosfera” es una agrupación no institucional de países de habla inglesa con un núcleo compuesto por EE.UU., Reino Unido, Canadá, Australia y Nueva Zelanda.

<sup>65</sup> Wellings, B., & Baxendale, H. (2014). Euroscepticism and the Anglosphere: Traditions and Dilemmas in Contemporary English Nationalism. *Journal of Common Market Studies*, 53 (1), p. 125.

<sup>66</sup> Crozier, A. J. (2020). British exceptionalism: pride and prejudice and Brexit. *International Economics and Economic Policy*, 17 (3), p. 641.

<sup>67</sup> Oliver, T. (2015). *Ob. cit.*, p. 87.

<sup>68</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 32.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>70</sup> Davis, R. (30 de Mayo de 2017). *Euroscepticism and Opposition to British Entry into the EEC, 1955-75*.

Recuperado de Revue Française de Civilisation Britannique: <https://journals.openedition.org/rfcb/1364#citedby>.

<sup>71</sup> Glencross, A. (2014). *Ob. cit.*, p. 8.

<sup>72</sup> Gifford, C. G. (2010). The UK and the European Union: Dimensions of Sovereignty and the Problem of Eurosceptic Britishness. *Parliamentary Affairs*, 63(2), p. 329.

<sup>73</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 26-27.

Ahora bien, el “euroescepticismo” como término es relativamente reciente<sup>74</sup>, sin una definición rigurosa y consensuada en el mundo académico<sup>75</sup>. Los autores Leruth, Startin, y Usherwood vinculan su origen al fenómeno británico<sup>76</sup> –ciertos autores corroboran su primer uso en el artículo del 30 de junio de 1986 publicado por *The Times* referido a Margaret Thatcher<sup>77</sup>–, mientras que Rodríguez-Aguilera de Prat defiende su uso como etiqueta mediática para quienes rechazaban la membresía en la CEE durante el referéndum de 1975<sup>78</sup>. En cualquier caso, los académicos coinciden en la connotación negativa del término<sup>79</sup>, por tanto, el euroescepticismo ha de entenderse en términos de “resistencia a la integración europea”.

El euroescepticismo inglés, consiguientemente, tiende a objetar la membresía en la UE por motivos culturales e históricos –excepcionalismo británico– y expresar entusiasmo por una alternativa anglosférica<sup>80</sup>, por ello Taggart vincula el euroescepticismo a las políticas de identidad, pues el Estado-nación es tomado como punto de referencia de la identidad nacional, y la UE como la fuerza extranjera que socava su integridad<sup>81</sup>. Este argumento es validado por Hooghe y Marks al evidenciar un euroescepticismo más pronunciado en los individuos con identidad nacional exclusiva, como es el nacionalismo inglés<sup>82</sup>.

Por esa razón, resulta fundamental delinear qué distingue al nacionalismo inglés del euroescepticismo y cómo estas dos ideologías se relacionan entre sí. En primer lugar, el euroescepticismo como “fenómeno inglés” para reflejar la “otredad” del país en relación con un proyecto continental de unidad política y económica<sup>83</sup>; esto significa que las actitudes euroescepticas están impulsadas por un discurso de diferenciación según Harmsen y Spiering (2004)<sup>84</sup>. Habermann, por su parte, habla de “excepcionalismo cultural” al afirmar el euroescepticismo inglés como una divergencia percibida entre el “yo nacional” y el “otro europeo”<sup>85</sup>, e incluso argumenta que el Brexit no fue sobre la UE, sino sobre Europa<sup>86</sup>. De este modo, el euroescepticismo podría entenderse como una hostilidad general hacia otras culturas, como señalan De Vreese y Boomgaarden<sup>87</sup>, en particular De Vries hace coincidir el euroescepticismo con actitudes negativas hacia los grupos minoritarios y los inmigrantes<sup>88</sup>. Por

<sup>74</sup> Álvarez, M. V. (2012). El euroescepticismo en una Unión Europea en crisis: ¿viejo fenómeno en nuevos odres? *Integración y Cooperación Internacional* (13), p. 4.

<sup>75</sup> Boomgaarden, H. G., Schuck, A. R., Elenbaas, M., & De Vreese, C. H. (2011). Mapping EU attitudes: Conceptual and empirical dimensions of Euroscepticism and EU support. *European Union Politics*, 12 (2), p. 242.

<sup>76</sup> Leruth, B., Startin, N., & Usherwood, S. (2017). Defining Euroscepticism. From a broad concept to a field of study. En *The Routledge Handbook of Euroscepticism*. Abingdon: Routledge, p. 4.

<sup>77</sup> Álvarez, M. V. (2012) *Ob. cit.*, pp. 5-6.

<sup>78</sup> Rodríguez-Aguilera de Prat, C. (2013). *Euroscepticism, Europhobia and Eurocriticism: The Radical Parties of the Right and Left "vis-à-vis" the European Union*. Bruselas: Peter Lang International Academic, p. 21.

<sup>79</sup> Crespy, A., & Verschueren, N. (2009). From Euroscepticism to Resistance to European Integration: An Interdisciplinary Perspective. *Perspectives on European Politics and Society*, 10 (3), p. 381.

<sup>80</sup> Wellings, B., & Baxendale, H. (2014), p. 123.

<sup>81</sup> Taggart, P. (1998). A Touchstone of Dissent: Euroscepticism in Contemporary Western European Party Systems. *European Journal of Political Research*, 33 (3), pp. 363-388.

<sup>82</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005) *Ob. cit.*, p. 424.

<sup>83</sup> Harmsen, R., & Spiering, M. (2004). Euroscepticism and the Evolution of European Political Debate. En *Euroscepticism: Party Politics, National Identity and European Integration*. Leiden: Brill, p. 13.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>85</sup> Habermann, I. (2020). *The road to Brexit: A cultural perspective on British attitudes to Europe*. Manchester: Manchester University Press, p. 126.

<sup>86</sup> *Ibidem*, p. 139.

<sup>87</sup> De Vreese, C. H., & Boomgaarden, H. G. (2005). Projecting EU Referendums: Fear of Immigration and Support for European Integration. *European Union Politics*, 6 (1), p. 65.

<sup>88</sup> De Vries, C. E. (2018). *Euroscepticism and the Future of European Integration*. Oxford: Oxford University Press, p. 15.

tanto, los individuos que muestran actitudes negativas hacia los inmigrantes tienen más posibilidades de rechazar la UE<sup>89</sup>, así el euroescepticismo se fusionó con el nacionalismo inglés y, en el extremo, con el racismo.

No obstante, estos patrones también se correlacionan con visiones nostálgicas sobre “la nación” y su pasado. Antes del referéndum, Hayton identifica la movilización de un “nacionalismo cultural nostálgico”<sup>90</sup>, expresado en formas restauracionistas y anglobritánicas de discurso patriótico, que presenta la inmigración y la membresía en la UE como amenazas duales a la identidad nacional inglesa<sup>91</sup>. Aquí, con arreglo de Henderson y Wyn Jones, la expresión anglobritánica de un inglés nostálgico y euroescéptico se mezcla con sentimientos de orgullo por la herencia del Imperio británico<sup>92</sup>. El euroescepticismo, por ende, se ha convertido en una forma de preservar el excepcionalismo británico heredado del imperio<sup>93</sup>, vinculándose así con el nacionalismo inglés, a razón, según Grob-Fitzgibbon, de una representación nostálgica del pasado de Gran Bretaña desde un deseo de regresar a la “edad de oro” de la historia británica<sup>94</sup>. Con ello, Fitzgibbon proporciona una útil lente de análisis al considerar cualquier debate sobre el Brexit como una cuestión de si promueve o dificulta el regreso a esa “edad de oro” imperial británica<sup>95</sup>.

En consecuencia, la tormentosa relación entre Reino Unido y UE puede analizarse a través de la lente de la nostalgia de la independencia política y la soberanía, tal como Fitzgibbon subraya como un aspecto crucial del euroescepticismo y la identidad nacional inglesa<sup>96</sup>. Así, Daddow argumenta una incapacidad británica de adaptarse a la Europa normativa basada en la creencia de que Gran Bretaña conserva su soberanía para seguir siendo “grande”<sup>97</sup>, y, a su vez, Wellings orienta el nacionalismo inglés a la defensa de esta soberanía británica, lo que se traduce fácilmente como una actitud euroescéptica<sup>98</sup>. En este sentido, Melhuish enmarca las actitudes euroescépticas dentro de la tradición historiográfica whig —que se remonta a relatos del siglo XVII sobre la Revolución Gloriosa de Inglaterra—, cultivándose una narrativa continua y celebratoria de la heroica grandeza nacional<sup>99</sup>. Por ello, la corriente de pensamiento whiggish resulta particularmente atractiva para los euroescépticos, ya que, en palabras de Zook, les permite retratar la retirada británica de la UE como un momento “revolucionario” en el que la nación podría ser devuelta a su condición de “grandeza global”<sup>100</sup>.

<sup>89</sup> De Vreese, C. H., & Boomgaarden, H. G. (2005). *Ob. cit.*, p. 65.

<sup>90</sup> Hayton, R. (2016). The UK Independence Party and the Politics of Englishness. *Political Studies Review*, 14 (3), p. 402.

<sup>91</sup> Hayton, R. (2016). *Ob. cit.*, p. 407.

<sup>92</sup> Henderson, A., & Wyn Jones, R. (2021). *Englishness: The Political Force Transforming Britain*. Oxford: Oxford University Press, p. 195.

<sup>93</sup> Koegler, C., Malreddy, P. K., & Tronicke, M. (2020). The colonial remains of Brexit: Empire nostalgia and narcissistic nationalism. *Journal of Postcolonial Writing*, 56 (5), p. 586.

<sup>94</sup> Grob-Fitzgibbon, B. (2016). *Continental Drift: Britain and Europe from the End of Empire to the Rise of Euro-scepticism*. Cambridge: Cambridge University Press, p. 468.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

<sup>96</sup> *Ibidem*.

<sup>97</sup> Daddow, O. J. (2006). Euroscepticism and History Education in Britain. *Government and Opposition*, 41 (1), p. 73.

<sup>98</sup> Wellings, B. (2016). Our Island Story: England, Europe and the Anglosphere Alternative. *Political Studies Review*, 14 (3), p. 369.

<sup>99</sup> Melhuish, F. (2022). Euroscepticism, Anti-Nostalgic Nostalgia and the Past Perfect Post-Brexit Future. *JCMS: Journal of Common Market Studies*, 60 (6), p. 1760.

<sup>100</sup> Zook, M. S. (2002). The Restoration Remembered: The First Whigs and the Making of their History. *The Seventeenth Century*, 17 (2), p. 213.

Por último, Gifford busca completar la comprensión del euroescepticismo y el nacionalismo inglés en su vinculación con la traición de las élites; los nacionalistas ingleses perciben que las élites políticas han permitido que los burócratas de Bruselas y los inmigrantes invadan su soberanía<sup>101</sup>, el corazón del nacionalismo inglés. Por tal razón, el euroescepticismo revitalizó el nacionalismo inglés como defensa de la soberanía británica<sup>102</sup>; el euroescepticismo, simultáneamente, es causa y expresión del nacionalismo inglés.

#### 4. Nacionalismo inglés y partidos políticos

En consonancia con lo anterior, el euroescepticismo es la expresión más coherente del nacionalismo inglés, sin embargo Vines va más allá al replantear el nacionalismo inglés euroescéptico como una tradición política británica<sup>103</sup>; una clase política que opera al margen de la interferencia del electorado, proporcionando una forma centralizada del gobierno a través del modelo de Westminster<sup>104</sup>. Esto plantea una interesante pregunta ¿cómo ha afectado los partidos políticos al nacionalismo inglés?

Para empezar, el nacionalismo inglés ha sido fuertemente politizado en las últimas décadas y comprender el papel que tienen los partidos políticos en su discurso, forma y dirección es un aspecto clave en aras de entender la complejidad de esta corriente nacionalista. Por tanto, el presente apartado revisará la literatura sobre el nexo entre el nacionalismo inglés y los partidos políticos, preferiblemente el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP) por su adopción del nacionalismo inglés y el euroescepticismo como parte de sus valores políticos y plataformas de manifiesto.

En primer lugar, Mycock y Hayton investigan hasta qué punto los partidos de Westminster se están orientando a la anglicización<sup>105</sup> y marcan como hito la devolución de poderes estatutarios a Escocia, Gales e Irlanda el Norte en 1999<sup>106</sup>. Anteriormente, autores como Hayton, English y Kenny ya apuntaron el carácter “inglés” de lo político como sentimiento de agravio por la naturaleza asimétrica de la devolución y, particularmente, la falta de figuras tradicionales asociadas a esta política del resentimiento inglés<sup>107</sup>. Al respecto, Wellings sostiene que el nacionalismo inglés ha sido descrito como “un estado de ánimo, no un movimiento” al carecer de un vehículo político coherente y organizado para promover los objetivos del nacionalismo inglés<sup>108</sup>. Por tanto, el sentimiento de abandono y la falta de representación política de los intereses ingleses impregnarían la psique nacionalista inglesa, lo que refuerza la citada ansiedad de silencio de Aughey, relativa a la alusión de la “cuestión inglesa” por parte de los principales partidos políticos<sup>109</sup>. Por su parte, Galent aborda en su estudio la desafección inglesa en las encuestas de opinión, publicando que en el año 2011 la respuesta elegida a la pregunta de qué partido político defiende mejor los intereses de Inglaterra

<sup>101</sup> Gifford, C. (2015). Nationalism, populism and Anglo-British Euroscepticism. *British Politics*, 10 (3), pp. 362-363.

<sup>102</sup> Wellings, B. (2012). *English Nationalism and Euroscepticism: Losing the Peace*. Oxford: Peter Lang, p. 488.

<sup>103</sup> Vines, E. E. (2014). Reframing English Nationalism and Euroscepticism: From populism to the British Political Tradition. *British Politics*, 9, p. 256.

<sup>104</sup> *Ibidem*, p. 264.

<sup>105</sup> Mycock, A., & Hayton, R. (2014). The Party politics of englishness. *The British Journal of Politics & International Relations*, 16 (2), p. 252.

<sup>106</sup> *Ibidem*, p. 256.

<sup>107</sup> Hayton, R., English, R., & Kenny, M. (2007). Englishness in Contemporary British Politics. *The Political Quarterly*, 78, p. 124.

<sup>108</sup> Wellings, B. (2012). *Ob. cit.*, p. 4.

<sup>109</sup> Aughey, A. (2010). *Ob. cit.*, p. 509.

fue “ninguno de los anteriores”, sin embargo, la misma encuesta en 2013 recogería al UKIP como el partido que mejor defendía los intereses ingleses y a su líder, Nigel Farage, su mejor representante<sup>110</sup>. El brillante comunicador mediático logró convencer a sus partidarios de la nula representación de los intereses ingleses en Westminster y, por ende, la condena a quedar permanentemente marginados en la UE<sup>111</sup>.

Por consiguiente, el ascenso del UKIP representó la primera manifestación importante de euroescepticismo en un partido político por su monomaniaco objetivo de la retirada británica de la UE<sup>112</sup>. Entonces, el surgimiento del UKIP en 1993 y sus implicaciones para la política de Westminster resulta una preocupación central dada su apropiación del euroescepticismo –la expresión más clara del nacionalismo inglés– y el resultado del referéndum sobre el Brexit. Por ello, Dennison y Goodwin brindan los antecedentes necesarios para el ascenso del UKIP, haciendo hincapié en su monopolización del tema de más interés público: la inmigración<sup>113</sup>. Al respecto, los autores afirman que el fracaso del bipartidismo británico a la hora de frenar el aumento de la migración neta al Reino Unido y, en particular, a Inglaterra proporcionó al UKIP margen de maniobra en esta cuestión política<sup>114</sup>: Nigel Farage logró una estrategia de fusión al interconectar inmigración, euroescepticismo y nacionalismo inglés<sup>115</sup>.

Aplicando la terminología de Newman, el UKIP cultivó un discurso populista refiriéndose a los inmigrantes, en especial los procedentes de Europa del Este, como el exogrupo –ellos– que amenazaba y socavaba la identidad nacional inglesa –nosotros–<sup>116</sup>; la cuestión sobre Europa se convirtió, en palabras de Oliver, en un amargo conflicto sobre la cultura e identidad inglesa<sup>117</sup>. En particular, Bogdanor marca la ampliación de la UE en 2004 como el punto de inflexión de la migración británica: entre 2004 y 2010 más de tres millones de inmigrantes acudieron en masa al Reino Unido, en especial atracción magnética por Inglaterra y su valioso NHS<sup>118</sup>, lo que favoreció, según Calhoun, al fortalecimiento del nacionalismo inglés entre las clases trabajadoras<sup>119</sup>. En esta línea, el nacionalismo florece ante la amenaza de fuerzas internacionales, y precisamente fueron las clases medias y trabajadoras con salarios bajos de Inglaterra las que vieron peligrar sus condiciones laborales y niveles de vida por la barata mano de obra de los inmigrantes de Europa del Este<sup>120</sup>. Por esto mismo, el UKIP, como acaban afirmando Denison y Goodwin, focalizó esencialmente su discurso en los británicos blancos de clase media y baja, con residencia en Inglaterra, y que estaban unidos por la ansiedad sobre la migración poco cualificada, en total oposición a la membresía en la UE y la insatisfacción por la política bipartidista de Westminster<sup>121</sup>.

<sup>110</sup> Galent, M. (2022). English nationalism and its role in building support for Brexit: The case of UKIP and the Brexit Party. En J. Sondel-Cedarmas, & F. Berti, *The Right-Wing Critique of Europe: Nationalist, Sovereignist and Right-Wing Populist Attitudes to the EU*. Londres: Routledge, pp. 100-101.

<sup>111</sup> *Ibidem*, p. 101.

<sup>112</sup> Adam, R. G. (2020). *Brexit: Causes and consequences*. Suiza: Springer, pp. 43-44.

<sup>113</sup> Dennison, J., & Goodwin, M. (2015). Immigration, Issue Ownership and the Rise of UKIP. *Parliamentary Affairs*, 68, p. 169.

<sup>114</sup> *Ibidem*, p. 170.

<sup>115</sup> *Ibidem*, p. 172.

<sup>116</sup> Newman, G. (1987). *Ob. cit.*, p. 55.

<sup>117</sup> Oliver, T. (2015). *Ob. cit.*, p. 84.

<sup>118</sup> Bogdanor (2020). *Ob. cit.*, p. 97.

<sup>119</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 61.

<sup>120</sup> *Ibidem*, p 63.

<sup>121</sup> Dennison, J., & Goodwin, M. (2015). *Ob. cit.*, p. 168.

Por último, Ford y Goodwin adoptan dos enfoques innovadores para examinar el omnipresente ascenso del UKIP en la política británica; en primer lugar, el UKIP ha logrado dar expresión política a las profundas divisiones en la sociedad británica<sup>122</sup>. La estructura económica y social de Reino Unido ha cambiado drásticamente en los últimos 50 años al pasar de una economía liderada por la manufactura a una economía de servicios con una fuerte división de clases, lo que explica por qué el UKIP logró movilizar al electorado socialmente más distintivo de la política británica: los obreros, en edad avanzada, blancos y masculinos, con poca cualificación educativa y bajas perspectivas económicas futuras<sup>123</sup>. En segundo lugar, los autores sugieren que las divisiones en la sociedad británica se han visto exacerbadas por las decisiones políticas de conservadores y laboristas que se abstuvieron de involucrar a este grupo “dejado atrás” y, en cambio, posicionaron a sus partidos a favor de una política económicamente más centrista y socialmente liberal dirigida a los profesionales y votantes de clase media-alta<sup>124</sup>. En definitiva, los obreros se desplazaron hacia grupos de extrema derecha, como el UKIP, en lugar de permanecer apegados al tradicional bipartidismo.

\*\*\*

A modo de recapitulación, la revisión teórica de la investigación ha puesto de relieve la complejidad del nacionalismo inglés, con varias intersecciones entre el excepcionalismo británico, la anglosfera, el euroescepticismo y la identificación partidista. Por consiguiente, este estudio ha identificado varios elementos fundamentales que definen el nacionalismo inglés, como la homogeneidad cultural, la desconfianza hacia los inmigrantes y la desafección política. Igualmente, la revisión ha subrayado la importancia de estudiar el nacionalismo inglés desde diversos ángulos, tanto el identitario e histórico, como producto de la afiliación partidista. Por lo tanto, el enfoque de la investigación se centrará en analizar el impacto del nacionalismo inglés en el resultado del referéndum del Brexit desde la perspectiva de cuestiones relacionadas con la política de identidad, la edad, la clase social, los efectos económicos de la inmigración y la afiliación política al UKIP.

---

<sup>122</sup> Ford, R., & Goodwin, M. (2014). Understanding UKIP: Identity, Social Change and the Left Behind. *The Political Quarterly*, 85, p. 278.

<sup>123</sup> *Ibidem*, p. 279.

<sup>124</sup> *Ibidem*, p. 281.

## VI. Con Europa, pero no de Europa: la relación Reino Unido – Europa bajo una perspectiva histórica

Entender el camino hacia el Brexit en clave histórica es fundamental para comprender cómo el excepcionalismo británico y el euroescepticismo sentaron las bases del actual nacionalismo inglés. Por tanto, el siguiente apartado tiene como objetivo describir y analizar la relación del Reino Unido con la CEE-UE, tanto desde el inicio mismo del proceso de integración europea (1950) hasta el referéndum sobre el Brexit, en junio de 2016. Es decir, la investigación se enfoca a estudiar un proceso que abarca las negociaciones de adhesión y de separación, pasando por la atormentada membresía a la UE y la ruptura final que supuso la consulta popular.

Para empezar, la relación Reino Unido-UE ha sido la crónica de un idilio intermitente, pleno de desencuentros, vetos y exclusiones, pues el país anglosajón: 1) No formó parte de las naciones fundadoras de las Comunidades Europeas; 2) Puso en marcha la AELC, en un intento de rivalizar con la CEE; 3) Forzó una modificación presupuestaria a causa de sus reivindicaciones sobre el cheque británico; 4) Se mantuvo al margen, a través de su cláusula de exención, del Acuerdo Schengen, la Unión Económica y Monetaria, el Espacio de libertad, seguridad y justicia, la aplicación del título IV de la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea, etc.<sup>125</sup>; 5) Una cosmovisión ardientemente anglosférica<sup>126</sup>. Así, el recalcitrante socio de la UE se logró una posición privilegiada, ya que, desde su unión al proyecto en 1973, Reino Unido siempre optó por un enfoque “a la carta”, desprovisto del ideal europeísta de una “unión cada vez más estrecha”<sup>127</sup> y priorizando siempre la dimensión económica frente a la política<sup>128</sup>, de ahí su denominación de “socio incómodo” en la esfera europea<sup>129</sup>.

Por consiguiente, la oposición a la integración europea ha sido el contenido ideológico para la expresión más organizada del nacionalismo inglés<sup>130</sup>; este argumento consta de tres pilares, que se apoyan en un cuarto fundamento:

1. La política relativa al Mercado Común se convirtió en una cuestión de suma importancia nacional y, a través del mecanismo de referéndum, condujo a la fusión de la soberanía parlamentaria y popular.
2. El desarrollo del proyecto thatcherista añadió una dimensión individualista y antieuropea al naciente nacionalismo inglés.
3. La resistencia a la profundización de la integración política y monetaria de la UE llevaron al surgimiento de un nacionalismo inglés populista.
4. El fundamento del desarrollo y la articulación de esta ideología antieuropea fue una versión popular del pasado que veía a “Europa” como la máxima expresión del declive imperial británico.

<sup>125</sup>Fernández Rodríguez, M. (2020). *Ob. cit.*, pp. 175-176.

<sup>126</sup> Macejka, J. (2021). *Ob. cit.*, p. 54.

<sup>127</sup> Glencross, A. (2014). *Ob. cit.*, p. 8.

<sup>128</sup> Bar Cendón, A. (2017). El Reino Unido y la Unión Europea: inicio y fin de una relación atormentada. *Teoría y realidad constitucional* (40), p. 141.

<sup>129</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1298.

<sup>130</sup> Wellings, B. (2010) *Ob. cit.*, p. 489.

La conclusión general que se deriva de lo anterior es que el excepcionalismo y la larga tradición euroescéptica sentaron importantes bases ideológicas para el nacionalismo inglés<sup>131</sup>.

### 1. Discurso de Churchill en Zúrich (1946) y la CECA (1950)

Los orígenes de la relación del Reino Unido con una futura Europa comunitaria se remontan a principios del siglo XX<sup>132</sup>, cuando Winston Churchill, en un celebrado discurso en la Universidad de Zúrich, con fecha de 19 de septiembre de 1946, proponía crear los Estados Unidos de Europa, bajo el liderazgo conjunto de Francia y Alemania, como forma de prevenir futuros conflictos<sup>133</sup>. Desde entonces, Churchill ha sido aclamado como uno de los Padres Fundadores de la UE<sup>134</sup>, sin embargo, en su visión, el Reino Unido debería quedar al margen del quimérico proyecto: “*Estamos con Europa, pero no de ella. Estamos vinculados, pero no comprometidos*”<sup>135</sup>.

El famoso discurso de Zúrich es fundamental para comprender la actitud distanciada del Reino Unido hacia Europa. Para Churchill, Reino Unido se situaba en la intersección de tres círculos de poder e influencia: el Imperio, los “pueblos de habla inglesa” –la anglosfera– y, muy último, Europa, de modo que la posición británica como potencia global no encajaba con ser parte de un proyecto común con el devastado continente<sup>136</sup> y, menos aún, el predominio del círculo europeo frente a los otros dos<sup>137</sup>. Por tanto, Churchill y su excepcionalismo británico moldearon las actitudes inglesas hacia Europa durante generaciones<sup>138</sup>, floreciendo el incipiente euroescépticismo inglés, así como sentimientos de superioridad<sup>139</sup>. Al final, la generación joven a la que Churchill dirigió sus palabras en Zúrich tenía unos 45 años en el primer referéndum de 1975 y constituyó el grupo de mayores de 80 años que votó a favor del Brexit en el segundo referéndum de 2016<sup>140</sup>.

Unos años después, Jean Monnet, Comisario general del plan de reconstrucción de Francia, realizó un proyecto a propuesta del Ministro de Asuntos Exteriores francés, Robert Schuman, que consistía en la producción del binomio carbón-acero de Francia y Alemania bajo una administración supranacional conjunta, la Alta Autoridad, para salvaguardar la paz<sup>141</sup>. No obstante, el sectorial proyecto debería encarnar una perspectiva europea, no nacional<sup>142</sup>, y, gradual e imperceptiblemente, la cooperación económica haría inevitable la integración política<sup>143</sup>. Finalmente, la Declaración Schuman del 9 de mayo de 1950 y la creación de la

<sup>131</sup> *Ibidem*.

<sup>132</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). El Brexit y la relación entre el Reino Unido y la UE desde la perspectiva de un sistema adaptativo complejo. *Foro internacional*, 62 (4), p. 802.

<sup>133</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 142.

<sup>134</sup> Ramiro Troitiño, D. (2020). Winston Churchill y el proceso de construcción europea. *Revista Notas Históricas y Geográficas* (24), p. 477.

<sup>135</sup> *Ibidem*, pp. 455-456.

<sup>136</sup> Wassenberg, B. (2020). Challenging the origins of Euroscepticism. A historical perspective. *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* (44), p. 60.

<sup>137</sup> Casajuana, C. (2021). El largo camino hacia el Brexit. *Tiempo de Paz* (140), p. 18.

<sup>138</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 2-3.

<sup>139</sup> Davis, R. (30 de Mayo de 2017). *Euroscepticism and Opposition to British Entry into the EEC, 1955-75*.

Recuperado de Revue Française de Civilisation Britannique: <https://journals.openedition.org/rfcb/1364#citedby>.

<sup>140</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 3.

<sup>141</sup> *Ibidem*

<sup>142</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 12.

<sup>143</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 7.

primera Comunidad –la Comunidad Económica del Carbón y del Acero (CECA)–, justo un año después, pusieron en marcha, de forma fehaciente, el proceso de integración europea.

La CECA, por consiguiente, nació con un valor añadido de incalculable valor: la paz. Como herramienta contra el nacionalismo –la semilla de todos los males europeos–, compartir espacios de soberanía se convirtió en una parte esencial de la construcción europea<sup>144</sup>. Sin embargo, la visión de Europa como un sistema de paz enfocado en evitar los conflictos originados por el nacionalismo no era aceptada en el Reino Unido; el nacionalismo inglés era visto (y aún en la actualidad) como un sentimiento que había unido al país en su esfuerzo titánico contra la amenaza de la Alemania hitleriana y, por ello, el concepto Estado-nación era percibido como algo benigno en la lucha por la libertad y la democracia contra el fascismo totalitario<sup>145</sup>. Por lo tanto, el nacionalismo inglés y la soberanía nacional británica explicarían el temprano rechazo a la integración europea y, en particular, a la Alta Autoridad, el embrión de la Comisión Europea.

Con más detalle, la dimensión supranacional del Plan Schuman-Monnet comportaba la cesión de soberanía; una idea “extranjera” absolutamente opuesta al ideal británico de soberanía parlamentaria<sup>146</sup>. No sólo contradecía el concepto británico de libertad y Estado de derecho, sino que no podía conciliarse con los principios de la democracia representativa. La unidad europea olía al ominoso absolutismo del decapitado Carlos I, de manera que el conservador Harold Macmillan pronunció las siguientes palabras: “*No hemos derribado el Derecho Divino de los Reyes para postrarse ante el derecho divino de los expertos*”<sup>147</sup>. En definitiva, el euroescepticismo inglés, en su origen, sirvió para definir la suspicacia del Reino Unido respecto a los principios supranacionalistas de la CECA inclinada en torno al eje franco-alemán<sup>148</sup>.

Al final, el Reino Unido se perdió los inicios de la unificación europea y desperdició la oportunidad de contrastar sus propios intereses con los de la Europa continental. A pesar de la negativa británica a unirse, la CECA siguió adelante con sólo seis miembros: Francia, Italia, Alemania Occidental, Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo<sup>149</sup>. La ceremonia oficial de fundación de la CECA tuvo lugar el 18 de abril de 1951, la fecha de nacimiento de la primera Comunidad Europea, sin parangón en la historia<sup>150</sup>.

Sin embargo, el país anglosajón no se mantuvo completamente alejado de Europa, con la firma del Tratado de Bruselas (1948) por el que se constituía la Unión Europea Occidental (UEO), además de cofundar la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE) en 1948, y un año después, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la todavía columna vertebral de la seguridad militar en Europa, y el Consejo de Europa. También, la Convención Europea de Derechos Humanos (CEDH) en 1950, que sentó las bases para el Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH). Todas estas instituciones fueron clasificadas como organizaciones de carácter intergubernamental, sin ambiciones supranacionales ni

<sup>144</sup> Ramiro Troitiño, D. (2020). La Unión Europea y el Reino Unido: Divergencia histórica y miopismo contemporáneo. *Tempo exterior* (40), p. 63.

<sup>145</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>146</sup> Schütze, R. (2022). Britain in the European Union: A Very Short History. *Global Policy*, 13, p. 39.

<sup>147</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 3-4.

<sup>148</sup> López Rodríguez, S. (2018). Up yours delors!: El auge del euroescepticismo en Europa: ¿el fin de un proyecto o una crisis coyuntural? *Tiempo presente. Revista de Historia* (5), p. 92.

<sup>149</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 7-8.

<sup>150</sup> Etiubon, A., & Ibietan, J. (2018). European Union and Brexit Nationalism: A Historical Review. *International Journal of Innovative Social Sciences & Humanities Research*, 6 (2), p. 28.

cesiones de soberanía<sup>151</sup>. Por lo tanto, el Reino Unido se aferró a los medios tradicionales de diplomacia y rechazó con firmeza la idea de someter su propia libertad y Estado de derecho a cualquier autoridad supranacional con derecho a aprobar leyes válidas dentro del territorio británico sin (o incluso contra) la voluntad del Westminster<sup>152</sup>.

## 2. Mesina y Roma (1955 / 1957)

Unos años más tarde florecería el nonato Plan Pleven (1952), bajo el objetivo de construir una Comunidad Europea de Defensa (CED), con inspiración institucional de la CECA. Sin embargo, el cambio del tablero político y el rechazo francés a la ratificación del Tratado de mayo en 1952 terminó por convertir esta organización en papel mojado. Al mismo tiempo, la idea de Reino Unido como un país excepcionalmente diferente seguía resonando en el imaginario colectivo inglés<sup>153</sup> y dicha parálisis integracionista tranquiló, aunque por poco tiempo, los aires euroescépticos.

No obstante, el proyecto europeo sería relanzado en 1955 con la puesta en marcha de los Seis en la Conferencia de Mesina. Reino Unido, nuevamente, fue invitado a las negociaciones iniciales, bajo el convencimiento europeo de “*sin Gran Bretaña no puede haber Europa*”<sup>154</sup>, pero volvió a brillar por su ausencia: en Whitehall se consideró suficiente enviar a Russell Bretherton, un funcionario de la Junta de Comercio, como delegado británico. Por su parte, los documentos de la conferencia no registran ninguna intervención británica, con la salvedad de un condescendiente comentario final: “*Caballeros, están tratando de negociar algo que nunca podrán negociar. Pero si se negocia, no será ratificado. Y si se ratifica, no funcionará. ¡Au Revoir y buena oportunidad!*”<sup>155</sup>. Contra las expectativas británicas, la Resolución de Mesina se encaminó hacia la profundización sectorial y económica, el Mercado Común de corte progresivo y la energía nuclear como futuras metas integracionistas<sup>156</sup>. Para ello, el Comité Spaak celebró una serie de negociaciones en Bruselas que culminarían en la firma del Tratado de Roma, con fecha de 25 de marzo 1957, creando una Comunidad Económica Europea (CEE) y una Comunidad Europea de la Energía Atómica (CEEAA)<sup>157</sup>, un paso más hacia una mayor integración europea.

Una vez más, el Reino Unido retrocedió ante un proyecto que tenía como objetivo proclamado una Federación Europea y, otra vez más, las razones económicas vinieron a complementar las ideológicas: el Mercado Común era incompatible con el entonces sistema de preferencias imperial de la Commonwealth y, también, la política exterior británica todavía seguía la lógica de los tres círculos de Churchill en la que Europa simplemente ocupaba el

<sup>151</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 62. El Consejo de Europa y el TEDH constituyen una cierta excepción, ya que las sentencias del TEDH tienen fuerza legal inmediata en los países miembros. Fue principalmente Churchill quien esperaba utilizar el TEDH para poner en la picota los abusos contra los derechos humanos en los países comunistas de Europa del Este. Nunca podría haber soñado que, unos 50 años después, esta Corte dictaría un número cada vez mayor de sentencias contra Reino Unido, el corazón del Estado de derecho.

<sup>152</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 6-7.

<sup>153</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). *Ob. cit.*, p. 803.

<sup>154</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 3.

<sup>155</sup> *Ibidem*, pp. 9-10.

<sup>156</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 77.

<sup>157</sup> Etiubon, A., & Ibietan, J. (2018). *Ob. cit.*, p. 28.

último lugar<sup>158</sup>. El excepcionalismo británico y la idea de que Europa era más dependiente del Reino Unido que viceversa consumieron la psique nacionalista inglesa<sup>159</sup>.

### 3. París (1961 – 1969)

El canto del cisne del Imperio Británico tuvo lugar en 1956 con la humillación de Suez tan solo una década después de haber derrotado a Hitler. El Imperio se desvanecía a un ritmo rápido en la década de los 60, a la par que se evaporaba su influencia política. El pionero de la industrialización también estaba perdiendo su ventaja competitiva en los mercados globales y la libra se tambaleaba de devaluación en devaluación. Por primera vez en 400 años, el Reino Unido volvió a ser una potencia predominantemente europea. Todo lo que quedó del antiguo Imperio fue el polvo de su colapso, motas dispersas por todo el mundo<sup>160</sup>.

A contrario sensu, la Europa de los Seis disfrutaba de grandes progresos económicos e institucionales que, inevitablemente, menoscababan la influencia británica y su floreciente aislamiento en los asuntos mundiales<sup>161</sup>, de modo que, contra Europa y su Mercado Común, el Reino Unido creó la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC) en 1960<sup>162</sup>. En primer lugar, la palabra “asociación” pretendía significar que no era una “comunidad” como la CEE<sup>163</sup>, y su fundación respondía a un doble objetivo político: positivamente, creó una zona de libre comercio que permitiría a Reino Unido comerciar con otros seis estados europeos –Dinamarca, Noruega, Suecia, Austria, Portugal y Suiza– manteniendo, al mismo tiempo, su sistema imperial de preferencias, mientras que, negativamente, se esperaba que la AELC disolviera el mercado común –supranacional– en una zona de libre comercio –intergubernamental–<sup>164</sup>.

Como resultado, una Europa con dos gigantes económicos: la CEE de los Seis y la AELC de los Siete. Sin embargo, los Seis constituían un centro fuerte, puesto que contenía a las principales potencias de Europa occidental con la excepción de Reino Unido. Por primera vez desde la era napoleónica, las primordiales potencias continentales parecían estar unidas en una agrupación económica positiva que, si bien no estaba específicamente dirigida contra Reino Unido, podía excluirla tanto de los mercados europeos como de las consultas sobre la política europea<sup>165</sup>. En este sentido, las reveladoras palabras “*Gran Bretaña ha perdido un imperio y aún no ha encontrado un papel*” pronunciadas en 1962 por Dean Acheson, ex Secretario de Estado de los EE.UU., ilustran a la perfección la caída de la influencia británica en los asuntos europeos<sup>166</sup>. Europa, entonces, estaba empezando a parecer la única solución geopolítica a los dilemas estratégicos de Reino Unido, pero, también, a sus dificultades económicas<sup>167</sup>.

Finalmente, la AELC resultó no ser rival para la CEE, y el Reino Unido buscaría su alivio existencial en la membresía a la CEE, más especialmente, en su Mercado Común. Por tanto, la política comercial común parecía ser la única manera de escapar del círculo vicioso de

<sup>158</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 39.

<sup>159</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 12.

<sup>160</sup> Besirevic, V. (2020). *A Short History of Brexit*, pp. 623-624.

<sup>161</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 53-54.

<sup>162</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 144.

<sup>163</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 12.

<sup>164</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 39.

<sup>165</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 50-51.

<sup>166</sup> *Ibidem*, pp. 51-52.

<sup>167</sup> *Ibidem*, pp. 53-54.

devaluación, inflación, pérdida de productividad y cuotas de mercados<sup>168</sup>. Sin embargo, sólo unos pocos en el Reino Unido entendieron cómo funcionaba realmente esta extraña creación supranacional llamada CEE, y aún menos la miraron con afecto o buena voluntad. Pero la idea de buscar un remedio con aquellos vecinos más exitosos y prósperos del continente parecía irresistible. Al final, y sólo dos años después de la entrada en vigor del Tratado de Roma, el premier Harold Macmillan presentó su solicitud de adhesión a la CEE el 9 de agosto de 1961<sup>169</sup>.

Por consiguiente, la posición de Reino Unido había pasado de ser líder indiscutible al suplicante de Europa<sup>170</sup>. Lejos de entusiasmos integracionistas ni compromisos paneuropeos, el país anglosajón lo hizo por desesperación<sup>171</sup>. En este sentido, la CEE fue aceptada como un mal necesario, pero nunca como un futuro al que aspirar, tal como lo expresó Harold Macmillan en 1956: “*No me gusta la perspectiva de un mundo dividido entre la esfera rusa, la esfera americana y una Europa unida de la que no somos miembros*”. Otros hicieron comentarios más fatales sobre un nuevo sistema continental parejo al que Napoleón había utilizado para bloquear el comercio británico. O tal vez algo aún peor: la unificación europea bajo un único liderazgo político. Esto sería Napoleón encima de Hitler bajo el disfraz inofensivo de una CEE antimilitar<sup>172</sup>. En definitiva, tropos propios del pensamiento inglés que resucitarán con mucha fanfarria en el largo camino hacia el Brexit<sup>173</sup>.

Pero sin ir más lejos, el líder laborista Hugh Gaitskell (1955-1963) alimentó este pensamiento inglés contra la membresía en la CEE, en especial la unidad europea significaría el fin de 1000 años de excepcionalismo británico y la total renuncia a la independencia británica<sup>174</sup>; las bases ideológicas del actual nacionalismo inglés. Más aún, los argumentos gaitskellianos resurgirán unos cincuenta años después en la campaña del Brexit: independencia nacional, soberanía parlamentaria, política comercial autónoma y, sobre todo, la fe ciega en los instintos sanos, casi infalibles, del pueblo inglés<sup>175</sup>. Argumentos que, junto a la migración, son un carcaj del cual el *Vote Leave* podría haber recogido la mayoría de las flechas que utilizó como munición contra la UE.

También, la candidatura británica tropezó con barreras que tal vez nunca hayan sido superadas. La esencia del problema era encajar al Reino Unido y su excepcional historia en un sistema continental, con centenarias y diferentes tradiciones constitucionales, políticas y económicas<sup>176</sup>, todavía más ajustar su sistema constitucional consuetudinario y soberanía parlamentaria en una Europa de democracia compuesta<sup>177</sup>, basada en una absoluta separación de poderes, constitución escrita y subordinación a un sistema superior de derecho europeo<sup>178</sup>.

<sup>168</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 10-11.

<sup>169</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 623-624.

<sup>170</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 67-68.

<sup>171</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 10-11.

<sup>172</sup> *Ibidem*, pp. 12-13.

<sup>173</sup> El poder duradero de esta figura de pensamiento inglés se ilustra, por ejemplo, en una entrevista de 1990 realizada por el ex Ministro de Comercio británico y confidente cercano de Margaret Thatcher, Nicholas Ridley, que declaró abiertamente: “*Todo es un fraude alemán diseñado para apoderarse de toda Europa*” (The Spectator, 14 de julio de 1990: <https://www.spectator.co.uk/article/from-the-archives-ridley-was-right/>).

<sup>174</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 84.

<sup>175</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 14.

<sup>176</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 54-55.

<sup>177</sup> Fabbrini, S. (2010). Más allá de Lisboa: el enigma constitucional de la integración europea. *Revista SAAP*, 4 (1), p. 13.

<sup>178</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 54-55.

Este conflicto entre las dos concepciones de gobierno ha ocupado siempre un primer plano en el debate euroescéptico inglés<sup>179</sup>.

Sin embargo, la solicitud de adhesión británica a la CEE fue vetada por el Presidente francés, Charles De Gaulle<sup>180</sup>; en su visión, la “anglosfera” del Reino Unido era incompatible con la “Europa europea”<sup>181</sup>. Francia era el líder indiscutible de la CEE y la entrada de Reino Unido podría alterar sus intereses agrícolas<sup>182</sup>, además de abrir la puerta al influjo estadounidense por considerarles su caballo de Troya<sup>183</sup>, de modo que, el 14 de enero de 1963, en solemne rueda de prensa, el General De Gaulle dio las siguientes razones del veto francés:

Gran Bretaña solicitó ser miembro del Mercado Común. Lo hizo después de negarse anteriormente a participar en la comunidad que se estaba construyendo, y después de haber creado una zona de libre comercio con otros seis estados, y finalmente... después de haber ejercido cierta presión sobre los Seis para impedir la puesta en práctica del Mercado Común realmente comience. Gran Bretaña, por tanto, solicitó a su vez ser miembro, pero bajo sus propias condiciones. Sin duda, esto plantea para cada uno de los seis Estados y para Inglaterra problemas de dimensiones muy grandes. Inglaterra es, en efecto, insular, marítima y está vinculada a través de su comercio, mercados y suministro de alimentos a países muy diversos y a menudo muy distantes. Sus actividades son esencialmente industriales y comerciales, y sólo ligeramente agrícolas<sup>184</sup>.

La energía del veto francés fue la falta de compromiso británico con la empresa europea. A este respecto, el pueblo británico tendía a identificarse en total contraste con Europa, mientras que los seis estados miembros se definían a sí mismos como europeos –la base para compartir la soberanía nacional–, de modo que, cuando finalmente Reino Unido decidió ser miembro de la Comunidad Europea, no lo hizo porque compartieran un destino común, sino por mero pragmatismo económico sobre la base de un análisis de costo-beneficio<sup>185</sup>; en el momento en que los costos parecieran superar a los beneficios habría presión popular por salir como ocurriría décadas después en el referéndum del Brexit<sup>186</sup>.

Sumado a lo anterior, no había duda de que las realidades creadas en los diez años de integración europea no sólo no tuvieron en cuenta los intereses británicos, sino que, en muchos casos, fueron contrarias a ellos. La Política Agrícola Común (en adelante PAC) y su entrada en vigor en 1962 bajo el principio de preferencia comunitaria dan testimonio de ello, pues el Reino Unido no podría dar un trato preferencial a su querida Commonwealth<sup>187</sup> –el componente integral de la identidad nacional inglesa<sup>188</sup>– y su política de alimentos baratos<sup>189</sup>. En definitiva, la escasa receptividad del General De Gaulle a reconocer un trato especial de la CEE para los productos de la Commonwealth, su visión de una “Europa europea” y el análisis costo-beneficio británico explicarían el veto francés al proceso de adhesión del Reino Unido.

<sup>179</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). *Ob. cit.*, pp. 803-804.

<sup>180</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 39.

<sup>181</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 87.

<sup>182</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 14.

<sup>183</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 144.

<sup>184</sup> Traducción parcial de “El veto del presidente francés Charles De Gaulle a la membresía británica en la CEE”. Disponible en: [https://www.files.ethz.ch/isn/125401/1168\\_DeGaulleVeto.pdf](https://www.files.ethz.ch/isn/125401/1168_DeGaulleVeto.pdf).

<sup>185</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 28.

<sup>186</sup> *Ibidem*, p. 54.

<sup>187</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 55-58.

<sup>188</sup> Islentyeva, A., & Abdel Kafi, M. (2021). *Ob. cit.*, pp. 70-71.

<sup>189</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 19-20.

Seis años después, sin embargo, el Reino Unido renovarían su solicitud ante la CEE de la mano del laborista Harold Wilson el 11 de mayo de 1967 y, nuevamente, se encontraría con un rechazo total por parte de París<sup>190</sup>; todavía subyacía la discrepancia primigenia gaullista de una Europa atlántica, preconizada por los británicos, difícilmente conciliable con su ansiada Europa europea<sup>191</sup>. Tras la doble humillación, la cuestión sobre Europa parecía distanciar a la clase política del pueblo inglés<sup>192</sup>, más aún, todos los primeros ministros hasta Boris Johnson han pensado que el futuro de Reino Unido está en Europa, e incluso ningún premier hasta Theresa May abogó por la ruptura total<sup>193</sup>.

#### 4. Bruselas (1973)

No fue hasta la salida del Elíseo del general De Gaulle el 28 de abril de 1969 y la llegada de Georges Pompidou a la presidencia de la República francesa, con fecha el 15 de junio de 1969, para que el panorama europeo cambiase y se reactivara la construcción europea. Un año más tarde, el 19 de junio de 1970, el conservador europeísta Edward Heath fue nombrado Primer Ministro, un total partidario de la profundización política<sup>194</sup>, que incluso anteponía la esfera europea en los tres círculos de Churchill<sup>195</sup>. Por su parte, el diálogo Pompidou-Heath permitió el reinicio de las negociaciones formales el mismo mes de junio y, tras dieciocho meses de costosos acuerdos, el tratado de adhesión se firmó el 22 de enero de 1972<sup>196</sup>. El Reino Unido, finalmente, se convirtió en miembro de la CEE el 1 de enero de 1973. Para celebrar ese día, la “*Unión Jack*” –la bandera del Reino Unido– se alzó por primera vez frente al edificio del Consejo de Bruselas. Desafortunadamente, estaba al revés.

Con todo, el Reino Unido se unió a las Comunidades Europeas veinte años después de aquella Declaración Schuman. En plena posición de debilidad, Reino Unido tuvo que aceptar normas, instituciones y procedimientos –acervo comunitario– que habían sido formulados sin ninguna influencia británica<sup>197</sup>, incluso contra los propios intereses del país, como en la agricultura y las contribuciones presupuestarias<sup>198</sup>. Debía encajar en un sistema que ya existía y que no podría modificarse<sup>199</sup>, en especial la cuestión de la sumisión de la soberanía del Parlamento de Westminster a un poder legislativo superior y foráneo<sup>200</sup>. Sencillamente, el país anglosajón llegó tarde y se enfrentó a una situación de “tómalo o déjalo”.

Por lo tanto, Reino Unido rompió su floreciente aislamiento a favor de “*una unión cada vez más estrecha entre los pueblos europeos*” no por convicción, sino por pura necesidad<sup>201</sup>. No parecía haber otra alternativa de escapar de la tendencia negativa de los indicadores económicos. Ésta puede ser una de las principales razones por las que nunca ha habido entusiasmo por la integración europea. Europa sólo fue un salvavidas. Ningún inglés consideró jamás la unidad europea como algo sagrado, al contrario, el nacionalismo inglés anhelaba

<sup>190</sup> *Ibidem*, p. 18.

<sup>191</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 87.

<sup>192</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 71-72.

<sup>193</sup> *Ibidem*, p. 51.

<sup>194</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 99.

<sup>195</sup> Casajuana, C. (2021). *Ob. cit.*, p. 18.

<sup>196</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 147.

<sup>197</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 8-9.

<sup>198</sup> *Ibidem*, p. 19.

<sup>199</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 60-61.

<sup>200</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 147.

<sup>201</sup> *Ibidem*, p. 148.

regresar a la “edad de oro” de la historia británica, cuando el Imperio dominaba las olas sin necesidad de una alianza continental táctica<sup>202</sup>.

Desde que el Reino Unido se unió a la Comunidad Europea en 1973, sus actitudes hacia la propia membresía han estado marcadas por una sorprendente paradoja. Por un lado, Reino Unido ha sido denominado como el “socio incómodo” de la esfera europea<sup>203</sup>, un Estado miembro ambivalente, semidistante, reticente y vacilante<sup>204</sup> que ha priorizado siempre la dimensión económica frente a la política<sup>205</sup>. Pero, por otro lado, el historial de la membresía británica en la CEE-UE ha sido uno de configuración efectiva del desarrollo de la integración europea para satisfacer sus propios intereses<sup>206</sup>.

### 5. El primer referéndum (1975)

Pese a todo, la adhesión a la CEE no disipó las reservas británicas. Menos aún calmó los ánimos del pueblo inglés, que, lejos de ser entusiasta, vio la membresía como la mayor capitulación de su país ante la Europa que, 25 años antes, había ayudado a liberarse del fascismo<sup>207</sup>. A continuación, los pertinentes debates sobre la adhesión británica sentaron las bases para el resurgimiento del nacionalismo inglés de dos maneras: en primer lugar, la defensa de la soberanía parlamentaria, cuya continuidad e importancia no podían ser realmente comprendidas por los continentales, y en segundo, la fusión de la noción de soberanía parlamentaria con la de soberanía popular mediante el mecanismo del referéndum<sup>208</sup>.

Para empezar, los duraderos vínculos de Reino Unido con el Imperio y, especialmente, la Commonwealth fueron un claro contrapeso que los alejaba de la propia integración europea. En el imaginario inglés, la Commonwealth estaba poblada por familiares y amigos, al contrario de la extranjera Europa, y el Reino Unido era parte del “mundo de habla inglesa” de Churchill, resultando poco probable que el pueblo inglés viese con buenos ojos las medidas encaminadas a construir una Europa unida e integrada<sup>209</sup>. Esto fue particularmente cierto con el premier Harold Wilson; en su visión, Europa se equiparaba con peligro, mientras que la Commonwealth con la fuente de socorro<sup>210</sup>, y, quién tras la victoria laborista de 1974, se encontró a la cabeza de un gobierno comprometido (a regañadientes) con un referéndum sobre los términos renegociados de la membresía en la CEE<sup>211</sup>.

De importancia más duradera fue la defensa de la soberanía parlamentaria y su fusión con la soberanía popular a través del referéndum de 1975. En primer lugar, los primeros estadios del debate de adhesión se centraron en la correcta aprobación de la Ley de las Comunidades Europeas de 1971, y una vez que el Reino Unido accedió a la CEE en 1973, los llamados “antimercadólogos” –con fuertes actitudes euroescépticas, hasta el punto de considerar la CEE un club capitalista<sup>212</sup>– del Partido Laborista colocaron en la agenda política la novedosa

<sup>202</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 8-9.

<sup>203</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1298.

<sup>204</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). *Ob. cit.*, p. 802.

<sup>205</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 141.

<sup>206</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1298.

<sup>207</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 20.

<sup>208</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 490.

<sup>209</sup> Davis, R. (30 de Mayo de 2017).

<sup>210</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 491.

<sup>211</sup> *Ibidem*.

<sup>212</sup> Saunders, R. (2016). A Tale of Two Referendums: 1975 and 2016. *The Political Quarterly*, 87 (3), p. 318.

cuestión del referéndum popular<sup>213</sup>. Un dispositivo, hasta entonces inconstitucional<sup>214</sup>, contrario a la doctrina británica, según la cual, la soberanía estaba exclusivamente en el corazón del Parlamento de Westminster<sup>215</sup>. Por lo tanto, el Parlamento entregaría su poder decisorial a los veredictos volátiles e impredecibles del pueblo británico<sup>216</sup>, de esta manera, la soberanía popular inherente al referéndum encajaría extrañamente con la defensa de la soberanía parlamentaria; el objetivo ostensible de los antimercadólogos<sup>217</sup>.

Por tal razón, las firmas del Tratado de adhesión apenas se habían secado cuando, en enero de 1975, el laborista Harold Wilson convocó un referéndum sobre las condiciones de membresía<sup>218</sup>. Al igual que Cameron, Wilson era un reacio europeo a la cabeza de un partido dividido en un momento de creciente euroescepticismo inglés<sup>219</sup>, de modo que el referéndum respondió, no tanto a la preocupación democrática, sino a razones de gestión del partido, un motivo que reaparecería en 2016<sup>220</sup>, y ejemplificó a la perfección la escarapela de Reino Unido como “socio incómodo”<sup>221</sup>. Sea lo que fuere, el referéndum sobre la continuidad del Reino Unido en la CEE se celebró el 5 de junio de 1975, con la siguiente pregunta: “¿Cree que el Reino Unido debe permanecer en la Comunidad Europea (el Mercado Común)?”<sup>222</sup>.

Finalmente, la participación fue alta (64.03%) y el “Sí” (67.2%) claramente mayoritario con respecto al “No” (32.8%). Un apoyo amplio, pero no profundo, e incluso algunos llegaron a afirmar cierto entusiasmo británico por el ideal europeo. Pero el aparente entusiasmo era engañoso<sup>223</sup>. El referéndum fue un voto a favor del *status quo*, en plena interrelación con el miedo y el efecto de liderazgo. Primero, el miedo a abandonar la CEE como salto al vacío por la lamentable situación económica del país<sup>224</sup>. Unas encuestas privadas realizadas en mayo de 1975 revelaron que el 51% –incluido un tercio de los votantes a favor de la continuidad– pensaba que el país se había equivocado al ingresar, pero también el 53% creía que la inminente salida conduciría a una crisis política y económica sin precedentes<sup>225</sup>. En segundo lugar, el efecto de liderazgo de los líderes británicos en una época de mayor confianza política<sup>226</sup>.

Por consiguiente, la diferencia fundamental entre el referéndum de 1975 y el de 2016 fue el momento oportuno; la consulta del Brexit tuvo lugar en una atmósfera de creciente desafección política británica y, además, el extremista Nigel Farage logró convertir al UKIP en un movimiento populista nacionalista inglés, totalmente ausente en el Reino Unido de 1975<sup>227</sup>. A lo sumo, el referéndum de 1975 se celebró después de una amplia aprobación de la membresía en la CEE por parte del Parlamento de Westminster<sup>228</sup>, mientras que el plebiscito de 2016 se

<sup>213</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, pp. 492-493.

<sup>214</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 73.

<sup>215</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 23.

<sup>216</sup> *Ibidem*.

<sup>217</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, pp. 492-493.

<sup>218</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1299.

<sup>219</sup> Saunders, R. (2016). *Ob. cit.*, p. 318.

<sup>220</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 24.

<sup>221</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 99.

<sup>222</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 626.

<sup>223</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 73.

<sup>224</sup> *Ibidem*, pp. 73-74.

<sup>225</sup> Saunders, R. (2016). *Ob. cit.*, p. 319.

<sup>226</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 75.

<sup>227</sup> *Ibidem*, pp. 77-78.

<sup>228</sup> La Cámara de los Comunes aprobó los resultados de las renegociaciones de Wilson el 9 de abril de 1975 por 396:170 votos. Después de esta votación se aprobó legislación que permitiría la celebración de un referéndum.

realizó sin orientación política alguna y sin temor a una crisis económica inmediata<sup>229</sup>. Al final, volver al *status quo* podría ser una opción realista después de dos años de membresía en 1975, pero no tras 43 años de pertenencia en la UE-CEE. Cameron estaba seriamente equivocado en emular la hazaña de Wilson de 1975; las condiciones eran demasiado dispares<sup>230</sup>.

Después de todo, el referéndum de 1975 no resolvió la cuestión europea. No puso fin a catorce años de discusión nacional, ni tampoco significó que el Reino Unido fuera ahora irrevocablemente europeo<sup>231</sup>. En cambio, Harold Wilson logró una victoria táctica apaciguando el ala radical de su partido, a costa de abrir la caja de Pandora: el referéndum se convertiría en la espada de Damocles que pende sobre cada decisión importante del Parlamento con implicaciones constitucionales. La cuestión sobre Europa sufriría una peligrosa resurrección años después, y como retornado, resultó más tóxica que nunca<sup>232</sup>.

## 6. Thatcher y su discurso de Brujas (1988)

El camino hacia el Brexit fue una verdadera carrera de obstáculos. Superado el primer obstáculo del referéndum de 1975, el segundo sería más personal, concretamente llevaría el nombre de Margaret Thatcher<sup>233</sup>; posiblemente, la figura euroescéptica más crítica y reseñable, Primera Ministra desde 1979 hasta 1990, primera mujer en Europa en alcanzar esta posición, y la única jefa de gobierno en ganar tres elecciones consecutivas<sup>234</sup>. La apodada Dama de Hierro nadó contracorriente del europeísmo, pero, paradójicamente, el papel del Reino Unido en la CEE bajo su mandato fue de todo menos destructivo<sup>235</sup>, incluso Europa fue su solución a los tres males británicos: la inflación, la inexistencia de una adecuada delimitación del poder Estado-individuo y la falta de influencia en los asuntos internacionales<sup>236</sup>. Pero pronto la CEE suscitaría sus dos grandes preocupaciones: por un lado, la armonización y la integración en detrimento de la soberanía nacional, y, por el otro, la limitación del papel del Estado. Ambas preocupaciones se convertirían en el núcleo de la crítica thatcherista de Europa y la razón de su abrazo al euroescepticismo<sup>237</sup>.

Resulta oportuno recordar que Europa era la única solución geopolítica a los dilemas estratégicos de Reino Unido, pero, también, a sus dificultades económicas<sup>238</sup>, de modo que el Gobierno británico sopesó que los beneficios iban a ser superiores a los efectos negativos, pero infravaloró el peso de la PAC en el presupuesto comunitario<sup>239</sup>. A este respecto, la contribución neta británica era la mayor, y esta falta de proporcionalidad se debía al hecho de que Reino Unido, por su condición insular –excepcionalismo británico–, tenía un sector agrícola bastante modesto y, por ende, recibía una pequeña porción de los subsidios agrícolas, que constituían más del 70% del presupuesto de la CEE<sup>240</sup>. A lo sumo, el Reino Unido se unió a la CEE en un

<sup>229</sup> Saunders, R. (2016). *Ob. cit.*, p. 319.

<sup>230</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 26.

<sup>231</sup> Saunders, R. (2016). *Ob. cit.*, p. 321.

<sup>232</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 24-25.

<sup>233</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, pp. 150-151.

<sup>234</sup> López Rodríguez, S. (2018). *Ob. cit.*, p. 92.

<sup>235</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 494.

<sup>236</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 113.

<sup>237</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 87.

<sup>238</sup> *Ibidem*, pp. 53-54.

<sup>239</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). Margaret Thatcher ¿precursora del brexit o europeísta ambigua? *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* (42), p. 338.

<sup>240</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 626.

momento de estancamiento económico más que de progreso, en parte como resultado de la crisis del petróleo de 1973, y este aumento del precio de los petrolíferos no sólo exigió al Reino Unido un gasto presupuestario sustancial, sino que también provocó un gasto agravado por una contribución financiera muy elevada asignada por la CEE<sup>241</sup>. Al final, la alta contribución financiera, el estancamiento económico y la ralentización política –todo ello basado en el análisis costo-beneficio del pragmatismo británico<sup>242</sup>–, causó la oposición de Reino Unido a Europa tan sólo dos años después de su adhesión<sup>243</sup>.

A continuación, la cuestión de los reembolsos fue abordada con inquebrantable celo thatcherista bajo la legendaria demanda “¡*Quiero mi dinero de vuelta!*”<sup>244</sup>. Y para lograr este objetivo, el Reino Unido adoptó una estrategia de desobediencia (in)civil, con inspiración en la política gaullista de sillas vacías, obstruyendo deliberadamente el Consejo de 1982<sup>245</sup>. Al final, los avances en materia presupuestaria, denominada coloquialmente la “cuestión británica sangrienta”<sup>246</sup>, se lograron el 15 de junio de 1984, cuando el Consejo Europeo de Fontainebleau concedió a Reino Unido una compensación financiera –el “cheque británico”–, y garantizó el principio de justo retorno presupuestario<sup>247</sup>. Sin embargo, la percepción de un presupuesto europeo injusto perpetuaría en el pensamiento inglés<sup>248</sup>, e incluso el mantra populista del Brexit sobre poner fin al gasto en actividades de la UE se arraigaría en las siguientes palabras de Thatcher<sup>249</sup>: “*No estamos pidiendo un centavo de dinero de la comunidad para Gran Bretaña. Lo que estamos pidiendo es una gran cantidad de nuestro propio dinero, más allá de lo que contribuimos a la comunidad, que está cubierto por nuestros recibos de la comunidad*”<sup>250</sup>.

En definitiva, la osadía de Thatcher y su cruzada del Imperio británico<sup>251</sup> lograron una reforma sumamente beneficiosa: un cheque británico valorado en dos tercios del déficit fiscal del Reino Unido. Ahora bien, el cheque británico rompería el principio de igualdad comunitaria, además de ayudar a desarrollar un sentimiento de singularidad británica dentro de Europa<sup>252</sup>, lo que abriría la puerta a una Europa de distintas velocidades con un privilegiado Reino Unido y su nicho de excepciones y reservas<sup>253</sup>.

Seguidamente, Thatcher intensificaría la ambivalencia de Reino Unido hacia Europa; pese a los desencuentros con el rumbo de la CEE, la Dama de Hierro no ignoraba las muchas ventajas de ser miembro de la CEE y, en especial, del Mercado Único<sup>254</sup> como proyecto de liberalización comercial, ampliamente conocido como la “Thatcherización de Europa”<sup>255</sup>. No obstante, la Primera Ministra tuvo que hacer concesiones en otras cuestiones, entre ellas cuatro

<sup>241</sup> *Ibidem*, p. 625.

<sup>242</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 28.

<sup>243</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 625.

<sup>244</sup> Esta frase formó la base del eslogan electoral de *Vote Leave* para volver a dedicar los £350 millones, supuestamente desperdiciados semanalmente en contribuciones de la UE, en proyectos de Reino Unido.

<sup>245</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 41.

<sup>246</sup> *Ibidem*.

<sup>247</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 27.

<sup>248</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). *Ob. cit.*, p. 806.

<sup>249</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 626.

<sup>250</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 339.

<sup>251</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 137.

<sup>252</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 354.

<sup>253</sup> *Ibidem*, p. 340.

<sup>254</sup> Casajuana, C. (2021). *Ob. cit.*, p. 18.

<sup>255</sup> SOWELS, N. (2019). From the “Thatcherisation of Europe” to Brexit. *Revue Française de Civilisation Britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/rfcb/4819>.

que resultaron tener consecuencias problemáticas: 1) las elecciones directas al Parlamento Europeo en 1979; 2) los iniciales planes de unión monetaria; 3) el Mecanismo Europeo de Tipos de Cambio (MTC); 4) la renuncia al veto nacional. Por ende, Thatcher, centrada en el ambicioso objetivo del Mercado Único, tal vez perdió de vista las traicioneras trampas contenidas en el Acta Única Europea (AUE)<sup>256</sup>.

El AUE entró en vigor el 1 de enero de 1987, bajo el prioritario componente económico –Mercado Único–, pero también cobró presencia destacada el componente social<sup>257</sup>. En efecto, el objetivo era la creación de un gran mercado interior, garantizando la libre circulación de mercancías, personas, servicios y capitales, pero estableciendo, al mismo tiempo, medidas cuya finalidad era lograr la cohesión económica y social entre los Estados miembros<sup>258</sup>. Por lo tanto, Thatcher subestimó el potencial efecto integrador del tratado, pues el Mercado Único sólo era un trampolín hacia una mayor integración a nivel político, económico y social<sup>259</sup>, de modo que el AUE supuso la reactivación de la construcción europea tras décadas de “euroesclerosis”<sup>260</sup>, con la mayor transferencia de competencias de los Estados miembros a la CEE<sup>261</sup>.

Resulta una paradoja que Margaret Thatcher, a quien la UE debe las dos contribuciones constructivas de Reino Unido a la empresa europea –el Mercado Único y la ampliación– se volviera contra Europa. De hecho, Reino Unido ha recibido considerables ventajas económicas del mercado interior, pero siempre a expensas de una mayor erosión de la soberanía nacional y parlamentaria<sup>262</sup>. Por añadidura, el AUE también proporcionó cobertura legal para la Cooperación Política Europea (CPE)<sup>263</sup>; la votación por mayoría cualificada en el Consejo que, junto con una expansión dinámica de la jurisdicción de la CEE, llevó gradualmente al Reino Unido a una posición de acatamiento decisonal y a un aislamiento cada vez mayor, privándole de la oportunidad de dar forma a las decisiones en Bruselas de acuerdo con sus propias ideas<sup>264</sup>.

Consiguientemente, las relaciones Reino Unido-CEE entraron en una fase tormentosa; el Reino Unido se mostró como “socio incómodo” y “euroescéptico”, pues el rumbo de la CEE resultaba antagónico a la actitud de su Primera Ministra. Esta discordia la corroboró la Cumbre de Hannover, celebrada el 27-28 de junio de 1988, que dio como resultado el Plan Delors (1989), una iniciativa para avanzar hacia la Unión Económica y Monetaria (en adelante UEM)<sup>265</sup>. Otra paradoja más en el camino del Brexit, porque la moneda común, rotundamente rechazada por Thatcher, era resultado de su tan ansiado avance en el Mercado Único; las consecuencias de sus políticas de integración económica fueron mucho más efectivas de lo que ella misma deseaba<sup>266</sup>, de modo que, furiosa y abiertamente euroescéptica, Margaret Thatcher expuso su visión (conservadora) de Europa en su famoso discurso de Brujas de 1988<sup>267</sup>:

“La Comunidad Europea debe reflejar las tradiciones y aspiraciones de todos sus miembros. Gran Bretaña no sueña con una existencia acogedora y aislada al margen de la Comunidad

<sup>256</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 27-28.

<sup>257</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 137.

<sup>258</sup> *Ibidem*.

<sup>259</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 341.

<sup>260</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 41.

<sup>261</sup> Casajuana, C. (2021). *Ob. cit.*, p. 18.

<sup>262</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 89.

<sup>263</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 340.

<sup>264</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 27-28.

<sup>265</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 143.

<sup>266</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 351.

<sup>267</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 41.

Europea. Nuestro destino está en Europa, como parte de la Comunidad. La Comunidad no es un fin en sí misma. La Comunidad Europea es un medio práctico mediante el cual Europa puede garantizar la prosperidad y la seguridad futuras de su pueblo. La cooperación voluntaria y activa entre Estados soberanos independientes es la mejor manera de construir una Comunidad Europea exitosa. Intentar suprimir la nacionalidad y concentrar el poder en el centro de un conglomerado europeo sería muy perjudicial. (...) No hemos logrado hacer retroceder las fronteras del Estado en Gran Bretaña, sólo para verlas reimpuestas a nivel europeo con un superestado europeo ejerciendo un nuevo dominio desde Bruselas. Ciertamente queremos ver a Europa más unida y con un mayor sentido de propósito común. Pero debe ser de una manera que preserve las diferentes tradiciones, los poderes parlamentarios y el sentido de orgullo nacional en el propio país; porque éstos han sido la fuente de la vitalidad de Europa a lo largo de los siglos. (...) El Tratado de Roma fue concebido como una Carta para la Libertad Económica. (...) Eliminando barreras y haciendo posible que las empresas operen a escala europea, podremos competir mejor con los Estados Unidos, Japón y otras nuevas potencias económicas emergentes en Asia y otros lugares. Y eso significa medidas para liberar los mercados, medidas para ampliar las opciones, medidas para reducir la intervención gubernamental. Nuestro objetivo no debería ser una regulación cada vez más detallada desde el centro: debería ser desregular y eliminar las limitaciones al comercio<sup>268</sup>.

Los partidarios del Brexit utilizaron a Margaret Thatcher como bandera y tomaron su discurso como la Biblia del euroescepticismo inglés<sup>269</sup>. La premier aprovechó la invitación del Colegio de Europa –en el corazón de la Europa en construcción– y en ese altar del pensamiento proeuropeo lanzó su mordaz crítica a las tendencias centralizadoras de la CEE<sup>270</sup>. El enfoque de Thatcher era claro: las Comunidades Europeas ganan su sentido de ser mejorando la calidad de vida de los europeos<sup>271</sup>. Además, la Dama de Hierro trazó una serie de límites que el proyecto europeo no debía traspasar: 1) la CEE no era un dispositivo intelectual susceptible de ser modificado constantemente en función de teorías intelectuales abstractas; 2) la cooperación entre sus miembros no exigía cesiones de competencias a las instituciones comunitarias, sino que el éxito radicaba en la dispersión del poder; 3) la CEE debía asegurar la libertad económica y abrirse al exterior<sup>272</sup>. En definitiva, el Discurso de Brujas se convirtió en el texto fundacional del euroescepticismo, pero también reafirmó la inclinación largoplacista del Reino Unido a favorecer vínculos económicos más estrechos con sus socios, al tiempo que rechaza la integración institucional y política de la CEE<sup>273</sup>.

El thatcherismo en Brujas causó repulsión, pero no la suficiente como para frenar los objetivos integracionistas que, en especial Francia y Alemania, habían diseñado para la CEE, e incluso iban más allá de la creación del mercado comunitario, ya que proponían que éste fuera acompañado de la UEM, dentro del cual, el componente económico no se podía dissociar del componente social<sup>274</sup>. De igual manera, Thatcher sostenía que la legislación social británica era lo suficientemente avanzada, pues, aún compartiendo con la CEE el establecimiento de condiciones laborales favorables, no consideraba que la Carta Social Europea fuera la

<sup>268</sup> Thatcher, M. (2018). Discurso ante el Colegio de Europa en Brujas. Recuperado de: <https://www.margaretthatcher.org/document/107332>

<sup>269</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 29.

<sup>270</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1300.

<sup>271</sup> Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). *Ob. cit.*, p. 344.

<sup>272</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 148.

<sup>273</sup> Sowels, N. (2019).

<sup>274</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, pp. 151-152.

herramienta adecuada para dicha finalidad<sup>275</sup>. Por tanto, la oposición británica a la Carta Social Europea y a la UEM en 1989 evidenció a la perfección el gradual aislamiento de Reino Unido hacia CEE, así como la pérdida de influencia europea y la “exclusión voluntaria”<sup>276</sup>. Finalmente, Thatcher y su sólida defensa de la soberanía británica allanaron el camino del euroescepticismo inglés<sup>277</sup>, e incluso el proyecto thatcherista añadiría una dimensión individualista y antieuropea al nacionalismo inglés; la soberanía individual se sumó a la defensa popular de la soberanía parlamentaria de los años setenta<sup>278</sup>.

### 7. Miércoles negro (1992) y los “opt-out” de Reino Unido

Las ideas thatcheristas sobre el rumbo de Europa, la defensa de las lealtades nacionales y la superioridad de Westminster como “madre de todos los parlamentos” calaron en la mentalidad nacional inglesa<sup>279</sup>, hasta el punto de que la dimisión de Thatcher en 1990 no significó el fin de Reino Unido como “socio euroescéptico”<sup>280</sup>, al contrario, el país británico pasaría a ocupar una posición más marginal por su incansable oposición a la integración económica y política<sup>281</sup>. Por tanto, los sentimientos antieuropeos habían echado fuertes raíces<sup>282</sup> y dejaron al nuevo Primer Ministro, John Major (1992-1997) y su voluntad de situar al Reino Unido “en el corazón de Europa”<sup>283</sup>, batallando con el vociferante movimiento euroescéptico en plenas negociaciones del proyecto político de la Unión Europea en Maastricht<sup>284</sup>.

El Tratado de la Unión Europea (TUE) de 1992, también conocido como Maastricht, supuso una nueva etapa en el proceso de creación de “una unión más estrecha entre los pueblos de Europa”, como hito fundacional de la Unión Europea<sup>285</sup>. Sin embargo, la UE entrañaba un paso demasiado grande como para poder ser aceptado sin ningún tipo de restricción británica, de modo que el principio de subsidiariedad se consagraría como una concesión a la exigencia de Reino Unido de disponer de un freno a fin de limitar el crecimiento integracionista y competencial de la UE<sup>286</sup>; la subsidiariedad fue el alto precio que los demás Estados miembros hubieron de pagar al Reino Unido para que su Primer Ministro firmase el Tratado de Maastricht.

Por consiguiente, el tercer obstáculo de la tormentosa relación Reino Unido-UE fueron las exenciones británicas; John Major, en una hábil negociación de Maastricht y bajo el amparo del principio de subsidiariedad, consiguió varios éxitos parciales, principalmente la exclusión voluntaria de la Carta Social Europea y de la moneda única<sup>287</sup>, además de la eliminación de la palabra “federal”<sup>288</sup>. Una “Europa de pezados”<sup>289</sup>, en la que Reino Unido como socio incómodo

<sup>275</sup> *Ibidem*.

<sup>276</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 28-29.

<sup>277</sup> Alexandre-Collier, A. (2015). Euroskepticism under Margaret Thatcher and David Cameron: From Theory to Practice. *Observatoire de la société britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/osb/1778>.

<sup>278</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 495.

<sup>279</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 159.

<sup>280</sup> *Ibidem*, pp. 159-160.

<sup>281</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1299.

<sup>282</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 496.

<sup>283</sup> Casajuana, C. (2021). *Ob. cit.*, p. 18.

<sup>284</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 496.

<sup>285</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, pp. 41-42.

<sup>286</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, pp. 151-152.

<sup>287</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 90.

<sup>288</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 30.

<sup>289</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, pp. 41-42.

se labró una posición privilegiada<sup>290</sup> al lograr configurar una Europa congruente con sus propios intereses<sup>291</sup>. “Londres no ha firmado el mismo Tratado de Maastricht que los restantes países”; con esta afirmación, Major aspiraba a convencer al cada vez mayor número de euroescépticos de que el TUE salvaguardaba los intereses británicos, al mismo tiempo que la identidad nacional británica no sería fagocitada “yo nunca permitiré que nuestra distintiva identidad británica se pierda en una Europa federal”<sup>292</sup>. A pesar de los esfuerzos de Major, Maastricht marcaría el nacimiento del euroescepticismo como movimiento organizado<sup>293</sup>, pues la UE se convirtió en un asunto de interés público británico –disenso restrictivo–<sup>294</sup> y, un año después, nacería el UKIP con su monomaniaco objetivo de la retirada británica de la UE<sup>295</sup>.

Pero los problemas de Reino Unido con Europa no habían terminado en absoluto. Durante los últimos días como Primera Ministra, el 5 de octubre de 1990 Margaret Thatcher cedió ante la fuerte presión inflacionaria de ser miembro del MTC. Una decisión importante, pero fatídica para la futura relación con la UE pues la pertenencia al SME estaba causando un daño considerable a la economía británica<sup>296</sup>. En el llamado Miércoles Negro, con fecha el 16 de septiembre de 1992, Reino Unido se vio obligado a salir del MTC, pues la libra había perdido casi el 20% de su valor exterior<sup>297</sup> y perdió en el proceso alrededor de £3.300 millones netos en reservas de divisas. Las consecuencias económicas inmediatas fueron catastróficas: 36.000 quiebras, 25.000 liquidaciones de empresas, 68.000 propiedades embargadas y un negativo crecimiento del PIB –-2,2% en 1991 y -0,6% en 1992–. Las consecuencias políticas no fueron menos graves: John Major arruinó su reputación y la del Partido Conservador durante casi veinte años, perdiendo tres elecciones generales en el proceso (1997, 2001 y 2005)<sup>298</sup>.

El Miércoles Negro dejó profundas cicatrices en la memoria inglesa que siguen doliendo treinta años después y aconteció un cambio de dirección en la economía británica<sup>299</sup>. El amplio sentimiento de humillación y la falta de solidaridad de los socios europeos, especialmente Alemania<sup>300</sup>, ante la difícil situación financiera del país fortalecieron el nacionalismo inglés<sup>301</sup>. Por tal razón, muchos ingleses tomaron los acontecimientos de 1992 como la prueba del retorno alemán a sus antiguas ambiciones hegemónicas y, en realidad, ya estaba gobernando la UE<sup>302</sup>, y finalmente, el euroescepticismo inglés vio en el Miércoles Negro la oportunidad devaluatoria de Reino Unido que conduciría a su recuperación económica, convirtiéndose en el “Miércoles Blanco” que devolvió al país la libertad de formular su propia política económica<sup>303</sup>.

<sup>290</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1301.

<sup>291</sup> *Ibidem*, pp. 1300-1301.

<sup>292</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 172.

<sup>293</sup> Alexandre-Collier, A. (2015).

<sup>294</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2008). A Postfunctionalist Theory of European Integration: From Permissive Consensus to Constraining Dissensus. *British Journal of Political Science*, 39, p. 4.

<sup>295</sup> Saraiva-Szucko, A. (2022). *Ob. cit.*, p. 806.

<sup>296</sup> Sowels, N. (2019).

<sup>297</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 31-32.

<sup>298</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 92-94.

<sup>299</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 32.

<sup>300</sup> Alemania impidió que se suavizaran las reglas del MTC; por su enorme gasto en la unificación, el país tenía un interés vital en tasas de interés bajas y se oponía igualmente a una revaluación del marco alemán. Si los márgenes de fluctuación se hubieran ampliado antes, el Miércoles Negro no habría sido tan catastrófico.

<sup>301</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 31-32.

<sup>302</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>303</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 94.

Meses después, Norman Tebbit, ex presidente del Partido Conservador y ex ministro del gabinete de Thatcher, preguntó a sus compañeros de partido: “¿Quieren una moneda única? ¿Quieren que la UE se entrometa en los controles de inmigración, la política exterior, la política industrial, la educación y la defensa? ¿Quieren ser ciudadanos de una UE?”<sup>304</sup>. Quizás no sea sorprendente que recibiera un rotundo y atronador “No” del público. La transformación de las actitudes del Partido Conservador se reflejó en un cambio de la opinión pública<sup>305</sup>: la aceptación pasiva de la integración europea –consenso permisivo en términos politológicos<sup>306</sup>– colapsó con la crisis de Maastricht y la salida del MTC en 1992, y el apoyo a Europa cayó<sup>307</sup> –disenso restrictivo–.

El año 1992 abrió las compuertas para la gran ola nacionalista inglesa que sumergiría y hundiría la unidad europea de manera definitiva. Este imparable euroescepticismo, constatado en las sucesivas encuestas del *British Social Attitudes*, dónde sólo hubo seis años en los que menos del 50% estaban a favor de abandonar la UE<sup>308</sup>, empezó a contrastar con el soplo de aire fresco del Nuevo Laborismo<sup>309</sup>: bajo los gobiernos proeuropeos de Tony Blair y Gordon Brown, entre 1997 y 2010<sup>310</sup>, la cuestión sobre Europa permaneció relativamente tranquila, en parte por el florecimiento económico del país y la política “supranacionalista utilitaria” de sus líderes<sup>311</sup>, apostando por la participación activa y la alianza diplomática, en contraste con el nicho de aislamiento e irrelevancia de los anteriores gobiernos conservadores<sup>312</sup>. Sin embargo, la estrategia del Nuevo Laborismo se basaría en elitizar la cuestión europea, resultando imposible de abordar por el votante medio<sup>313</sup>, levantándose un muro entre la clase política y el pueblo inglés<sup>314</sup>, lo que alimentó al euroescepticismo como la máxima defensa de la soberanía británica frente a las élites políticas de Bruselas<sup>315</sup>.

Llegado al número 10 de Downing Street bajo la promesa de llevar a Reino Unido al corazón de Europa, Tony Blair incorporó la Carta de Derechos Fundamentales y la Carta Social a la legislación británica y firmó los tratados de Ámsterdam (1996) y Niza (2001), tras dejar la puerta abierta al ingreso en la UEM. Una suerte de luna de miel con la UE, a través de una política de buenas intenciones más que de hechos tangibles<sup>316</sup>. Pero, paradójicamente, el mayor enemigo de Blair no fueron los furiosos euroescépticos, sino la prensa británica bajo un círculo vicioso euroescéptico que unió a partidos cautelosos, una prensa mordaz sobre el enorme e ineficiente aparato burocrático de Bruselas –la línea editorial que la mayoría de los medios seguirían en la campaña previa al referéndum de 2016 ya era evidente diez años antes<sup>317</sup>– y un público ambivalente, dejando camino abierto para lo que los críticos ganaran fuerza<sup>318</sup>.

<sup>304</sup> Tebbit, N. (1992). Discurso ante la Conferencia del Partido Conservador en Brighton. Recuperado de: <https://www.gettyimages.de/detail/video/speeches-at-the-first-conservative-conference-nachrichtenfilmmaterial/462468828>.

<sup>305</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 96.

<sup>306</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2008). *Ob. cit.*, p. 4.

<sup>307</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 96.

<sup>308</sup> *Ibidem*.

<sup>309</sup> Wellings, B. (2010). *Ob. cit.*, p. 499.

<sup>310</sup> Casajuana, C. (2021). *Ob. cit.*, p. 19.

<sup>311</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1302.

<sup>312</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 33.

<sup>313</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1302.

<sup>314</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 71-72.

<sup>315</sup> Gifford, C. (2015). *Ob. cit.*, pp. 362-363.

<sup>316</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 198.

<sup>317</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 34-35.

<sup>318</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1303.

A su vez, el segundo frente de Blair llegaría en 2004 de la mano del ideal europeísta de “unión cada vez más estrecha”: la consolidación política plasmada en un texto constitucional<sup>319</sup>. Sin embargo, pese a denominarse Constitución, la naturaleza jurídica del texto era un tratado refundidor de los anteriores –los constitutivos de la CEE-UE–, simplificándolos y aclarando procedimientos y toma de acuerdos<sup>320</sup>. Por tal razón, la Convención Europea, ante los ojos más euroescépticos, era el equivalente de la Convención de Filadelfia que estableció la Constitución de los Estados Unidos de América en 1787<sup>321</sup>, de modo que, para Gisela Stuart, representante británica y futura cara del *Vote Leave*, la Convención representaba la élite europea cuya única finalidad era profundizar en la integración política en detrimento del parlamento nacional, y la Constitución, un texto poco realista, presuntuoso y alejado del pueblo<sup>322</sup>.

Por todo ello, y en vísperas de las elecciones generales de 2005, Blair rompió su estrategia de elitizar la cuestión europea a fin de convocar un referéndum nonato, como la misma Constitución Europea, tras el “no” de franceses y holandeses en consultas nacionales<sup>323</sup>. Sin embargo, un tratado menos ambicioso, el Tratado de Lisboa, reemplazaría al texto constitucional en 2007, del mismo modo que Gordon Brown sustituiría a Tony Blair como Primer Ministro, pero sin referéndum alguno; la promesa de Blair se refería a la fallida Constitución Europea, y el Tratado de Lisboa era un acuerdo diferente, pese a incorporar más del 95% de la sustancia del tratado constitucional<sup>324</sup>, lo que añadiría más agua a la rebosante presa del euroescepticismo inglés.

Al final, el euroescepticismo dio lugar a muchas caras de excepcionalismo británico en el seno de la UE<sup>325</sup>, pues el incómodo socio se labró una posición privilegiada en los tratados refrendados<sup>326</sup>, a través de cláusulas de exclusión voluntaria – los llamados “*opt-out*” –, para así mantenerse al margen de los procesos más relevantes de integración y dibujar una Europa a la carta<sup>327</sup>. El primer “*opt-out*” fue la Carta Social Europea de Maastricht, pero la cláusula sería cancelada por Tony Blair<sup>328</sup> al firmar el Tratado de Ámsterdam en 1997 y su novedosa aportación del “giro social” al perfilar un modelo social europeo<sup>329</sup>. Pese a ello, Reino Unido mantuvo su ambivalencia respecto a sus obligaciones de ser miembro “pleno” y su segundo “*opt-out*” sería la resistencia a la tercera fase de la UEM, en su total rechazo a la nueva moneda única (el euro) en 1999, trayendo consigo importantes consecuencias como la exclusión del Mecanismo Europeo de Estabilidad o el Pacto de Estabilidad, entre otras<sup>330</sup>. El siguiente y tercer “*opt-out*” fue el Acuerdo de Schengen, firmado en 1985, referido a una frontera abierta sin controles de pasaportes<sup>331</sup>, aunque, posteriormente, Reino Unido decidiera incluirse en algunos aspectos relativos a la cooperación policial y judicial en materia criminal, lucha contra las

<sup>319</sup> Penagos Forero, M. F., & Ramírez Castro, J. H. (2009). ¿Qué pasó con la constitución europea? Razones que pudieron conducir a su no ratificación. *Revista Auctoritas Prudentium* (2), p. 1.

<sup>320</sup> Fernández Rodríguez, M. (2020). *Ob. cit.*, p. 156.

<sup>321</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 35.

<sup>322</sup> *Ibidem*.

<sup>323</sup> *Ibidem*.

<sup>324</sup> *Ibidem*.

<sup>325</sup> Besirevic, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 627.

<sup>326</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1301.

<sup>327</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 152.

<sup>328</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 42.

<sup>329</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 152.

<sup>330</sup> *Ibidem*, pp. 152-153.

<sup>331</sup> Etiubon, A., & Ibietan, J. (2018). *Ob. cit.*, p. 33.

drogas y *Schengen Information System*<sup>332</sup>. El cuarto “*opt-out*” se refiere al área de libertad, seguridad y justicia, con la exclusión voluntaria en la cooperación policial y judicial de asuntos civiles y penales<sup>333</sup>. Y el quinto “*opt-out*”, la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE, en el marco no competencial de los tribunales europeos si contradicen la legislación británica<sup>334</sup>.

En definitiva, el Reino Unido logró llevar a término una estrategia de membresía diferencial<sup>335</sup>, que significó una privilegiada posición en la UE, pues se benefició de las grandes ventajas económicas que se derivan de su pertenencia al mercado interior y, desde luego, de su posición en las instituciones de gobierno de la UE –a excepción de la eurozona–, al mismo tiempo que mantuvo a salvo los aspectos clave de su soberanía nacional en el terreno monetario y financiero, y en el control de sus fronteras; además, claro es, de recibir una importante compensación en su contribución presupuestaria a través del “cheque británico”. Sin embargo, el tan ansiado mercado interior, le obligó a aceptar y respetar las cuatro libertades clásicas: la libre circulación de personas, mercancías, servicios y capitales<sup>336</sup>, el caldo de cultivo del Brexit.

#### 8. Cambios en la opinión pública en el Reino Unido a partir de 2010

En 2009, Reino Unido estaba dos tercios dentro y un tercio fuera de la UE. Pese a una membresía de “pleno derecho” en la forma, sus diversos “*opt-out*” lo eximieron parcialmente de las obligaciones generales y lo situaron al margen de Europa<sup>337</sup>. Unas exenciones coherentes a su visión estrictamente comercial de la integración europea<sup>338</sup>, en total oposición al proyecto político común de identidad europea de los Padres Fundadores<sup>339</sup>. Sin embargo, la estrategia excepcionalista tomará un giro decididamente más euroescéptico con el regreso al poder del Partido Conservador en 2010<sup>340</sup>; ante la continua pérdida de poder frente al imparable populista y antieuropeo Nigel Farage<sup>341</sup>, los conservadores apadrinan los valores euroescépticos a fin de evitar que el UKIP les arañe sus votos más extremos agitando la bandera anti-Bruselas<sup>342</sup>.

Pero, ¿cómo es posible que un tema que ocupaba el décimo lugar en la mayoría de las encuestas de opinión repentinamente dominara la agenda política nacional durante años? De repente, el futuro del país y la identidad inglesa parecían estar en juego<sup>343</sup>. Margaret Thatcher era euroescéptica en el sentido de crear una Europa liberalizada, pero manteniendo cada Estado su plena soberanía<sup>344</sup>, sin embargo, a partir de 2010 se detecta algo totalmente distinto, y mucho más preocupante: una creciente eurofobia nacionalista inglesa, es decir, un rechazo despectivo y visceral del proyecto europeo y de todo lo que representa<sup>345</sup>.

<sup>332</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, pp. 153-154.

<sup>333</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1301.

<sup>334</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 155.

<sup>335</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 42.

<sup>336</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, pp. 157-158.

<sup>337</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 42.

<sup>338</sup> Crespo Alcázar, A. (2013). David Cameron y la reforma de la Unión Europea: ¿una tercera vía entre eurófilos y eurófobos? *Cuadernos Manuel Giménez Abad* (5), p. 187.

<sup>339</sup> *Ibidem*, p. 187.

<sup>340</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 38.

<sup>341</sup> Bergareche, B. (2013). Euroescepticismo vs eurofobia en la era Cameron. *Política exterior*, 27 (151), p. 48.

<sup>342</sup> *Ibidem*, p. 50.

<sup>343</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 37.

<sup>344</sup> Guinea Bonillo, J. (2018). El Proceso de consolidación del euroescepticismo británico y el triunfo del Brexit: fuerzas centrípetas para el reforzamiento de la Política Exterior y la Política de Defensa en la Unión Europea. *Cadernos de Dereito Actual* (9), p. 310.

<sup>345</sup> Bergareche, B. (2013). *Ob. cit.*, p. 51.

Antes de 2010, el nacionalismo inglés había presentado cuatro argumentos contra la UE, que comenzaron a calar en el discurso político y dominar la agenda pública<sup>346</sup>:

1. La UE perseguía un objetivo que el Reino Unido nunca podría suscribir: una unión cada vez más estrecha entre pueblos europeos, que culminaría en los Estados Unidos de Europa, un gigantesco estado federal, con Reino Unido como mera provincia.
2. La UE era antidemocrática: Bruselas es una maquinaria lenta, con un exceso de burocracia, poco transparente y aún menos democrática con funcionarios no electos.
3. El Reino Unido tenía que soportar una carga desproporcionadamente grande del presupuesto comunitario, sin el correspondiente “justo retorno”.
4. La UE traicionó su compromiso económico original de liberalismo, competencia y libre comercio, a favor de un proyecto político con unas mayores transferencias competenciales a sus instituciones comunitarias.

Después de 2010 se agregaron tres argumentos nacionales-euroescépticos<sup>347</sup>:

1. La pasividad de la UE ante la avalancha incontrolada de inmigrantes, en particular de Europa del Este. Esta marea supone una carga insoportable para los servicios públicos británicos, en especial su valioso NHS, y una mano de obra barata, haciendo peligrar las condiciones laborales y niveles de vida ingleses.
2. La Eurozona estaba destinada a marginar aún más al Reino Unido, en peligro de ser ignorado en decisiones importantes y de enfrentarse a un hecho consumado, es decir, una UE de dos niveles, con el Reino Unido relegado a la segunda clase.
3. La crisis financiera de 2008 y la crisis del euro de 2009 dejaron al descubierto los déficits estructurales de la moneda común –los PIGS<sup>348</sup> estaban bajo grave amenaza de insolvencia–, por tanto, Reino Unido debía mantenerse al margen de la UEM.

Por lo tanto, la concomitancia de todos estos argumentos euroescépticos nos permite dar una explicación multicausal del fuerte sentimiento nacionalista inglés basado en la soberanía y el excepcionalismo británico, pero también de la metamorfosis europea: la CEE de 1973 apenas guarda similitud con la actual UE de poderes exorbitantes y cuadruplicación de miembros. Una nueva Europa con destinos irreconciliables<sup>349</sup>, de modo que un referéndum sobre la cuestión de Europa habría de celebrarse tarde o temprano.

El referéndum fue exigido por Thatcher tras abandonar el número 10; ofrecido por Major en víspera electoral de 1997; prometido por Blair respecto al Tratado constitucional; y rechazado por Brown al ratificar el Tratado de Lisboa sin consulta previa. El pueblo británico se sintió engañado durante más de diez años con falsas promesas consultivas<sup>350</sup>. En virtud de ello, David Cameron dio una férrea garantía de que sometería el Tratado de Lisboa a referendo –más aún tras la primera no ratificación de Irlanda<sup>351</sup>–, pero tras asumir el cargo de Primer Ministro en 2010, explicó que no podía someter una ley válida del Parlamento al voto

---

<sup>346</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 39.

<sup>347</sup> *Ibidem*, pp. 40-41.

<sup>348</sup> PIGS es un acrónimo peyorativo utilizado por Reino Unido para referirse a Grecia, Irlanda, España, Portugal e Italia y a sus problemas de déficit y balanza de pagos.

<sup>349</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 41-42.

<sup>350</sup> *Ibidem*, p. 41.

<sup>351</sup> Crespo Alcázar, A. (2015). *Ob. cit.*, p. 291.

popular<sup>352</sup>. El resultado fue una brecha incómoda entre las expectativas avivadas repetidamente y las maniobras tácticas de una élite política que permitió que estas ilusiones se disiparan en el aire, con vanas excusas para no cumplir sus propias promesas<sup>353</sup>.

#### 9. Cameron y su discurso de Bloomberg (2013)

El 11 de mayo de 2010, David Cameron se convierte en Primer Ministro al frente del primer gobierno de coalición desde la posguerra entre conservadores y liberaldemócratas; Cameron imprimió un claro giro a la política europea, pero sin tardar en emplear un lenguaje de sabor reciamente euroescéptico, con deseos de ser miembro de la UE, pero una UE más reducida e intergubernamental, pero menos burocrática, uniforme e intervencionista<sup>354</sup>. Sin embargo, este “tranquilo” euroescepticismo fue incapaz de domar la pulsión antieuropea de las últimas décadas<sup>355</sup>, que, finalmente, se fusionó con la emergencia populista inglesa de pérdida de identidad<sup>356</sup> y se radicalizó con la crisis de la Eurozona. Cameron cedió y vetó, absurda pero simbólicamente, el Pacto Fiscal de la UE y promulgó la Ley de la Unión Europea de 2011, que preveía un “bloqueo de referéndum” para futuros acuerdos competenciales con la UE, al tiempo que reconfirmaba la soberanía parlamentaria como principio fundamental de la Constitución británica<sup>357</sup>. Pese a deleitar al público euroescéptico, el premier no logró saciar sus deseos europeos. Como dijo el excanciller conservador Kenneth Clarke: “*si quieres alimentar a los cocodrilos, será mejor que no te quedes sin bollos*”<sup>358</sup>.

El 23 de enero de 2013, el Primer Ministro se había quedado sin bollos. A pesar de todas sus concesiones, las fuerzas euroescépticas resultaban demasiado abrumadoras para seguir resistiéndolas y el apoyo al UKIP iba en aumento<sup>359</sup>. En un intento por ganarse a los votantes euroescépticos, así como complacer a su ala derecha, y orientándose a los vientos demoscópicos favorables al soberanismo británico, David Cameron pronunció el siguiente discurso en la sede londinense de Bloomberg:

“No soy un aislacionista británico. No sólo quiero un mejor acuerdo para Gran Bretaña. Yo también quiero un mejor acuerdo para Europa. (...) Y quiero una relación entre Gran Bretaña y la UE que nos mantenga en ella. (...) El poder debe poder regresar a los Estados miembros, no simplemente alejarse de ellos. (...) La gente considera que tratado tras tratado cambia el equilibrio entre los Estados miembros y la UE. Y tenga en cuenta que nunca tuvieron voz y voto. Se les prometieron referendos, pero no se cumplieron. Ven lo que le ha pasado al euro. Y observan los pasos que está tomando la eurozona y se preguntan qué significará una mayor integración de la eurozona para un país que no va a unirse al euro. (...) Estoy a favor de un referéndum. Creo en afrontar esta cuestión, darle forma y liderar el debate. (...) Una votación hoy entre el status quo y la salida sería una elección totalmente falsa. (...) Está mal preguntar a la gente si quedarse o irse antes de haber tenido la oportunidad de arreglar la relación. (...) Mi clara preferencia es implementar estos cambios para toda la UE, no sólo para Gran Bretaña. Pero si no hay apetito por un nuevo Tratado para todos nosotros, entonces, por supuesto, Gran Bretaña debería estar preparada para abordar los cambios que necesitamos en una negociación con

<sup>352</sup> Pero eso fue exactamente lo que había hecho Harold Wilson en 1975.

<sup>353</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 41.

<sup>354</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>355</sup> Bergareche, B. (2013). *Ob. cit.*, p. 52.

<sup>356</sup> Fonseca Morillo, F. (2021). Acerca del Brexit. *Tiempo de Paz* (140), p. 31.

<sup>357</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 42.

<sup>358</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1304.

<sup>359</sup> *Ibidem*.

nuestros socios europeos. (...) Incluso si nos retiráramos por completo, las decisiones tomadas en la UE seguirían teniendo un efecto profundo en nuestro país. Pero habríamos perdido todos los vetos que nos quedaban y nuestra voz en esas decisiones. (...) El acceso continuo al Mercado Único es vital para las empresas y los empleos británicos. (...) Si saliéramos de la UE, sería un billete de ida, no de vuelta. (...) Al final de ese debate ustedes, el pueblo británico, decidirán”<sup>360</sup>.

Al final, el Discurso de Bloomberg se recuerda como el discurso en el que Cameron prometió una reforma de la UE y comprometió el tan ansiado referéndum sobre la pertenencia del Reino Unido en la integración europea<sup>361</sup>. Se trataba de una agenda clara: reformar la UE y renegociar el Tratado de Lisboa. Si eso resulta imposible, renegociar bilateralmente para mejorar las condiciones de membresía. Thatcher había querido que le devolvieran su dinero; Cameron quería recuperar su soberanía. Apenas se dio cuenta de que estaba preparando una frase que le causaría serios dolores de cabeza tres años después: Recuperar el control<sup>362</sup>. En suma, una nueva manifestación de “Europa a la carta”, pero más radical que la negociada por John Major en Maastricht o Gordon Brown en el Tratado de Lisboa<sup>363</sup>.

David Cameron, sin embargo, nunca confió en el referéndum como un instrumento para encontrar la mejor solución de continuidad europea, más bien era un medio táctico: primero, para reconciliar a su partido y evitar filas divididas; segundo, para conseguir un mejor trato de Bruselas<sup>364</sup>. Contra las expectativas del premier, el referéndum de 2016 exacerbaría el conflicto entre eurófilos y euroescépticos, y rompería las relaciones bilaterales. Tras su adhesión en 1973, el Gobierno británico ha logrado montar los caballos gemelos del euroescepticismo interno y la membresía, pero el futuro referéndum iba a hacer saltar por los aires el equilibrio de *opt-out*<sup>365</sup>. Eso sí, la consulta estaría ligada a dos condiciones previas; la primera, un triunfo electoral por mayoría absoluta del Partido Conservador en las elecciones generales a celebrar en 2015; y la segunda, el propio David Cameron renegociaría la actual relación de Reino Unido con la UE<sup>366</sup>.

Al final, el 7 de mayo de 2015 –contra todo pronóstico electoral– el Partido Conservador obtuvo una cómoda mayoría absoluta de 330 escaños y, consecuentemente, Cameron tenía que cumplir su ansiosa promesa consultiva<sup>367</sup>. Para ello, el premier tuvo que luchar, simultáneamente, en dos frentes: convencer a sus socios continentales de sus ideas de reforma, al mismo tiempo que construir una veraz campaña para un “sí” en el referéndum. Un dilema estratégico, pues Cameron quería mantener a su país en la UE y simplemente encontrar una manera de silenciar las voces euroescépticas, pero también táctico, ya que no podía comprometerse si quería amenazar con la opción del Brexit a Bruselas<sup>368</sup>.

Meses después, el Primer Ministro se dio cuenta de la falta de perspectivas de firmar un nuevo tratado; las unilaterales demandas británicas eran incapaces de movilizar a 27 Estados miembros –concretamente a sus intereses institucionales– en puntos que cuestionaban los propios fundamentos de sus competencias y autoconcepción. David Cameron estaba llevando

<sup>360</sup> Cameron, D. (23 de enero de 2013). Discurso de la UE en Bloomberg. El primer ministro David Cameron habló sobre el futuro de la UE en Bloomberg. Recuperado de: <https://www.gov.uk/government/speeches/eu-speech-at-bloomberg>.

<sup>361</sup> Islentyeva, A., & Abdel Kafi, M. (2021). *Ob. cit.*, p. 70.

<sup>362</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 54.

<sup>363</sup> Crespo Alcázar, A. (2013). *Ob. cit.*, p. 188.

<sup>364</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 56-57.

<sup>365</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, pp. 105-106.

<sup>366</sup> Bar Cendón, A. (2017). *Ob. cit.*, p. 159.

<sup>367</sup> Menon, A., & Salter, J. P. (2016). *Ob. cit.*, p. 1304.

<sup>368</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 69-70.

a cabo una diplomacia de cañoneras, pero sin cañones. En consecuencia, el premier hizo enviar una carta, con fecha de 10 de noviembre de 2015, al presidente del Consejo Europeo, Donald Tusk, exponiendo las cuatro exigencias británicas de reforma<sup>369</sup>. 1) Gobernanza Económica: establecer mecanismos de garantía a fin de asegurar la integridad del Mercado Único y los intereses de los Estados no pertenecientes al euro. 2) Competitividad: aumentar la productividad y potencial de las empresas mediante la reducción de la carga reguladora; promocionar el mercado digital y una unión de mercados de capitales; y los acuerdos comerciales masivos con EE.UU., China, Japón y ASEAN. 3) Soberanía: excluir al Reino Unido de “una unión cada vez más estrecha”; fortalecer el papel de los Parlamentos nacionales con la finalidad de detener propuestas legislativas; y aplicar compromisos de subsidiaridad para preservar el respeto de la seguridad nacional de los Estados en el ámbito de justicia y asuntos de interior. 4) Inmigración: limitar la libre circulación y exigir que los inmigrantes contribuyan un mínimo de 4 años para poder acceder a las prestaciones laborales y sociales<sup>370</sup>.

Tras ello, las renegociaciones tuvieron lugar en la capital belga los días 18-19 de febrero. Después de treinta horas de tensas conversaciones, la UE cedía, una vez más, ante las exigencias del privilegiado socio británico, con las siguientes cinco concesiones: 1) una garantía de que las decisiones de la Eurozona no perjudicarían los intereses de los miembros con moneda propia; 2) un mayor compromiso de competitividad, subsidiariedad y proporcionalidad; 3) una declaración de intenciones, no vinculante, de “una unión cada vez más estrecha”; 4) un mayor papel de los Parlamentos nacionales sobre decisiones europeas; 5) una limitación de la libertad de circulación a determinadas reservas de emergencia nacional, además de una reducción de los beneficios sociales para los inmigrantes<sup>371</sup>. En total, una declaración política de intenciones, pero no jurídicamente vinculantes hasta su incorporación en el lenguaje del tratado; Cameron tendría que vender un acuerdo “sin sustancia” como un avance histórico.

Hacia la medianoche del mismo 19 de febrero, el Primer Ministro declaró públicamente: “*Creo que somos más fuertes, más seguros y estamos mejor dentro de una UE reformada, y por eso haré campaña con todo mi corazón y alma para persuadir al pueblo británico a permanecer*”<sup>372</sup>. Una vez obtenidas sus exigencias que, con plena convicción, persuadirían al pueblo británico para mantenerse en la UE, Cameron aceleró su propuesta electoral y, al día siguiente, anunció la fecha del referéndum: el 23 de junio de 2016<sup>373</sup>. No obstante, el resultado de sus renegociaciones fue tan raído que apenas jugaron papel alguno en los posteriores debates sobre el Brexit<sup>374</sup>.

---

<sup>369</sup> *Ibidem*, pp. 80-81.

<sup>370</sup> Cameron, D. (10 de Noviembre de 2015). A new settlement for The United Kingdom in a reformed European Union. Recuperado de: [https://assets.publishing.service.gov.uk/media/5a80ce4440f0b62305b8d3f4/Donald\\_Tusk\\_letter.pdf](https://assets.publishing.service.gov.uk/media/5a80ce4440f0b62305b8d3f4/Donald_Tusk_letter.pdf).

<sup>371</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 83-84.

<sup>372</sup> *Ibidem*, p. 84.

<sup>373</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>374</sup> Hobolt, S. B. (2016). *Ob. cit.*, p. 1261.

## VII. La campaña nacionalista del *Vote Leave*

Las famosas palabras de Dean Acheson “*Gran Bretaña ha perdido un imperio y aún no ha encontrado un papel*”<sup>375</sup> para ilustrar la caída de la influencia británica en los asuntos europeos cobran su mayor sentido cincuenta años después. Los términos en los que se produjo el Brexit son indicativos de un Reino Unido que lucha por desarrollar su identidad post-imperial y su posición global en el mundo, cegado por unas gafas teñidas de rosa y la neblina de una época de “espléndido aislamiento”<sup>376</sup>. El Brexit sería el intento radical de detener el declive del Reino Unido zarpando hacia el futuro basado en una visión nostálgica del pasado<sup>377</sup> y, por tanto, representaría el cenit del nacionalismo inglés, pues ningún acontecimiento tras el fin oficial del colonialismo y el colapso del Imperio Británico en la segunda mitad del siglo XX ha moldeado tanto la identidad nacional inglesa<sup>378</sup>.

Por consiguiente, la glorificación de la historia de Reino Unido halla su mayor esplendor en el *Vote Leave* –la campaña a favor del Brexit–, que alimentó la vena nacionalista del pueblo inglés a través de narrativas imperiales y postcoloniales a fin de incitar el sentimiento de orgullo y anhelo por el regreso de la Inglaterra “real” con la etnopureza anterior al Imperio<sup>379</sup>, de modo que, basándose en las ansiedades nacionalistas inglesas, la campaña del Brexit logró una estrategia de fusión al interconectar inmigración, euroescepticismo e identidad inglesa, con especial atención en la soberanía nacional, la alarma inmigrante y el subsidio a Europa<sup>380</sup>.

Para empezar, las líneas de batalla de ambos bandos fueron claramente trazadas: la economía vs la inmigración, aunque, prontamente, inundadas de retóricas negativas: vota “Permanecer” para evitar el riesgo económico de un Brexit –un salto en la oscuridad– o vota “Salir” para recuperar el control fronterizo, la legislación británica y restringir la inmigración –*Take back control*–<sup>381</sup>, en definitiva, una batalla entre “la cabeza o el corazón del votante”.

Por su parte, la organización rival, *Britain Stronger in Europe* –la campaña a favor de la continuidad del Reino Unido en la UE– se focalizó en una campaña negativa, subrayando la fatalidad económica y el declive financiero de la salida; una plétora de estadísticas, modelos y cálculos impenetrables en las mentes británicas<sup>382</sup>. Una campaña distante, elitista y arrogante que, finalmente, fue aprovechada por *Vote Leave* al convertirse en la voz del pueblo<sup>383</sup>. Por tanto, el “Proyecto Miedo” y su persistente cascada de advertencias tuvo similar efecto que las profecías fatales de Casandra: embotó las sensibilidades. El Brexit no era una cuestión de estadísticas y cálculos imposibles, sino de emociones, frustraciones, esperanzas y miedos<sup>384</sup>.

También, *Britain Stronger in Europe* rebosaba confianza; las encuestas daban una ligera ventaja a la permanencia sobre la salida (véase gráfico 1) y muchos indecisos probablemente votarían por el *status quo*, repitiéndose la hazaña de Wilson de 1975. La victoria parecía una

<sup>375</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 51.

<sup>376</sup> Veldeman, M. C. (2012). *Ob. cit.*, p.39.

<sup>377</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 379.

<sup>378</sup> Koegler, C., Malreddy, P. K., & Tronicke, M. (2020). The colonial remains of Brexit: Empire nostalgia and narcissistic nationalism. *Journal of Postcolonial Writing*, 56 (5), p. 586.

<sup>379</sup> Whipple, A. (2009). Revisiting the “Rivers of Blood” Controversy: Letters to Enoch Powell. *Journal of British Studies*, 48 (3), p. 734.

<sup>380</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, p. 60.

<sup>381</sup> Hobolt, S. B. (2016). *Ob. cit.*, p. 1262.

<sup>382</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 89.

<sup>383</sup> *Ibidem*, p. 90.

<sup>384</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, p. 62.

conclusión inevitable<sup>385</sup>, sin embargo, *Vote Leave* era más contundente y agresivo –y también mendaz– que cuarenta años atrás y el Brexit, la única oportunidad de recuperar la soberanía y las fronteras británicas<sup>386</sup>. Por lo tanto, el llamado “Proyecto Odio” se centró en reforzar el sentimiento de pertenencia nacional del pueblo inglés a temor de amenazas simbólicas externas<sup>387</sup>: la membresía en la UE, las élites políticas y, sobre todo, la escala y el impacto de la inmigración<sup>388</sup>, así cuestiones como la soberanía nacional, recursos nacionales, libertad de circulación, la inmigración y el control fronterizo dominarían la campaña *Vote Leave*. Al final, cuestiones en las que los argumentos cuantificables eran débiles y los emocionales aún más fuertes. *Britain Stronger in Europe* no estaba preparado para este campo de batalla<sup>389</sup>

En primer lugar, la campaña Brexit alentaría el descontento nacionalista arrojando falsas acusaciones como que Reino Unido estaba subsidiando a Europa y su exorbitante transferencia semanal de £350 millones – un total de más de £500 mil millones desde 1973–<sup>390</sup>, con un claro mensaje de fondo: el dinero era demasiado valioso para ser desperdiciado por manos eurócratas y corruptas en proyectos sinsentido<sup>391</sup>. A continuación, la soberanía y la autodeterminación nacional marcarían la dirección del debate; *Vote Leave* con su lema nacionalista “*¡Take Back Control!*” –Recuperar el control– logra enmascarar la soberanía bajo conceptos imperiales nostálgicos de una pérdida de control. Tres palabras que contenían los ingredientes necesarios de la frustración nacional inglesa: “*Take*” hacía un llamamiento al pueblo inglés para tomar las riendas de sus vidas; “*Back*” se refería a la nostalgia por la “Edad de Oro” imperial británica y melancolía por tiempos pasados; “*Control*” contra Bruselas y su exceso de burocracia, poca transparencia y déficit democrático<sup>392</sup>. Un sencillo, pero eficaz eslogan que jugó con las emociones del pueblo inglés al glorificar su antiguo imperio y lamentar su posterior pérdida a manos del aparato burocrático de Bruselas, de modo que la identidad inglesa a menudo se asocia con el euroescepticismo porque la membresía en la UE resulta una amenaza para la narrativa histórica inglesa del “yo” y, junto con su nostalgia poscolonial (véase gráfico 2), conforman una importante faceta del nacionalismo inglés sustentado en la renuencia británica a la UE<sup>393</sup>.

Por lo tanto, para Reino Unido, un “imperio donde nunca se ponía el sol”, aceptar la supranacionalidad europea puede ser movilizadora como una amenaza a la identidad colectiva inglesa<sup>394</sup>, razón por la cual el centro de la narrativa del *Vote Leave* fue una amalgama de agravios poscoloniales y nostalgia imperial enmascarada tras el discurso de emancipación de la “opresión” de la UE que, a su vez, versa sobre dos acusaciones: liberar al Reino Unido de los dictados de Bruselas y recuperar el control fronterizo<sup>395</sup>. Así, finalmente, la fecha del referéndum, el 23 de junio de 2016, sería proclamado por *Vote Leave* como “el Día de la Independencia Británica”<sup>396</sup>. Una metáfora inesperada de un país que tal vez sea el epítome del imperialismo europeo. Al mismo tiempo, *Vote Leave* hizo correr la voz de que el 70% de las

<sup>385</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 88.

<sup>386</sup> Hobolt, S. B. (2016). *Ob. cit.*, p. 1262.

<sup>387</sup> Hjerm, M., & Nagayoshi, K. (2011). *Ob. cit.*, p. 3.

<sup>388</sup> Hobolt, S. B. (2016). *Ob. cit.*, p. 1262.

<sup>389</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 109.

<sup>390</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, p. 58.

<sup>391</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 94.

<sup>392</sup> *Ibidem*, pp. 95-96.

<sup>393</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 380.

<sup>394</sup> *Ibidem*.

<sup>395</sup> Van Houtum, H., & Bueno Lacy, R. (2017). The political extreme as the new normal: the cases of Brexit, the French state of emergency and Dutch Islamophobia. *International Journal of Geography*, 195 (1), p. 91.

<sup>396</sup> *Ibidem*, p. 91.

leyes británicas se aprobaron en Bruselas<sup>397</sup>, incitando, aún más, la necesidad de liberarse de las cadenas bruselesas<sup>398</sup>. Ahora bien, todas las acusaciones a la UE y su “estatus dictatorial” han hallado relevancia entre el público inglés por la sencilla razón del déficit de información de Bruselas y su falta de compromiso con la ciudadanía<sup>399</sup>; la encuesta del Eurobarómetro realizada en mayo de 2015 sugirió que los ciudadanos británicos están menos informados sobre la UE que el resto de sus vecinos europeos<sup>400</sup>, incluso un día después del referéndum, la pregunta más buscada de Google fue ¿qué es la UE?<sup>401</sup>.

Al final, el mito político/ imperial de una lucha “David contra Goliat” entre Reino Unido y la UE, construida a partir del patrón diferencial de la membresía británica<sup>402</sup>, dio como resultado una fuerte tradición excepcionalista disfrazada de euroescepticismo por el *Vote Leave*, pues cualquier tipo de invasión soberana se consideraba una amenaza a la identidad nacional inglesa. Aquí radica el triunfo de la campaña *Vote Leave*, la relación de soberanía nacional con la migración: la inmigración fue el foco de pérdida de control y de soberanía, y el tercer gran tema del debate<sup>403</sup>. En este sentido, *Vote Leave* logró asociar el euroescepticismo con el miedo al incesante flujo migratorio (véase gráfico 3) vehiculado por la libertad de circulación de la UE<sup>404</sup> y que amenazaba a la identidad inglesa; recuérdese el nacionalismo inglés y su sentido de diferencia y separación de la “otredad” europea<sup>405</sup>. Por lo tanto, la campaña Brexit, con base en dicha lógica de exclusión<sup>406</sup>, incitó ansiedad entre el público inglés, con especial atención en la clase trabajadora, ante el temor de una inmigración masiva de Europa del Este<sup>407</sup>. Sin embargo, la inmigración no sólo procedía de la UE, también de la Commonwealth, pero *Vote Leave* prefirió culpar a la libertad de movimiento de la UE de esta presión migratoria sobre Inglaterra y sus servicios sociales a fin de incitar la ira del pueblo inglés por la pérdida de control y dinero<sup>408</sup>, lo que, finalmente, desencadenó en un fuerte patriotismo y nacionalismo enojados por unas minorías étnicas cada vez más visibles y vocales en Inglaterra<sup>409</sup>. El Brexit fue manifiestamente un voto contra el multiculturalismo de Inglaterra; el pueblo inglés sentía que su país se le escaba de las manos<sup>410</sup>.

---

<sup>397</sup> Ésta era una pérfida verdad a medias. El argumento no era falso en términos cuantitativos, sino sólo si se contaban realmente todos los reglamentos, normas y estándares definidos por la UE. Además, estas leyes formaron la base del Mercado Único, algo impulsado por todos los gobiernos británicos. Tampoco se mencionó que la mayoría de las regulaciones elaboradas en Bruselas tendrían que ser sustituidas por costosas normas nacionales que perjudicarían el libre comercio.

<sup>398</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, pp. 95-96.

<sup>399</sup> Clark, N. (2014). The EU's Information Deficit: Comparing Political Knowledge across Levels of Governance. *Perspectives on European Politics and Society*, 15 (4), p. 445.

<sup>400</sup> Comisión Europea (2015), Eurobarómetro estándar 33. Disponible en:

<https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/2099>.

<sup>401</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 69.

<sup>402</sup> Schütze, R. (2022). *Ob. cit.*, p. 42.

<sup>403</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 96.

<sup>404</sup> Curtice, J. (2017). *Ob. cit.*, pp. 11-12.

<sup>405</sup> Davis, R. (30 de Mayo de 2017). *Eurocepticism and Opposition to British Entry into the EEC, 1955-75*.

Recuperado de *Revue Française de Civilisation Britannique*: <https://journals.openedition.org/rfcb/1364#citedby>.

<sup>406</sup> Rodriguez, A. (2020). Imperial Nostalgia and Bitter Reality: The United Kingdom, the United States and Brexit, Implications for Regional Integration. *Journal of Strategic Security*, 13 (2), p. 25.

<sup>407</sup> Ferdjani, Y. (2022). Brexit and the emergence of a new English identity. *Observatoire de la société britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/osb/5588>.

<sup>408</sup> Van Houtum, H., & Bueno Lacy, R. (2017). *Ob. cit.*, p. 93.

<sup>409</sup> Ferdjani, Y. (2022).

<sup>410</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, pp. 59-60.

Finalmente, el Imperio 2.0 que, de forma continuada, visualiza *Vote Leave* consistiría en una unión mayoritariamente blanca de pueblos de habla inglesa –la anglosfera– basada en el legado simbólico del Imperio Británico –excepcionalismo– y, por supuesto, incompatible con la membresía de la UE; esta alusión a la “Gran Bretaña global” y los llamados a regresar al “espléndido aislamiento” del siglo XX se revelarían como la táctica final de la campaña del Brexit. Una representación sesgada y selectiva de la “Edad de oro” imperial británica, pero con un lenguaje excepcional que infundió un profundo orgullo nacional; por ello, la melancolía post-imperial del pueblo inglés alimentó la sensibilidad euroescéptica hacia la “soberanía” y, en última instancia, la hostilidad hacia la UE<sup>411</sup>. Como resultado, el Reino Unido y su mentalidad altamente excepcional, en lugar de enfrentar la pérdida de su Imperio y papel global, está atrapado en una patología colectiva que va desde la violencia racista como un “medio fácil para purificar la nación” hasta “estallidos de euforia maníaca” de celebración nacional<sup>412</sup>.

Una exaltación nacionalista manifiesta, a su vez, en la perdurable obsesión con la Segunda Guerra Mundial: la versión más completa del excepcionalismo británico que configura la identidad nacional inglesa<sup>413</sup>. El hecho de que Reino Unido se enfrentase solo a la Alemania hitleriana y derrotase a los nazis es una fuente de orgullo nacional y consolida, más aún, la alteridad inglesa<sup>414</sup>. En esta línea, *Vote Leave* estableció paralelismos entre derrotar al autoritarismo fascista europeo y escapar del “control de Bruselas”<sup>415</sup>, incluso tiñó la campaña con tintes bélicos al pedir al público cumplir con su deber nacional y creer en Reino Unido votando “no” en el referéndum<sup>416</sup>. Esto ofrece sólo una idea de hasta qué punto las analogías históricas con la Segunda Guerra Mundial sirven para sustentar los argumentos euroescépticos de *Vote Leave* contra la UE.

En definitiva, *Vote Leave* centró su campaña en cuestiones identitarias y emocionales –nostalgia imperial, tradición euroescéptica y salvaguardia de la identidad inglesa<sup>417</sup>– a fin de enmarcar el referéndum del Brexit en términos nacionalistas al evocar temas relativos a la soberanía e inmigración enmascarados de conceptos imperiales sumamente emotivos de una pérdida de control y una lucha de poder dictatorial, y convertir a la UE en chivo expiatorio. *Vote Leave*, finalmente, lograría convencer al electorado inglés de la incompatibilidad de su identidad nacional con la membresía de la UE y presentaría al Brexit como la única oportunidad de recuperar el control y regresar a los días de gloria del Imperio<sup>418</sup>. Por supuesto, no hace falta decir que no habrá un ahorro semanal de £350 millones para frenar los déficits en el NHS o construir viviendas públicas<sup>419</sup>.

---

<sup>411</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 380.

<sup>412</sup> Gilroy, P. (2004). *After Empire: Melancholia or Convivial Culture?* Londres: Routledge, p. 102.

<sup>413</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 385.

<sup>414</sup> Crozier, A. J. (2020). *Ob. cit.*, p. 641.

<sup>415</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 385.

<sup>416</sup> *Ibidem*, p. 386.

<sup>417</sup> Navarro Galván, M. A. (2021). Las raíces del Brexit: institucionalización del euroescéptico. *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, 12 (1), p. 124.

<sup>418</sup> Islentyeva, A., & Abdel Kafi, M. (2021). *Ob. cit.*, p. 72.

<sup>419</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 59.

### VIII. Brexit: perfil del votante nacionalista

El 23 de junio de 2016, el pueblo británico votó a favor de abandonar la UE tras 43 años de pertenencia a la unión política y económica. Una mayoría indiscutible, pero incómodamente escasa: con un estrecho margen de 3,8%, el 51,9% del electorado británico eligió la opción del Brexit frente al 48,1% que optó por la permanencia en el bloque comunitario –17,4 millones de votos a favor de salir y 16,1 millones de votos a favor de permanecer–, y con una participación muy elevada (72,2%) que dotó al Brexit de una alta dosis de legitimación democrática<sup>420</sup>.

El Brexit, por consiguiente, marcó un hecho sin precedentes; por primera vez en la historia de la integración europea, los votantes tuvieron la opción de abandonar la UE y dejar de formar parte de ese “destino compartido” de Robert Schuman. Tal vez nunca hayan sido parte de él. En una encuesta de 2016, Reino Unido ocupó el vigésimo octavo lugar entre los veintiocho Estados miembros en términos de identificación como europeos<sup>421</sup>. Si bien el atípico referéndum conmocionó a la comunidad internacional, no sorprende que si algún país abandonara la integración europea sería el excepcional Reino Unido<sup>422</sup>.

Por consiguiente, la identidad tiene un fuerte poder unificador, pero también divisorio como demuestran los datos del Eurobarómetro 85 del año 2016: el 62% de los británicos se definían con nacionalidad sólo británica frente al 35% que sienten ser europeos y británicos<sup>423</sup>, lo que comporta una identidad nacional exclusiva superior a la identidad dual –nacional y europea– en el Reino Unido. A su vez, estos individuos que se identifican fuertemente con su territorio nacional y están apegados a sus normas excluyentes tienden a percibir la UE como una amenaza simbólica<sup>424</sup> por la “dilución” de sus características nacionales en el crisol de las culturas de Europa<sup>425</sup>, de modo que el débil sentido británico de identidad europea es el factor clave del voto Brexit<sup>426</sup>.

Por tanto, la identidad británica, especialmente sus concepciones étnicas inglesas, se han construido a partir de la separación de Reino Unido de Europa<sup>427</sup>; Europa como “ellos” y no como “nosotros”, Europa como la “otredad” de la esencia inglesa<sup>428</sup>, así el nacionalismo inglés se ha basado en este sentido de diferencia y separación de un “otro” que, durante la mayor parte de la excepcional historia británica, sólo pudo haber sido europeo<sup>429</sup>. Esta incompatibilidad de identidades explica la lógica del Brexit, el divorcio de una identidad “multicultural” que no formaba parte de la esencia inglesa sino, al contrario, erosionaba las normas excluyentes de “ellos” y “nosotros”<sup>430</sup>. Por tal razón, el Brexit fue la voz de la frustración, ira y resentimiento, pero también de la esperanza de que se pudiera salvar una forma de vida y celebrar una identidad

<sup>420</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 109.

<sup>421</sup> *Ibidem*, p. 113.

<sup>422</sup> Guinea Bonillo, J. (2018). *Ob. cit.*, p. 305.

<sup>423</sup> Comisión Europea (2016), Eurobarómetro estándar 85. Disponible en: <https://europa.eu/eurobarometer/surveys/detail/2130>.

<sup>424</sup> Kriesi, H., & Lachat, R. (2004). *Ob. cit.*, p. 4.

<sup>425</sup> Moreno, L. (2006). *Ob. cit.*, p. 15.

<sup>426</sup> Carl, N., Dennison, J., & Evans, G. (2019). European but not European enough: An explanation for Brexit. *European Union Politics*, 20 (2), p. 282.

<sup>427</sup> Salkhori, F., & Saeidabadi, M. R. (2020). The British Self and Continental Other: The Question of British National Identity in the 2016 Referendum. *Journal of World Sociopolitical Studies*, 4 (3), p. 535.

<sup>428</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 66.

<sup>429</sup> Davis, R. (30 de Mayo de 2017). *Euroscepticism and Opposition to British Entry into the EEC, 1955-75*.

Recuperado de Revue Française de Civilisation Britannique: <https://journals.openedition.org/rfcb/1364#citedby>.

<sup>430</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005) *Ob. cit.*, p. 423.

nacional orgullosa<sup>431</sup>. Unos afanes nacionalistas alentados más por la pérdida cultural que por vacíos cálculos económicos y que desafiaron las recomendaciones, casi unánimes, de la élite económica, académica y política<sup>432</sup>.

El Brexit fue un voto de protesta contra la UE por el declive imperial, la inmigración masiva y los cambios culturales radicales. Los llamados perdedores de la globalización en Reino Unido –la clase trabajadora blanca en edad avanzada, con residencia en Inglaterra e insatisfecha con la política bipartidista de Westminster– sintieron que fueron “dejados atrás” y se desplazaron hacia grupos populistas de extrema derecha, principalmente al UKIP, lo que favoreció el fortalecimiento del nacionalismo inglés<sup>433</sup> que vio en el Brexit la única oportunidad de recuperar la identidad nacional y su control. Por lo tanto, el nacionalismo inglés ha de ser entendido como la mentalidad nacionalista disfrazada de euroescepticismo que encuentra su mayor expresión en Europa, porque allí la cuestión es precisamente la soberanía y la identidad nacional<sup>434</sup>, y junto a los sentimientos antiinmigración y antisistema, resultó la fuerza impulsora del voto de salida. El Brexit es el cenit del nacionalismo inglés.

En primer lugar, el Brexit es un producto nacionalista inglés, pues con el 84% de la población total del Reino Unido, el pueblo inglés –con un margen de voto de 7 puntos– inclinó la balanza a favor del divorcio. El Brexit se hizo en Inglaterra con el 53,4%, superando las sustanciales mayorías de pertenencia en Escocia (62%) e Irlanda del Norte (55,5%) –en Gales también se impuso el Brexit con el 52,5% de los votos, pero apenas representa un 4,7% del total de Reino Unido– (véase gráfico 4). Inglaterra era el núcleo del Imperio y sus gentes tuvieron que afrontar la mayor crisis de identidad tras el colapso imperial, de modo que el Brexit ha de entenderse como el último síntoma del resurgimiento de identidad prebritánicas –imperiales– que están más cerca de la antigua identidad –étnica– inglesa en la forma; el Brexit es un proceso poscolonial en el corazón del Imperio<sup>435</sup>. El 23 de junio el pueblo inglés se fue a dormir a Reino Unido y despertó en la pequeña Inglaterra con nuevos gobernantes que serán casi tan exclusivamente ingleses como los que votaron a favor del Brexit<sup>436</sup>, lo que resulta altamente probable que el Brexit resucite la cuestión inglesa en la política de Westminster fortaleciendo, más aún, el sentido de lo inglés<sup>437</sup>.

Sin embargo, el Brexit no sólo se hizo en Inglaterra, sino también el hecho de sentirse inglés fue un factor importante en la decisión de salir. La encuesta Lord Ashcroft realizada el mismo día del referéndum reveló que el 79% de los votantes identificados exclusivamente como “ingleses” votaron por la salida, mientras que aquellos definidos como “ingleses y británicos” estaban divididos de manera más equitativa, con un 49% permanecer vs un 51% salir (véase gráfico 5)<sup>438</sup>. Al final, los individuos con una fuerte identidad inglesa tenían más posibilidades de ser hostiles a la UE<sup>439</sup> –incluso el 45% la consideraba perjudicial para su país– (véase gráfico

<sup>431</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 58.

<sup>432</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 125.

<sup>433</sup> Ford, R., & Goodwin, M. (2014). *Ob. cit.*, pp. 278-281.

<sup>434</sup> Calhoun, C. (2017). *Ob. cit.*, pp. 57-58.

<sup>435</sup> Gardner, A. (2017). Brexit, boundaries and imperial identities: A comparative view. *Journal of Social Archaeology*, 17 (1), pp. 10-11.

<sup>436</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 70.

<sup>437</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 201.

<sup>438</sup> Ashcroft, L. (24 de Junio de 2016). *How the United Kingdom voted on Thursday... and why*. Recuperado de Lord Ashcroft Polls: <https://lordashcroftpolls.com/2016/06/how-the-united-kingdom-voted-and-why/>

<sup>439</sup> Hooghe, L., & Marks, G. (2005). Calculation, Community, and Cues: Public opinion on European Integration. *European Union Politics*, 6 (4), p. 424.

6) y, correlativamente, de apoyar al Brexit<sup>440</sup>. Por lo tanto, los datos corroboran la expectativa de voto como reflejo del sentido mismo de identidad nacional y hasta qué punto la membresía en la UE podría haber sido considerada como un desafío a ese sentido de identidad, sobre todo como resultado de la inmigración.

En la misma encuesta, un tercio de los votantes de la salida vieron en el Brexit la única oportunidad de recuperar la soberanía y las fronteras británicas<sup>441</sup>; anterior al referéndum, la Encuesta FoEs (2015) reveló que el 77% de los individuos con identidad inglesa percibían al Reino Unido como víctima de Bruselas y a sus habitantes como amenazas extranjeras, así el 57% se mostró altamente a favor de restringir la inmigración continental (véase gráfico 6). Como se venía advirtiendo, el Brexit fue un voto de rechazo inglés a la inmigración de la UE a razón de generar sentimientos de pérdida cultural, e incluso atentar contra la propia identidad inglesa<sup>442</sup>; la inmigración, por ende, resulta a la vez un factor causal y catalizador en la decisión de abandonar la UE<sup>443</sup>. Finalmente, *British Social Attitudes 33* (2017) arrojó luz al revelar que el 73% de los británicos preocupados por la inmigración votaron por salir, en comparación con el 36% de los que no identificaron la llegada de personas como una preocupación<sup>444</sup>.

A su vez, esta creciente preocupación pública por la inmigración sería el factor central del ascenso del UKIP como nueva fuerza política<sup>445</sup>; el populista líder Nigel Farage magnificó la cuestión migratoria hasta el punto de jugar un papel decisivo en la determinación del resultado del propio referéndum<sup>446</sup>. La populosa retórica del UKIP presentó la migración como el punto de apoyo de todos los males económicos del país<sup>447</sup>, logrando que el 90% de las personas que pensaban que la inmigración era perjudicial para la economía británica apoyaran la salida<sup>448</sup>. También, el UKIP es el partido nacionalista inglés por excelencia, por tanto, no resulta sorprendente que el 96% de sus votantes apoyaran el Brexit (véase gráfico 7), bajo un claro perfil: inglés blanco en edad avanzada, de clase media-baja, con fuerte ansiedad sobre la inmigración poco cualificada e insatisfecho con la política bipartidista de Westminster<sup>449</sup>.

En consonancia con lo anterior, las clases trabajadoras se declinaron por la opción del Brexit en un 64% al sentir una fuerte competencia de mercado y ver peligrar sus condiciones laborales y niveles de vida por la barata mano de obra de los inmigrantes de Europa del Este (véase gráfico 8)<sup>450</sup>. Sin embargo, los partidarios más entusiastas del Brexit fueron la generación mayor; personas con edades que alcanzaban los 60 años, educadas bajo el Imperio y escuchando a Churchill, Gaitskell, Powell y Thatcher. Una generación que había crecido con la idea arraigada de que el Reino Unido era una potencia mundial y tomó conciencia de su

<sup>440</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 200.

<sup>441</sup> Ashcroft, L. (24 de Junio de 2016). *How the United Kingdom voted on Thursday... and why*. Recuperado de Lord Ashcroft Polls: <https://lordashcroftpolls.com/2016/06/how-the-united-kingdom-voted-and-why/>

<sup>442</sup> Chan, T. W., Henderson, M., Sironi, M., & Kawalerowicz, J. (2020). Understanding the social and cultural bases of Brexit. *The British Journal of Sociology*, 71 (5), p. 835.

<sup>443</sup> Mitra, P. (2022). Immigration, Identity and Security in the Context of Brexit: Examining Linkages Through the Lens of the Copenhagen School. *Jadavpur Journal of International Relations*, 26 (1), p. 59.

<sup>444</sup> Clery, E., Curtice, J., & Harding, R. (2017). *British Social Attitudes 34*. Londres: Natcen Social Research, p. 158.

<sup>445</sup> Ford, R., & Goodwin, M. (2014). *Ob. cit.*, p. 278.

<sup>446</sup> Mitra, P. (2022). *Ob. cit.*, p. 48.

<sup>447</sup> *Ibidem*, p. 49.

<sup>448</sup> Goodwin, M., & Heath, O. (31 de Agosto de 2016). *Brexit vote explained: poverty, low skills and lack of opportunities*. Recuperado de Joseph Rowntree Foundation: <https://www.jrf.org.uk/political-mindsets/brexit-vote-explained-poverty-low-skills-and-lack-of-opportunities>.

<sup>449</sup> Dennison, J., & Goodwin, M. (2015). *Ob. cit.*, p. 168.

<sup>450</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 61.

nacionalidad en una atmósfera eclipsada por las tradiciones imperiales<sup>451</sup>. El Brexit, finalmente, fue un voto nostálgico a favor de alguna versión del pasado; el 73% de los votantes entre 18-24 años prefirieron la permanencia y la movilidad en toda la UE al aislacionismo y la nostalgia por un pasado que ya no existía, en cambio el 60% de los mayores de 65 años votaron en contra<sup>452</sup> (véase gráfico 9). El 23 de junio triunfó una generación vieja, nostálgica y nacionalista sobre una generación joven, cosmopolita y con visión de futuro<sup>453</sup>.

Si bien la industria de la nostalgia es poderosa, las generaciones que realmente crecieron con el mapa del Imperio en las paredes de sus aulas tenían más posibilidades de sentir la pérdida imperial y ser susceptibles a “recuperar el control” e “independizarse de Bruselas”<sup>454</sup>. El Brexit fue el último suspiro del Imperio de Inglaterra; la reacción de una nación “enfermiza por la nostalgia”. Los ecos imperiales del *Vote Leave* tiñeron al Brexit de un anhelo melancólico de un pasado glorioso. El Reino Unido es una nación orgullosa de un pasado aún más orgulloso; un país predestinado a liderar, no a convertirse en el tímido subordinado de autócratas anónimos no elegidos en Bruselas<sup>455</sup>. El Brexit no fue sólo una expresión de nostalgia por el Imperio, sino, también, es el fruto del Imperio.

En definitiva, a través de los datos expuestos anteriormente, se puede elaborar el perfil promedio del votante Brexit: hombre blanco, de identidad primariamente inglesa –no europea–, de clase media-baja con trabajos poco cualificados e ingresos bajos, en edad avanzada, residente de Inglaterra, de ideología de extrema derecha –principalmente afiliado al UKIP–, con rechazo a los inmigrantes –por la competencia laboral–, y con una fuerte tradición euroescéptica por la pérdida de identidad y soberanía nacional. Al final, un voto motivado por la identidad y los valores, no por la desigualdad económica, de modo que el miedo que favoreció la permanencia en 1975, cuarenta años después propició la salida. Había un mayor miedo a verse arrastrados a proyectos supranacionalistas y, sobre todo, un temor más grande a la inmigración descontrolada contra la propia identidad inglesa, que a las consecuencias económicas del Brexit<sup>456</sup>.

---

<sup>451</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 63.

<sup>452</sup> Calhoun, C. (2017) *Ob. cit.*, p. 60.

<sup>453</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 116.

<sup>454</sup> Beaumont, P. (2017). *Ob. cit.*, p. 387.

<sup>455</sup> Adam, R. G. (2020). *Ob. cit.*, p. 66.

<sup>456</sup> Bogdanor, V. (2020). *Ob. cit.*, p. 107.

## IX. Conclusiones

El 23 de junio de 2016, Reino Unido decidió retirarse de la Unión Europea tras 43 años de pertenencia a la unión política y económica. Quizás nunca debió haber entrado. Lejos de entusiasmos integracionistas ni compromisos paneuropeos, el país anglosajón entró en la CEE por necesidad. Europa sólo fue un salvavidas, nunca el futuro al que aspirar. Por tanto, la visión de Europa como un sistema supranacional de paz contra el nacionalismo –la semilla de todos los males continentales– no era aceptada en el Reino Unido; el orgullo nacional nunca fue un problema a superar, muy al contrario, es la verdadera espina dorsal del ser inglés, razón por la cual la tormentosa y distanciada relación del Reino Unido con la CEE-UE se basase siempre en el temor a perder su identidad nacional y su condición de Estado soberano.

El euroescepticismo es, simultáneamente, causa y expresión del nacionalismo inglés y su espléndido aislamiento de la “otredad” europea. Una mentalidad excepcionalista disfrazada de eurofobia como fuente de revitalización nacional, que halla su mayor expresión en Europa, porque allí la cuestión es la soberanía y la identidad; Europa es el “otro” contra el cual se proyecta la identidad inglesa. Para un Imperio donde nunca se ponía el sol, la supranacionalidad europea significaba la mayor amenaza al sentimiento nacionalista inglés. En ese marco, Reino Unido es una nación orgullosa de un pasado aún más orgulloso, totalmente reacia a olvidar sus imperiosos recuerdos del lejano imperial. Un pertinaz autoengaño colectivo avivado por la melancolía post-imperial y la absoluta convicción de que Reino Unido puede, ya no sobrevivir, sino volver a liderar el mundo a través de una unión mayoritariamente blanca de pueblos de habla inglesa –la anglosfera– basada en el legado simbólico del Imperio –excepcionalismo– y, por supuesto, incompatible con la membresía de la UE; una autoimagen de Reino Unido, no como provincia de los Estados Unidos de Europa, sino como potencia global.

En consecuencia, los términos en los que se produjo el Brexit son indicativos de un Reino Unido que lucha por desarrollar su identidad post-imperial y su posición global, cegado por unas gafas teñidas de rosa y la neblina de una época de “espléndido aislamiento”. El Brexit sería la expresión nacionalista que ahonda sus raíces en la Inglaterra “real” con la etnopureza anterior al Imperio; el radical intento de detener el declive británico zarpando hacia el futuro, pero con la visión nostálgica del pasado. Esto responde a la pregunta de investigación ¿en qué medida influyó el nacionalismo inglés en la decisión del electorado británico de salir de la UE? El referéndum fue la voz de la frustración, ira y resentimiento, pero también de la esperanza de que se pudiera salvar una forma de vida y celebrar una identidad nacional orgullosa.

También, el Brexit supuso el divorcio de una identidad “multicultural” europea que no formaba parte de la esencia inglesa, sino, al revés, erosionaba las normas excluyentes de “ellos” y “nosotros”. El resultado narcisista de una crisis identitaria que, en lugar de afrontar una nueva identidad tras el colapso imperial, está atrapada en un nacionalismo que va desde la violencia racista hasta estallidos de celebración nacional. Como resultado, los individuos con una fuerte identidad inglesa y un firme apego a sus normas excluyentes votaron en un 79% a favor de la salida, pues percibían a la UE y sus inmigrantes como una amenaza simbólica por la “dilución” de sus características nacionales en el crisol de las culturas de Europa, de modo que se confirma la hipótesis de partida de que los individuos con una fuerte identidad nacional inglesa tendrán más posibilidades de votar a favor de abandonar la UE. Finalmente, el Brexit no fue el salto al vacío, sino la permanencia; el Brexit fue la única oportunidad de recuperar la autonomía internacional y poder global de Reino Unido, pero también de renovación nacional. El Brexit fue la última agonía del Imperio, el cenit del nacionalismo inglés.

## X. Bibliografía

- Adam, R. G. (2020). *Brexit: Causes and consequences*. Suiza: Springer.
- Alexandre-Collier, A. (2015). Euroscepticism under Margaret Thatcher and David Cameron: From Theory to Practice. *Observatoire de la société britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/osb/1778>.
- Álvarez, M. V. (2012). El euroescepticismo en una Unión Europea en crisis: ¿viejo fenómeno en nuevos odres? *Revista Integración y Cooperación Internacional* (13), 4-17.
- Anderson, B. (2006). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres y Nueva York: Verso.
- Ashcroft, L. (2016, Junio 24). *How the United Kingdom voted on Thursday... and why*. Recuperado de Lord Ashcroft Polls: <https://lordashcroftpolls.com/2016/06/how-the-united-kingdom-voted-and-why/>.
- Aughey, A. (2010). Anxiety and injustice: the anatomy of contemporary English nationalism. *Nations and Nationalism*, 16 (3), 506-524.
- Bar Cendón, A. (2017). El Reino Unido y la Unión Europea: inicio y fin de una relación atormentada. *Teoría y realidad constitucional* (40), 141-180.
- Beaumont, P. (2017). Brexit, Retrotopia and the perils of post-colonial delusions. *Global Affairs*, 3 (4-5), 379-390.
- Bergareche, B. (2013). Euroescepticismo vs eurofobia en la era Cameron. *Política exterior*, 27 (151), 48-60.
- Besirevic, V. (2020). A Short History of Brexit. In T. Ilić, & M. Božić, *NOMOPHYLAX: Collection of Papers in Honor* (pp. 621-645). Belgrado: PFUUB & Službeni glasnik.
- Bhambra, G. K. (2016, Diciembre 8). *Brexit, the Commonwealth, and exclusionary citizenship*. Recuperado de Open Democracy: <https://www.opendemocracy.net/en/brexit-commonwealth-and-exclusionary-citizenship/>.
- Bogdanor, V. (2020). *Britain and Europe in a Troubled World*. New Haven: Yale University Press.
- Bond, R., Jeffery, C., & Rosie, M. (2010). The Importance of Being English: National Identity and Nationalism in Post-Devolution England. *Nations and Nationalism*, 16(3), 462-468.
- Boomgaarden, H. G., Schuck, A. R., Elenbaas, M., & De Vreese, C. H. (2011). Mapping EU attitudes: Conceptual and empirical dimensions of Euroscepticism and EU support. *European Union Politics*, 12 (2), 241-266.
- Böttger, K., & VanLoozen, G. (2012). Euroscepticism and the Return to Nationalism in the Wake of Accession as Part of the Europeanization Process in Central and Eastern Europe. *Europe en formation: les cahiers du fédéralisme* (364), 323-342.
- Calhoun, C. (2017). Populism, Nationalism and Brexit . In W. Outhwaite, *Brexit: Sociological Responses* (pp. 57-76). Londres: Anthem Press.
- Carl, N. (2017). CSI Brexit 3: National Identity and Support for Leave versus Remain. *Centre for Social Investigation*.
- Carl, N., Dennison, J., & Evans, G. (2019). European but not European enough: An explanation for Brexit. *European Union Politics*, 20 (2), 282-304.
- Casajuana, C. (2021). El largo camino hacia el Brexit. *Tiempo de Paz* (140), 16-24.

- Chan, T. W., Henderson, M., Sironi, M., & Kawalerowicz, J. (2020). Understanding the social and cultural bases of Brexit. *The British Journal of Sociology*, 71 (5), 830–851.
- Charteris-Black, J. (2019). *Metaphors of Brexit: No Cherries on the Cake?* Bristol: Palgrave Macmillan.
- Clark, N. (2014). The EU's Information Deficit: Comparing Political Knowledge across Levels of Governance. *Perspectives on European Politics and Society*, 15 (4), 445-463.
- Clery, E., Curtice, J., & Harding, R. (2017). *British Social Attitudes 34*. Londres: Natcen Social Research.
- Crespo Alcázar, A. (2013). David Cameron y la reforma de la Unión Europea: ¿una tercera vía entre eurófilos y eurófobos? *Cuadernos Manuel Giménez Abad* (5), 186-190.
- Crespo Alcázar, A. (2015). *La relación de Reino Unido con la Unión Europea: entre "socio incómodo" y "euroescéptico"*. [Tesis de Doctorado, Universidad Rey Juan Carlos].
- Crespy, A., & Verschuere, N. (2009). From Euroscepticism to Resistance to European Integration: An Interdisciplinary Perspective. *Perspectives on European Politics and Society*, 10 (3), 377-393.
- Crozier, A. J. (2020). British exceptionalism: pride and prejudice and Brexit. *International Economics and Economic Policy*, 17 (3), 635-658.
- Curtice, J. (2017). The Vote to Leave the EU: Litmus test or lightning rod? *British Social Attitudes*, 34, 1-24.
- Curtice, J. (2017). Why Leave Won the UK's EU Referendum. *Journal of Common Market Studies*, 55, 19-37.
- Daddow, O. J. (2006). Euroscepticism and History Education in Britain. *Government and Opposition*, 41(1), 64-85.
- Davis, R. (2017, Mayo 30). *Euroscepticism and Opposition to British Entry into the EEC, 1955-75*. Recuperado de Revue Française de Civilisation Britannique: <https://journals.openedition.org/rfcb/1364#citedby>.
- De Vreese, C. H., & Boomgaarden, H. G. (2005). Projecting EU Referendums: Fear of Immigration and Support for European Integration. *European Union Politics*, 6 (1), 59-82.
- De Vries, C. E. (2018). *Euroscepticism and the Future of European Integration*. Oxford: Oxford University Press.
- Dennison, J., & Carl, N. (2016, Julio 24). *The ultimate causes of Brexit: history, culture, and geography*. Recuperado de LSE: <https://blogs.lse.ac.uk/euoppblog/2016/07/24/ultimate-causes-of-brexite/>.
- Dennison, J., & Goodwin, M. (2015). Immigration, Issue Ownership and the Rise of UKIP. *Parliamentary Affairs*, 68, 168-187.
- Etiubon, A., & Ibietan, J. (2018). European Union and Brexit Nationalism: A Historical Review. *International Journal of Innovative Social Sciences & Humanities Research*, 6 (2), 26-39.
- Fabbrini, S. (2010). Más allá de Lisboa: el enigma constitucional de la integración europea. *Revista SAAP*, 4 (1), 13-48.
- Ferdjani, Y. (2022). Brexit and the emergence of a new English identity. *Observatoire de la société britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/osb/5588>.

- Fernández Rodríguez, M. (2020). *Un continente unido: el sueño de la construcción europea*. Valladolid: Omnia Mutantur.
- Fisher, K. M. (2015). *Security, Identity, and British Counterterrorism Policy*. Londres: Palgrave Macmillan.
- Fonseca Morillo, F. (2021). Acerca del Brexit. *Tiempo de Paz* (140), 29-37.
- Ford, R., & Goodwin, M. (2014). Understanding UKIP: Identity, Social Change and the Left Behind. *The Political Quarterly*, 85, 277-284.
- Galent, M. (2022). English nationalism and its role in building support for Brexit: The case of UKIP and the Brexit Party. In J. Sondel-Cedarmas, & F. Berti, *The Right-Wing Critique of Europe: Nationalist, Sovereignist and Right-Wing Populist Attitudes to the EU* (pp. 90-105). Londres: Routledge.
- Gardner, A. (2017). Brexit, boundaries and imperial identities: A comparative view. *Journal of Social Archaeology*, 17 (1), 3-26.
- Gifford, C. (2015). Nationalism, populism and Anglo-British Euroscepticism. *British Politics*, 10 (3), 362-366.
- Gifford, C. G. (2010). The UK and the European Union: Dimensions of Sovereignty and the Problem of Eurosceptic Britishness. *Parliamentary Affairs*, 63 (2), 321-338.
- Gilroy, P. (2004). *After Empire: Melancholia or Convivial Culture?* Londres: Routledge.
- Glencross, A. (2014). British Euroscepticism as British Exceptionalism: The Forty-Year “Neverendum” on the Relationship with Europe. *Studia Diplomatica*, 67 (4), 7-20.
- Goodwin, M., & Heath, O. (2016, Agosto 31). *Brexit vote explained: poverty, low skills and lack of opportunities*. Recuperado de Joseph Rowntree Foundation: <https://www.jrf.org.uk/political-mindsets/brexit-vote-explained-poverty-low-skills-and-lack-of-opportunities>.
- Gowland, D., Turner, A., & Wright, A. (2010). *Britain and European Integration since 1945: On the Sidelines*. Oxon: Routledge.
- Grob-Fitzgibbon, B. (2016). *Continental Drift: Britain and Europe from the End of Empire to the Rise of Euroscepticism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Guinea Bonillo, J. (2018). El Proceso de consolidación del euroescepticismo británico y el triunfo del Brexit : fuerzas centrípetas para el reforzamiento de la Política Exterior y la Política de Defensa en la Unión Europea. *Cadernos de Dereito Actual* (9), 305-331.
- Habermann, I. (2020). *The road to Brexit: A cultural perspective on British attitudes to Europe*. Manchester: Manchester University Press.
- Harmsen, R., & Spiering, M. (2004). Euroscepticism and the Evolution of European Political Debate. In *Euroscepticism: Party Politics, National Identity and European Integration* (pp. 13-35). Leiden: Brill.
- Hayton, R. (2016). The UK Independence Party and the Politics of Englishness. *Political Studies Review*, 14 (3), 400-410.
- Hayton, R., English, R., & Kenny, M. (2007). Englishness in Contemporary British Politics. *The Political Quarterly*, 78, 122-135.
- Henderson, A., & Wyn Jones, R. (2021). *Englishness: The Political Force Transforming Britain*. Oxford: Oxford University Press.

- Hjerm, M., & Nagayoshi, K. (2011). The composition of the minority population as a threat: Can real economic and cultural threats explain xenophobia? *International Sociology*, 1-29.
- Hobolt, S. B. (2016). The Brexit vote: a divided nation, a divided continent. *Journal of European Public Policy*, 23 (9), 1259-1277.
- Hooghe, L., & Marks, G. (2005). Calculation, Community, and Cues: Public opinion on European Integration. *European Union Politics*, 6 (4), 419-443.
- Hooghe, L., & Marks, G. (2008). A Postfunctionalist Theory of European Integration: From Permissive Consensus to Constraining Dissensus. *British Journal of Political Science*, 39, 1-23.
- Isentyeva, A., & Abdel Kafi, M. (2021). Constructing National Identity in the British Press: The Britain vs. Europe Dichotomy. *Journal of Corpora and Discourse Studies*, 4, 68-95.
- Johnson, B. (2006). *The Dream of Rome*. Reino Unido: HarperCollins.
- Kenny, M. (2014). *The Politics of English Nationhood*. Oxford: Oxford University Press.
- Kirjner Baricco, T. (2021). Brexit: ascenso del nacionalismo británico euroescéptico y desafíos en Escocia e Irlanda del Norte. *Perspectivas Revista de Ciencias Sociales*, 6 (11), 217-244.
- Koegler, C., Malreddy, P. K., & Tronicke, M. (2020). The colonial remains of Brexit: Empire nostalgia and narcissistic nationalism. *Journal of Postcolonial Writing*, 56 (5), 585-592.
- Kriesi, H., & Lachat, R. (2004). Globalization and the Transformation of the National Political Space: Switzerland and France Compared. *CIS Working Paper* (1), 1-38.
- Kumar, K. (2003). *The Making of English National Identity*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Leruth, B., Startin, N., & Usherwood, S. (2017). Defining Euroscepticism. From a broad concept to a field of study. In B. Leruth, N. Startin, & S. Usherwood, *The Routledge Handbook of Euroscepticism* (pp. 3-10). Abingdon: Routledge.
- López Rodríguez, S. (2018). Up yours delors!: El auge del euroescéptico en europa: ¿el fin de un proyecto o una crisis coyuntural? *Tiempo presente. Revista de Historia* (5), 89-105.
- Luedtke, A. (2005). European Integration, Public Opinion and Immigration Policy: Testing the Impact of National Identity. *European Union Politics*, 6 (1), 83-112.
- Macejka, J. (2021). The Connection Between British Exceptionalism and Brexit. *North Carolina Journal of European Studies*, 2, 54-65.
- McGowan, I., & Phinnemore, D. (2017). The United Kingdom: Membership in Crisis. In N. Nugent, W. P. Paterson, & D. Dinan, *The European Union in Crisis* (pp. 77-99). Londres: Palgrave Macmillan.
- McLaren, L. M. (2002). Public Support for the European Union: Cost/Benefit Analysis or Perceived Cultural Threat? *The Journal of Politics*, 64 (2), 551-566.
- Melhuish, F. (2022). Euroscepticism, Anti-Nostalgic Nostalgia and the Past Perfect Post-Brexit Future. *JCMS: Journal of Common Market Studies*, 60 (6), 1758-1776.
- Menon, A., & Salter, J. P. (2016). Brexit: initial reflections. *International Affairs*, 92 (6), 1297-1318.

- Mitra, P. (2022). Immigration, Identity and Security in the Context of Brexit: Examining Linkages Through the Lens of the Copenhagen School. *Jadavpur Journal of International Relations*, 26 (1), 43–61.
- Moreno, L. (2006). Scotland, Catalonia, Europeanization and the ‘Moreno Question’. *Scottish Affairs* (54), 1-21.
- Mycock, A., & Hayton, R. (2014). The Party politics of englishness. *The British Journal of Politics & International Relations*, 16 (2), 251-272.
- Navarro Galván, M. A. (2021). Las raíces del Brexit: institucionalización del euroescepticismo. *Geopolítica(s): revista de estudios sobre espacio y poder*, 12 (1), 123-144.
- Newman, G. (1987). *The Rise of English Nationalism. A Cultural History, 1740-1830*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Oliver, T. (2015). Europe's British question: the UK–EU relationship in a changing Europe and multipolar world. *Global Society*, 29 (3), 409-426.
- Oliver, T. (2015). To be or not to be in Europe: is that the question? Britain's European question and an in/out referendum. *International Affairs*, 91 (1), 77-91.
- Penagos Forero, M. F., & Ramírez Castro, J. H. (2009). ¿Qué pasó con la constitución europea? Razones que pudieron conducir a su no ratificación. *Revista Auctoritas Prudentium* (2), 1-29.
- Rodriguez, A. (2020). Imperial Nostalgia and Bitter Reality: The United Kingdom, the United States and Brexit, Implications for Regional Integration. *Journal of Strategic Security*, 13 (2), 19-47.
- Rodriguez-Aguilera de Prat, C. (2013). *Euroscepticism, Europhobia and Eurocriticism: The Radical Parties of the Right and Left "vis-à-vis" the European Union*. Bruselas: Peter Lang International Academic.
- Salkhori, F., & Saeidabadi, M. R. (2020). The British Self and Continental Other: The Question of British National Identity in the 2016 Referendum. *Journal of World Sociopolitical Studies*, 4 (3), 533-570.
- Saraiva-Szucko, A. (2022). El Brexit y la relación entre el Reino Unido y la UE desde la perspectiva de un sistema adaptativo complejo. *Foro internacional*, 62 (4), 797-837.
- Saunders, R. (2016). A Tale of Two Referendums: 1975 and 2016. *The Political Quarterly*, 87 (3), 318-322.
- Schütze, R. (2022). Britain in the European Union: A Very Short History. *Global Policy*, 13, 39-46.
- Sowels, N. (2019). From the “Thatcherisation of Europe” to Brexit. *Revue Française de Civilisation Britannique*. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/rfcb/4819>.
- Stephens, P. (2021). *Britain Alone: The Path from Suez to Brexit*. Londres: Faber & Faber.
- Swales, K. (2016). *Understanding the Leave vote*. Londres: NatCen Social Research.
- Taggart, P. (1998). A Touchstone of Dissent: Euroscepticism in Contemporary Western European Party Systems. *European Journal of Political Research*, 33 (3), 363-388.
- Taggart, P., & Szczerbiak, A. (2002). The Party Politics of Euroscepticism in EU Member and Candidate States. *SEI Working Paper*, 1-51. Recuperado de: [https://www.researchgate.net/publication/237536121\\_The\\_Party\\_Politics\\_of\\_Euroscepticism\\_in\\_EU\\_Member\\_and\\_Candidate\\_States](https://www.researchgate.net/publication/237536121_The_Party_Politics_of_Euroscepticism_in_EU_Member_and_Candidate_States).

- Tajfel, H., & Turner, J. C. (1979). An integrative theory of intergroup conflict. In W. G. Austin, & S. Worchel, *The social psychology of intergroup relations* (pp. 33-47). Monterey: Brooks Cole.
- Troitiño, D. R. (2020). La Unión Europea y el Reino Unido: Divergencia histórica y miopismo contemporáneo. *Tempo exterior* (40), 61-73.
- Troitiño, D. R. (2020). Winston Churchill y el proceso de construcción europea. *Revista Notas Históricas y Geográficas* (24), 453-482.
- Troitiño, D. R., & Kerikmae, T. (2019). Margaret Thatcher ¿precursora del brexit o europeísta ambigua? *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* (42), 331-356.
- Van Houtum, H., & Bueno Lacy, R. (2017). The political extreme as the new normal: the cases of Brexit, the French state of emergency and Dutch Islamophobia. *International Journal of Geography*, 195 (1), 85-101.
- Veldeman, M.-C. (2012). Britain and Europe: From "Splendid Isolation" to "Semi-Detachment". *Équivalences*, 39 (1-2), 39-58.
- Vines, E. E. (2014). Reframing English Nationalism and Euroscepticism: From populism to the British Political Tradition. *British Politics*, 9, 255-274.
- Vucetic, S. (2011). *The Anglosphere: A Genealogy of a Racialized Identity in International Relations*. Stanford: Stanford University Press.
- Wassenberg, B. (2020). Challenging the origins of Euroscepticism. A historical perspective. *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales* (44), 55-79.
- Wellings, B. (2010). Losing the peace: Euroscepticism and the foundations of contemporary English nationalism. *Nations and Nationalism*, 16 (3), 488-505.
- Wellings, B. (2012). *English Nationalism and Euroscepticism: Losing the Peace*. Oxford: Peter Lang.
- Wellings, B. (2016). Our Island Story: England, Europe and the Anglosphere Alternative. *Political Studies Review*, 14 (3), 368-377.
- Wellings, B. (2017, Mayo 30). *The Anglosphere in the Brexit Referendum*. Recuperado de Revue Française de Civilisation Britannique: <http://journals.openedition.org/rfcb/1354>.
- Wellings, B. (2021). Brexit, nationalism and disintegration in the European Union and the United Kingdom. *Journal of Contemporary European Studies*, 29 (3), 322-334.
- Wellings, B. (2022). Nationalism and European disintegration. *Nations and Nationalism*, 1-15. Recuperado de: <https://doi.org/10.1111/nana.12884>.
- Wellings, B., & Baxendale, H. (2014). Euroscepticism and the Anglosphere: Traditions and Dilemmas in Contemporary English Nationalism. *Journal of Common Market Studies*, 53 (1), 123-139.
- Whipple, A. (2009). Revisiting the "Rivers of Blood" Controversy: Letters to Enoch Powell. *Journal of British Studies*, 48 (3), 717-735.
- Woolfson, C. (2018). Replanteando el brexit como un nacionalismo progresista: perspectivas de la migración laboral y los estándares laborales. *Migración y desarrollo*, 16 (30), 45-94.
- Zook, M. S. (2002). The Restoration Remembered: The First Whigs and the Making of their History. *The Seventeenth Century*, 17 (2), 213-234.

## XI. Anexos

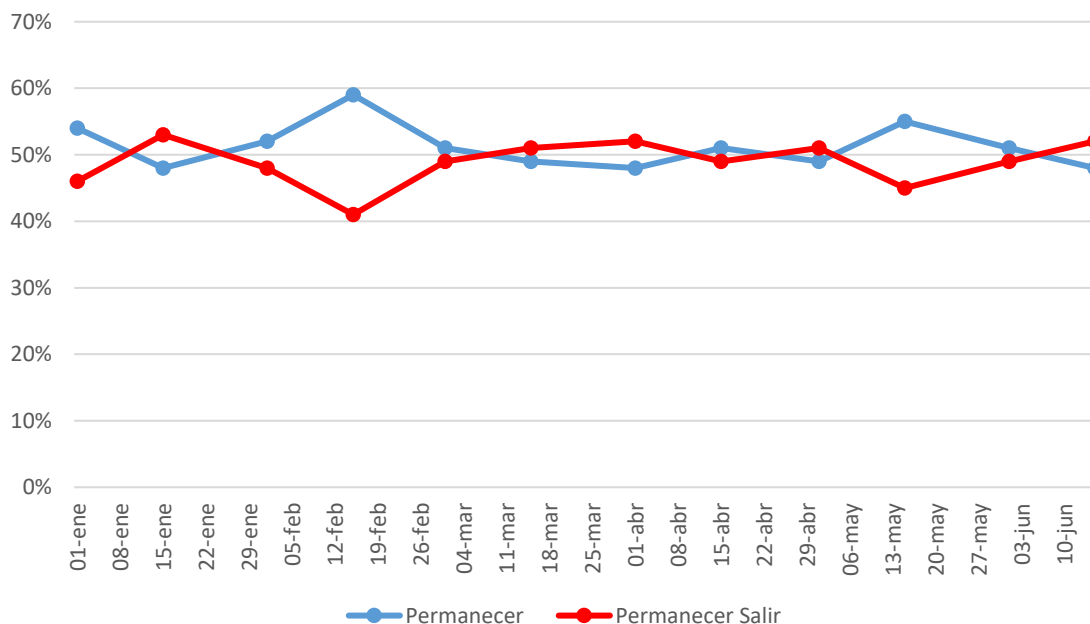
### 1. Tabla cronológica

1950	La Declaración Schuman propone que Francia y Alemania pongan en común su producción de carbón y acero.
1951	El Tratado de París establece la CECA
1955	La Conferencia de Messina de los seis miembros de la CECA llega a un acuerdo sobre una unión aduanera.
1957	Tratado de Roma crea las Comunidades Europeas, que entrarán en vigor en 1958.
1959	Se crea la AELC compuesta por siete estados miembros no pertenecientes a las Comunidades Europeas, entre ellos Reino Unido.
1961	El Primer Ministro Harold Macmillan inicia negociaciones sobre la entrada británica en las Comunidades Europeas.
1962	El líder del Partido Laborista, Hugh Gaitskell, se opone a la entrada británica en las Comunidades Europeas.
1963	El presidente francés Charles de Gaulle veta la solicitud británica.
1964	El Partido Laborista regresa al poder con Harold Wilson.
1967	Wilson anuncia su solicitud para unirse a la Comunidad Europea. Vetado ese mismo año por De Gaulle.
1970	Los conservadores regresan al poder con Edward Heath, quien renueva su solicitud de ingreso en la Comunidad Europea.
1971	El presidente Georges Pompidou, sucesor de De Gaulle, acepta la solicitud británica.
1972	El Parlamento aprueba la Ley de las Comunidades Europeas que prevé la entrada en 1973.
1974	Los laboristas regresan al poder bajo Harold Wilson. Renegociación de condiciones de entrada.
1979	Se introduce el SME. Reino Unido no se une. En las elecciones de ese mismo año, los conservadores regresan al poder con Margaret Thatcher.
1984	La cumbre de Fontainebleau acuerda una rebaja de la contribución presupuestaria británica.
1986	El AUE, que modifica el Tratado de Roma, es firmado y ratificado por los gobiernos y parlamentos miembros.
1988	Conferencia de Margaret Thatcher en Brujas, en la que se destaca el papel de los Estados miembros en la construcción de Europa.
1990	Gran Bretaña se une al mecanismo de tipos de cambio del SME. John Major sucede a Margaret Thatcher como primera ministra conservadora.
1992	El tratado de Maastricht crea la UE y prevé una moneda común, pero con la opción de exclusión británica. Reino Unido abandona el SME y deja flotar la libra.

1993	El Parlamento ratifica el Tratado de Maastricht.
1997	Los laboristas regresan al poder con Tony Blair.
2004	Ampliación de la UE para incluir a los antiguos estados comunistas de Europa central y oriental.
2007	Gordon Brown sucede a Blair como primer ministro laborista. Se firma y ratifica el Tratado de Lisboa, que modifica tratados anteriores, y entra en vigor en 2009.
2010	Se forma la coalición Conservador/Liberal Demócrata bajo el liderazgo del líder conservador, David Cameron.
2013	David Cameron promete renegociar la membresía británica y someter el resultado a referéndum.
2015	Los conservadores obtienen la mayoría general. David Cameron continúa como primer ministro, pero de gobierno unipartidista.
2016	El resultado del referéndum de 2016 es del 52% al 48% en contra de permanecer en la UE. Cameron dimite como primer ministro y será sucedido por Theresa May.

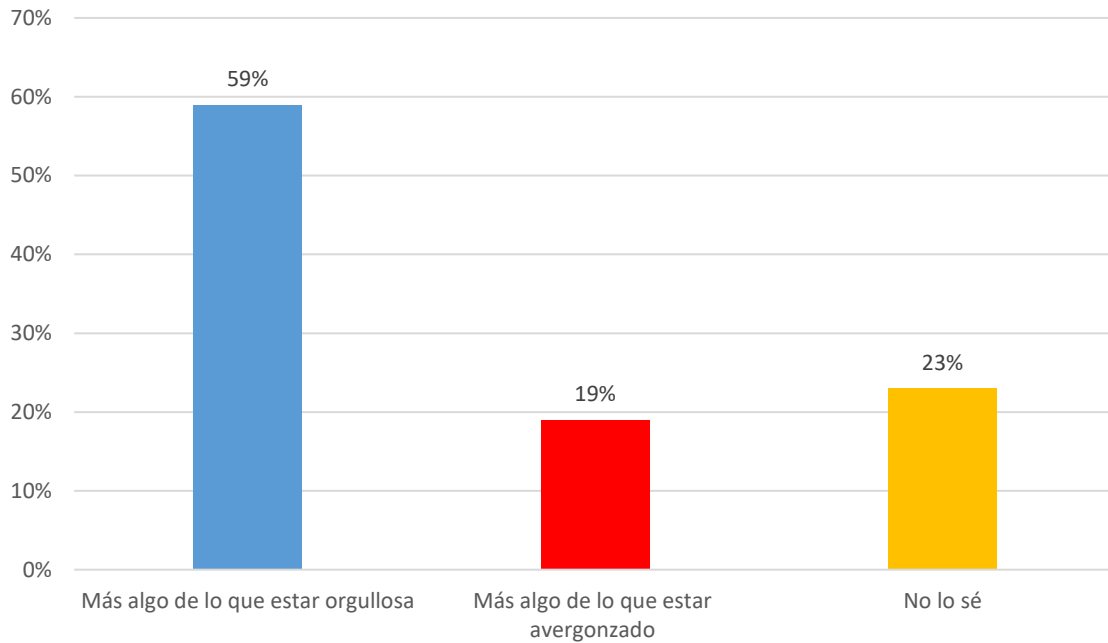
## 2. Gráficos

Gráfico 1. Evolución de la intención de voto durante la campaña del referéndum



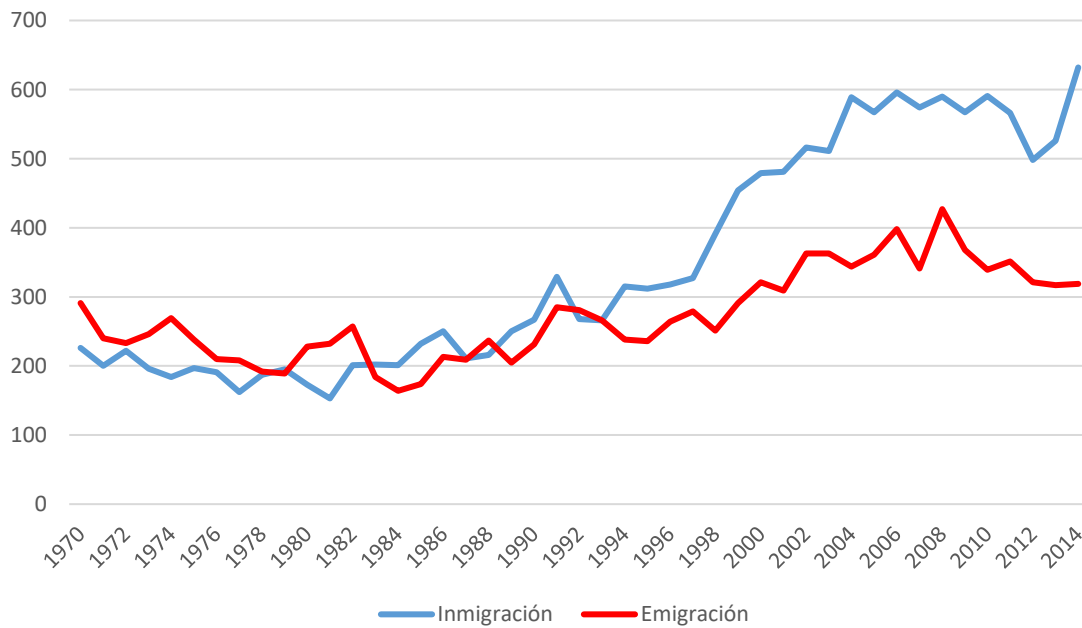
Fuente: elaboración propia a partir de los datos Poll of Polls (2016).

Gráfico 2. Respuestas de los británicos a la pregunta «¿es el Imperio Británico algo de lo que enorgullecerse o avergonzarse?»



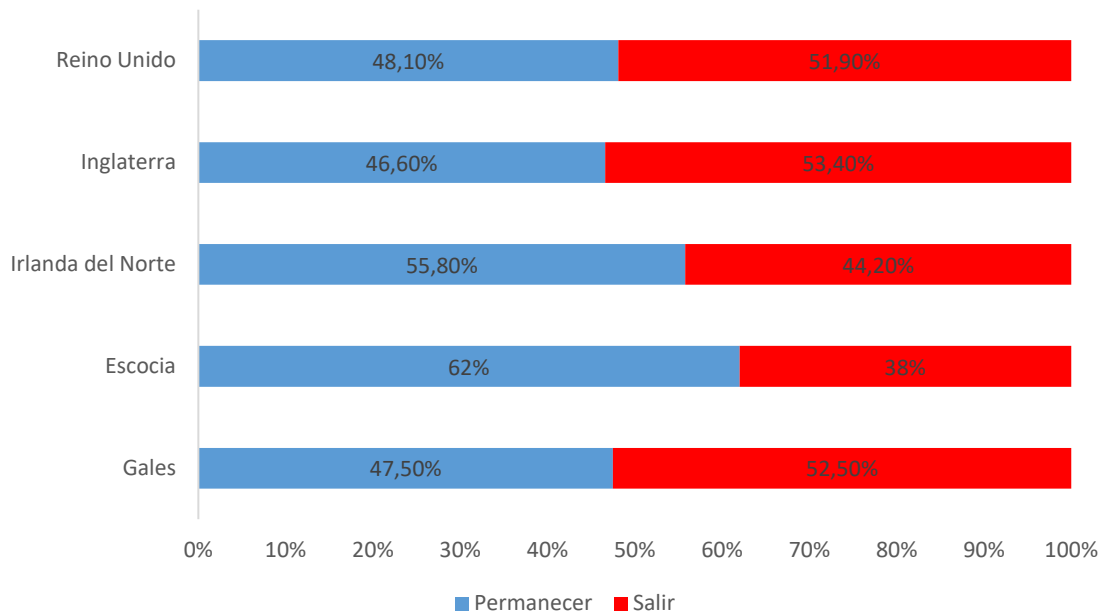
Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la encuesta YouGov (2014).

Gráfico 3. Evolución de la migración de Reino Unido, 1970-2014 (totales anuales)



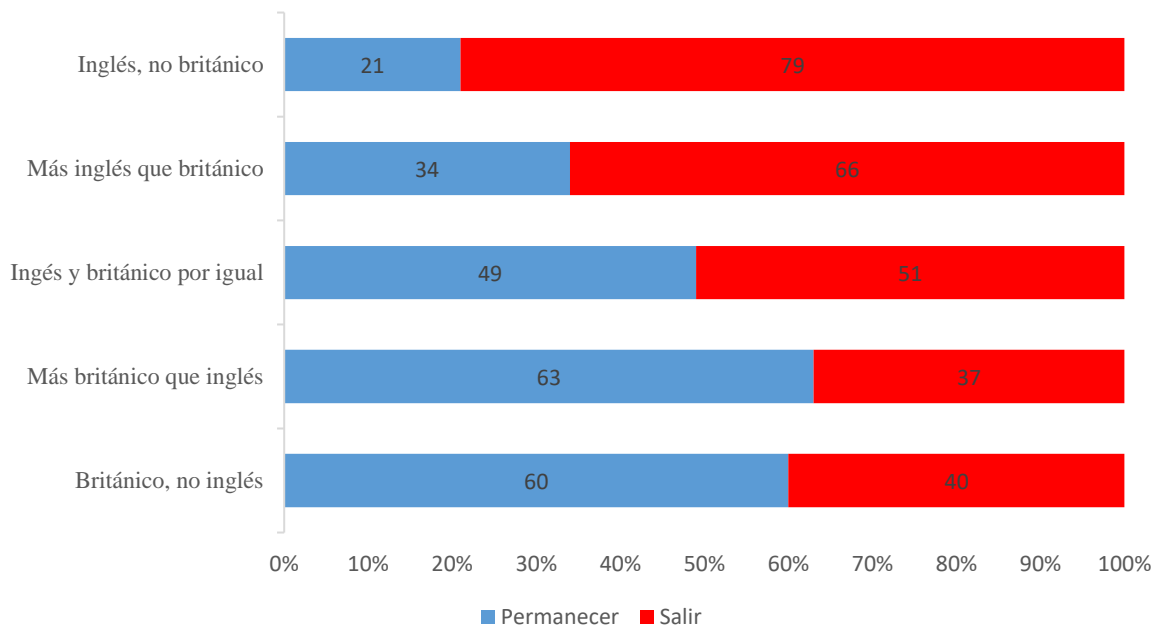
Fuente: elaboración propia a partir de los datos International Passenger Survey: Office for National Statistics

Gráfico 4. Resultados del referéndum del Brexit en el Reino Unido



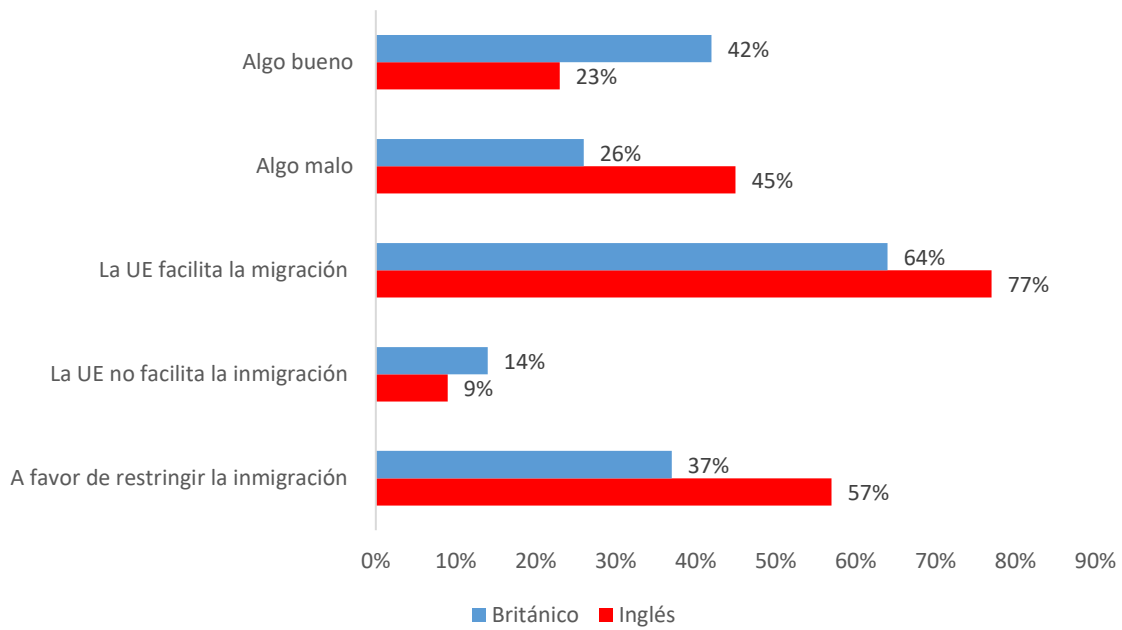
Fuente: elaboración propia a partir de los datos de House of Commons Library (2016)

Gráfico 5. Respuestas de los británicos a la pregunta «¿Cuál de las siguientes opciones describe mejor cómo te ves a ti mismo?»



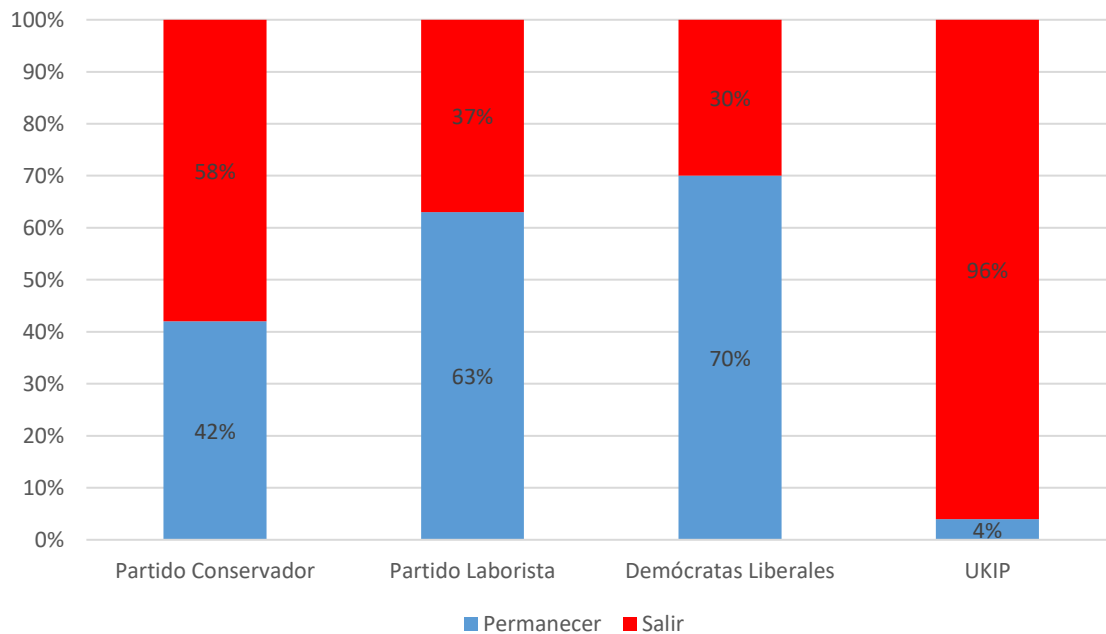
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos de Lord Ashcroft (2016)

Gráfico 6: Actitudes hacia la UE por identidad nacional



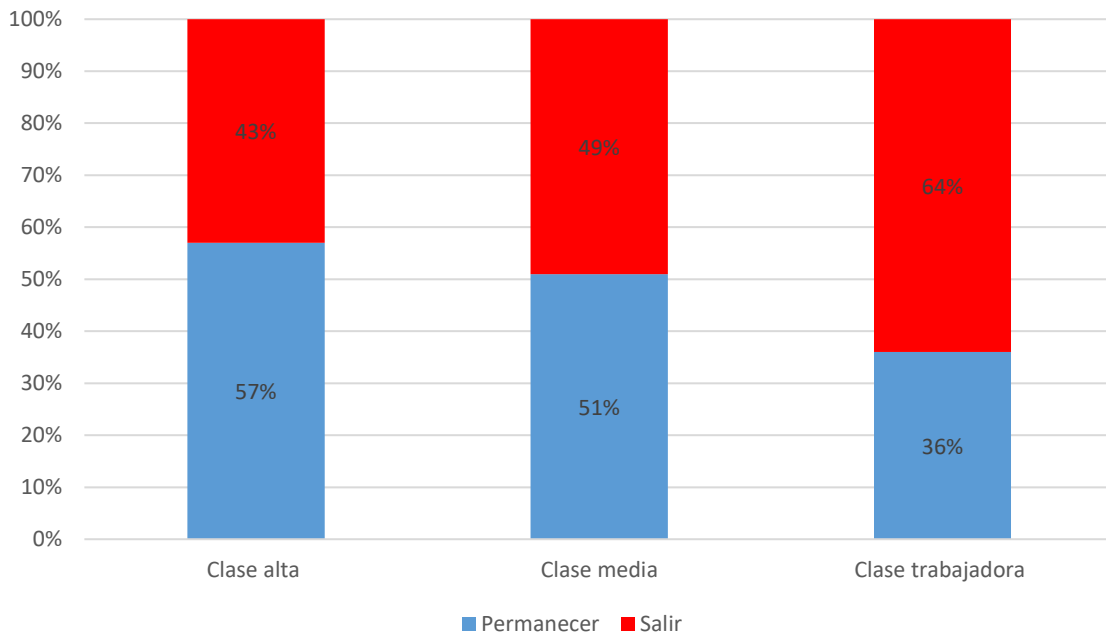
Fuente: elaboración propia a partir de los datos de la Encuesta FoES (2015)

Gráfico 7. Porcentaje de votos en el referéndum del Brexit por afiliación política



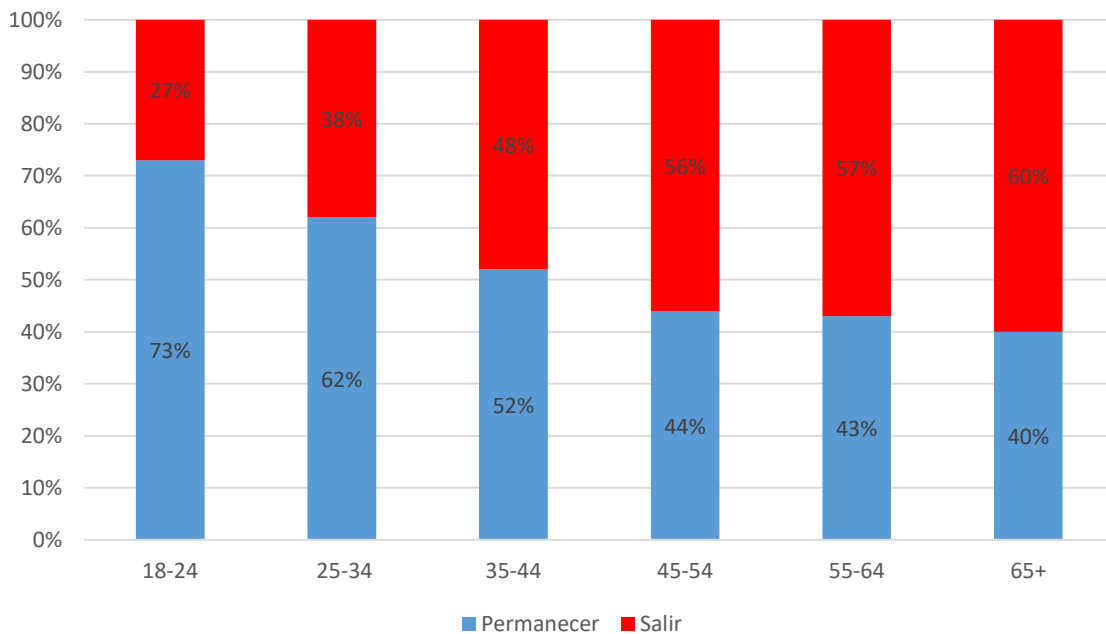
Fuente: elaboración propia a partir de los datos Statista Research Department (2016)

Gráfico 8. Porcentaje de votos en el referéndum del Brexit por clase social



Fuente: elaboración propia a partir de los datos Statista Research Department (2016)

Gráfico 9. Porcentaje de votos en el referéndum del Brexit por grupo de edad



Fuente: elaboración propia a partir de los datos de Statista Research Department (2016)